

Eres lo mejor
que tengo



Gema Samaro

ERES LO MEJOR QUE TENGO

GEMA SAMARO

©Gema Samaro, diciembre, 2019

©Todos los derechos reservados

Foto de portada: iStock by Getty

Diseño portada: AIRG

Queda prohibido reproducir el contenido de este texto, total o parcialmente, por cualquier medio analógico o digital, sin permiso de la autora con la Ley de Derechos de Autor.

Los personajes que aparecen en la novela son inventados, cualquier parecido con personas vivas o desaparecidas es mera coincidencia.

ÍNDICE

SINOPSIS

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

EPÍLOGO

SINOPSIS

Sofía se siente atrapada en su vida en Bruselas y ya no puede más. Desesperada, decide dejarlo todo atrás y presentarse por sorpresa en casa de su hermano Héctor, en Madrid, con un regalo en el que tiene depositados sus sueños, ilusiones y esperanzas.

Sin embargo, la sorpresa la recibe ella cuando descubre que Héctor se ha marchado de viaje y que quien está viviendo en la casa es Mateo.

Precisamente Mateo que no puede caerle peor...

Mateo es el jefe de su hermano y está atravesando una mala racha. Su novia le ha dejado y además acaba de descubrir un secreto familiar que le tiene trastornado, por lo que decide mudarse a casa de Héctor hasta que las aguas se calmen.

Claro que estando esa chica en la casa poco puede calmarse porque Sofía le desquicia y le atrae a partes iguales.

Es impulsiva, alocada, desordenada, caótica, habla por los codos, se dedica a hacer esculturas raras y le encanta robarle todo lo que pillá.

Sofía no soporta al estirado del jefe de su hermano que es su perfecto polo opuesto. No obstante, el tío tiene tan buen gusto que no puede resistirse a cogerle cosas del armario, de la nevera, del despacho... Y de nada más.

Porque a pesar de que Mateo sea un cañonazo y le ponga como nadie, lo último que haría sería enamorarse de él.

Y lo mismo le sucede a Mateo con ella...

Ambos son demasiado diferentes, ambos están cerrados al amor...

Si bien, una noche por culpa de una chaqueta de esmoquin y de un beso de lo más apasionado, descubren que su atracción es irremisible, que poco más pueden hacer que dejarse llevar y tener una relación de puro sexo sin compromiso.

¿Pero de verdad que lo suyo es solo sexo o sexo y algo más? ¿Podría surgir el amor entre dos personas que se desean y detestan a partes iguales? ¿Se atreverán a ir más allá de sus prejuicios y temores y lanzarse a vivir un amor de lo más apasionado y excitante?

Capítulo 1

Sofía aparcó delante del portón de la casa de su hermano, después de dos días de viaje en el que le había dado tiempo a todo y, muy emocionada, lo llamó mientras el sol de mediados de octubre iba retirándose lento:

—¡Héctor, estoy aquí! —exclamó, hablando atropelladamente.

Héctor que estaba leyendo un informe, lo apartó a un lado y preguntó extrañado:

—¿Aquí, dónde?

Sofía sonrió nerviosa y respondió con unas ganas tremendas de abrazarlo:

—En Boadilla. En tu casa. Estoy en la puerta. ¡Y vengo con un regalito que te va a encantar!

Héctor se puso de pie de un respingo, se acercó hasta el ventanal con unas vistas espectaculares a Manhattan y le informó temiéndose lo peor:

—Estoy en Nueva York, llegué el jueves... ¿Y tú me quieres explicar qué haces en Madrid?

—¿Nueva York? ¿Cómo que en Nueva York? Pero si hablamos el martes y estabas en Madrid. Me dijiste que no tenías ningún viaje pendiente para las próximas semanas...

—Sí, pero se ha adelantado uno de los proyectos y he tenido que venirme. Supongo que estaré por aquí un par de meses...

—¿Qué? —masculló Sofía, con un hilillo de voz.

—Estamos en plena fase de expansión internacional, es uno de nuestros grandes retos, queremos convertirnos en un actor más global y...

Sofía que no quería escuchar al responsable del Desarrollo Estratégico de la compañía de ingeniería de robótica móvil, RMC Group, sino a su hermano, le interrumpió:

—Héctor, no pienso volver a Bruselas. He roto con todo. Con Rober, con la empresa, con mi vida allí... y estoy aparcada delante del portón de tu casa de Boadilla del Monte, porque necesito que me acojas hasta que me ponga en órbita otra vez.

Héctor al acabar de escuchar justo lo que se temía, resopló, se revolvió el pelo y le confesó:

—Cuando el martes me contaste que estabas mal, no pensé que fuera para tanto. Quiero decir, que con Rober llevas toda la vida, es normal que la cosa se haya enfriado un poco. Y en cuanto a tu empresa, el análisis digital no es algo tan apasionante como la escultura, pero también tiene su punto...

Sofía, que lo que menos necesitaba en ese momento era ponerse a dar explicaciones, repuso:

—No es que se haya enfriado, es que Rober se ha convertido en un hermano plastita como tú. Y en cuanto a la empresa: he perdido toda la motivación. Lo mío siempre ha sido la escultura... Precisamente, te traigo un regalito que he diseñado para tu jardín, lo llevo en la baca del coche. Ahora a ver qué hago con él...

Héctor, temiendo que su hermana que siempre fue una descarriada se desnortara en esa nueva etapa, le pidió:

—Mete el regalo en casa y tú quédate el tiempo que haga falta, hasta que pongas tu vida en orden... Orden por llamarlo de alguna manera...

—Sí, bueno, el orden y yo nunca seremos amigos. Pero te agradezco que me acojas en tu casoplón. Le he dejado todo a Rober, es lo menos que podía hacer. Vengo sin un céntimo, pero cargada de proyectos...

Héctor por si acaso no había escuchado bien preguntó:

—¿Sin un céntimo?

—Es una forma de hablar, con lo justo para aguantar hasta que me entre pasta con la escultura. Voy a por todas, Héctor. Sin plan B. Quiero vivir la vida de verdad. Necesito intensidad, pasión, aventura, riesgo... En Bruselas me asfixiaba y no podía seguir viviendo en esa mentira. El martes te lo dije, te confesé que ya no podía más...

Héctor clavó la vista en el trasiego frenético de Manhattan y reconoció:

—Pensé que solo era un desahogo, lo típico que se dice justo antes de apretar los dientes y seguir dando el callo.

—Ya, pero es que yo ya no tengo ni dientes ni callos. Allí me he muerto y durante este viaje en coche de dos días he resucitado. No sabes cuánto necesitaba salir de allí y encontrarme con lo que realmente soy. Estaba muy perdida, Héctor. He estado viviendo una vida que no era la mía... Pero por primera vez en mucho tiempo, durante las tropecientas horas que me he chupado al volante, he sentido que he recuperado el control de mi vida.

Héctor pensó que vivir con Rober tenía que ser un aburrimiento padre, pero también era cierto que Sofía siempre había sido bastante intensita y emocional.

—Vas a tener que reconsiderar cambiar lo de la escultura por un puesto de conductora en las rutas internacionales de Alsa —bromeó.

—Ha sido muy duro. Hace dos meses me llevó a un restaurante romántico y me pidió que me casara con él, con un anillazo que brillaba más que las carillas luminiscentes de la tía Gloria. Me dio una pena... Porque yo solo le quiero como a un hermano pelma... Y necesito sentir, necesito vibrar, necesito sentirme viva y no un puto pez muerto cubierto de moscas y hielos sucios.

Héctor pensó que su hermana siempre había tenido más el alma de artista pirada que de analista digital que transforma datos en conocimiento estratégico y de negocio.

Sin embargo, después de tantos años, estaba convencido de que había conseguido anestesiar esa parte creativa y loca que ya estaba estallando como Geysir, el padre de los géiseres.

Y él estaba a miles de kilómetros de distancia, por eso le sugirió:

—¿Y no será mejor que estés con Celia para pasar este trance?

Celia era la hermana mayor, y aunque tampoco estaba atravesando su mejor momento, Héctor consideró que estar juntas era la opción más sensata.

No obstante, Sofía le recordó:

—Celia vive con tres personas en un piso diminuto. Y a casa tampoco puedo ir porque mamá no sabe nada de momento. Por eso había pensado en ti. Pero si te complica mucho que me quede en tu casoplón, me busco una habitación barata en un pueblo perdido, donde pueda trabajar en mis proyectos y yo tan feliz.

Héctor que a esas alturas de la conversación estaba bastante preocupado por su hermana, se atrevió a preguntar:

—¿Y tienes muchos proyectos?

—De momento solo con María. Ya sabes que he hecho cosas puntuales para su estudio de arquitectura: portones, pasadizos y laberintos para jardines... Pero a partir de ahora vamos a colaborar estrechamente, lo que me permitirá desarrollar mi talento, crecer, visibilizarme y llegar a nuevos clientes. Y es que...

Sofía siguió hablando, si bien Héctor había dejado de escucharla desde que había pronunciado la palabra María. Porque María era su María, la chica de la que llevaba enamorado toda la vida en el más penoso y ridículo silencio.

María era la mejor amiga de Sofía, desde que se conocieron con dos años en la escuela infantil Caracoles...

Y él, que tenía tres años más que ellas, llevaba toda la vida suspirando por esa pelirroja guapísima y divertida que siempre pasó de él posiblemente por fideo, gafotas y amargado.

Pero a él siempre le dio lo mismo, a pesar de su rechazo la llevaba tan dentro, que jamás había podido enamorarse de nadie más que de ella.

De María Belmonte, la arquitecta exitosa que ahora iba dar trabajo a la bala perdida de su hermana...

Y suspiró, suspiró pensando en ella de tal forma que escuchó que Sofía de pronto le preguntaba:

—¿Por qué suspiras así? ¿No lo ves viable o qué?

—Sí, sí,.. María es una arquitecta muy prestigiosa. La semana pasada salieron dos artículos de ella en la prensa sueca. Y la anterior en la alemana. Este verano la sacaron también en la revista Forbes como uno de los cien talentos más creativos...

—Ya, pero estamos hablando de mí. No de ella. Ella lo peta. Eso lo sabemos todos. Te pregunto si crees en mí...

—Sí, claro. Y tienes además un plan de transición, con María... María...

Y suspiró otra vez, no podía remediarlo, era pronunciar su nombre y se ponía hasta duro.

—Sí, con ella. Y mi idea era instalarme en tu casa, en el piso de arriba, en la habitación que da al manzano japonés. Como es tan grande y tan luminosa, había pensado en crear dos ambientes: por un lado, el dormitorio y por otro, la zona de trabajo junto al ventanal.

—Es una idea estupenda, pero se le ha ocurrido antes a Mateo.

Sofía, que no tenía ni idea de lo que estaba hablando, le preguntó:

—¿A qué Mateo?

—A mi jefe. Mateo Cano, el propietario y consejero delegado de RMC, le conociste hace dos años en la fiesta que organicé cuando estrené la casa y me confesaste que te pareció una brocheta de vanidad y petulancia en salsa de vinagre y limón pocho.

—¡Ah, sí! Ese. ¡Es que es tan estirado! Parecía una brocheta de todo eso. Uf. ¡Ni me lo recuerdes!

—Te lo recuerdo porque está ahí...

—¿Cómo que está ahí? ¿Ahí dónde?

—Pues instalado en la habitación que da al manzano japonés, donde se ha montado su despacho tal y como tú lo has visualizado. Su novia lo dejó hace unos meses, se fue con un músico y ha tirado la casa abajo para borrar hasta el último recuerdo.

—¿Qué tío más radical y más histérico, por favor!

—Estaba destrozado y le ofrecí que se viniera a mi casa hasta que terminara con las obras.

Sofía farfulló, pues no le hacía ninguna gracia compartir casoplón con ese petardo de tío:

—¿Y falta mucho para que eso suceda?

—Las obras ya sabes cómo son... Pero no te preocupes que mi casa es lo suficientemente grande para que, si os organizáis bien, no tengáis que veros el pelo.

—Desde luego, no pienso confraternizar con ese tío para nada...

—Pues a lo mejor te venía bien... Los dos estáis pasando por lo mismo. Aunque lo suyo es peor, porque le han dejado...

—Normal. ¿Cómo no le van a dejar? Y en cuanto a que lo suyo es peor, discrepo. Es mucho más duro dejar a alguien. Yo me sentí una miserable cuando el martes le dije a Rober que me iba... Me sentí muy mala persona, muy traidora y muy cabrona. Pero es que no podía seguir ahí... No podía, Héctor. Y sé que con el tiempo, Rober, acabará entendiendo que es lo mejor para todos. Él no se merece tener a su lado una mujer que solo le ve como un hermano pelma... Bueno, si tuviéramos noventa y ocho años tal vez sí, pero con treinta... No es plan.

No obstante, Héctor insistió, empeñado en verle el lado positivo al asunto:

—Pues yo lo que pienso es que si hablaras todo esto con Mateo podrías ayudarle a que digiriera lo suyo. Creo que le va a venir bien conocer tu punto de vista...

—Qué va. Al contrario. Lo que va a hacer es proyectar en mí todo su odio hacia la ex y si antes me detestaba, ahora ya ni te cuento. Así que creo que lo mejor es que me meta en Airbnb y busque algún alojamiento barato.

—Calla, anda, calla. Y entra de una vez en casa... Supongo que Mateo estará.

—Seguro, ¿qué planes va a tener ese un sábado por la tarde más que rumiar su amargura, mientras trabaja duramente en sus infinitos planes de expansión y desarrollo para sus diabólicos robots?

—No te metas con los robots que te recuerdo que hace poco he comprado el diez por ciento de la compañía.

—Al que no soporto es a él. Pero estoy tan cansada que la verdad es que no tengo ganas más que de tirarme en la cama. Y tus camas son tan ideales, con esos colchones que cuestan un riñón...

—Voy a llamarle ahora mismo para que te abra... Y yo que tú le daría una oportunidad. Reconozco que es controlador, obsesivo, meticuloso, recto, disciplinado, distante y borde; sin embargo, si rascas...

—¿Rascas? ¿Para qué demonios quiero rascar yo en esa mugre? —preguntó Sofía, ofuscada.

—Porque es un tío brillante, con un gran corazón y un sentido del humor muy peculiar. Oye, quién sabe, ahora que estáis los dos solteros...

—Tú céntrate en tus robots y no te metas a celestino que no vales. Además, que no tengo otra cosa que hacer en este momento de mi vida que enamorarme, y encima de ese. De ese precisamente...

Capítulo 2

Sofía se despidió de su hermano, colgó, y al poco el portón se abrió y apareció él. O sea ese, con el ceño fruncido y haciendo indicaciones con las manos de lo más extrañas.

Sofía entonces bajó el cristal de la ventanilla y le dijo tras saludarle con la mano:

—¡Hola! Perdona, pero no sé qué quieres decirme con tanto aspaviento.

Y Mateo en ese justo instante supo que tenía que marcharse a un hotel, porque la llegada de la hermana de Héctor solo podía complicarlo todo.

Sofía Suárez era demasiado para él y más en ese momento de su vida. Así que se acercó a la ventanilla y le explicó:

—¡Hola! Te estoy diciendo que entres y aparques. Y no te preocupes, que me marchó en un rato.

Sofía sonrió de oreja a oreja y replicó en un tono burlón:

—¡Genial! Seguro que tienes un plan de lo más divertido...

Mateo le clavó la mirada y le aclaró muy serio:

—Me voy de la casa. Vine buscando sosiego y es obvio que con tu llegada ya no lo voy a encontrar.

—No será por lo que yo te moleste, porque no tengo ninguna intención de relacionarme contigo —repuso Sofía sin dejar de sonreír.

Y a él le encantó. Le encantó tanto que no hizo más que confirmar su decisión de marcharse cuanto antes:

—Lo mejor que es que me vaya. Aunque echaré de menos al manzano japonés...

Sofía en ese instante no supo si ese tío adoraba el árbol tanto como ella, o estaba haciendo alusión al lugar donde habían tenido un encontronazo de lo más desagradable, hacía dos años en la fiesta de inauguración de la casa de su hermano.

Como para olvidarlo...

Primero, les presentó Héctor. Ambos iban con sus respectivas parejas, Mateo con Yolanda, una rubia guapísima y espigada, que debía ser la que había salido por piernas y ella con Rober.

Luego, estuvieron charlando un rato de algo que ni recordaba, porque Mateo no dejó de mirarla con una cara que era indescifrable.

Tan indescifrable que ella no abrió el pico durante toda la conversación, en la que él tampoco dijo nada.

Tan solo se limitó a sostenerle la mirada, una mirada profunda, inquietante, intensa, misteriosa, perturbadora...

Una mirada como jamás había conocido en su vida y que llegó a provocarle tal vértigo que se sintió una idiota.

Pero lo peor vino después...

Sucedió que tras una barbacoa que duró como tres horas y en la que pilló unas cuantas veces a ese tío mirándola a hurtadillas, le entraron ganas de airearse un poco y, aprovechando que Rober estaba muy entretenido charlando con una señora pesadísima, se levantó a dar un paseo por el

jardín.

Era enorme y precioso, con palmeras, rosales y árboles frutales, pero lo que terminó de volverle loca fue el manzano japonés.

Y es que en cuanto salió a su paso, sintió tal flechazo que tuvo que quedarse ahí, fascinada ante el milagro de las maravillosas flores rosas que estallaban en ramilletes de las largas ramas, tras un invierno que había durado demasiado.

Y así, después de un buen rato bajo la copa de ese árbol, sintió algo parecido a la esperanza de que ella también pudiera mutar algún día y transformarse en otra cosa distinta a lo que en ese momento era, sentía y vivía.

Reventar en rosas sublimes y dejar atrás el soporífero invierno...

Y no pudo seguir ahondando en esos pensamientos y sensaciones, porque en ese instante apareció Mateo, se puso a su lado y se quedó contemplando el árbol en el más absoluto silencio.

Sofía muy incómoda, le miró por el rabillo del ojo y tras carraspear un poco, le habló por romper el silencio:

—Es un manzano japonés.

Mateo la miró y respondió asintiendo con la cabeza:

—Lo sé.

Aunque realmente lo que él sabía era que no podía dejar de mirarla desde que había entrado en esa maldita fiesta.

A la vista saltaba que era una chica mona, de ojazos grandes, nariz recta, boca gruesa, cuello largo, menuda, pero con todo bien puesto.

Llevaba un vestido rojo entallado y corto, una chaqueta que debía ser de su novio, el pesado del analista que no paraba de contar sus batallas, y unas zapatillas fucsias bastante machacadas.

Nada que ver con Yolanda...

Yolanda era su novia, una ejecutiva de una multinacional, ambiciosa, perfeccionista y exigente, de coleta tirante, trajes de chaqueta impecables y taconazos de los que jamás se bajaba.

Era el tipo de mujer que siempre le había gustado, rubia, de piernas largas, curvas generosas, elegante y sofisticada.

Una mujer con la que encajaba a la perfección, con la que compartía la misma forma de estar en el mundo y por la que jamás había sentido la extraña atracción que le estaba provocando Sofía Suárez.

Ni siquiera en sus inicios... Ni tampoco con ninguna de las otras rubias que habían pasado por su vida... Y habían sido unas cuantas...

Lo que le estaba pasando con esa chica, eso de no poder dejar de mirarla, ni durante la presentación, ni después en la barbacoa donde no paró de observarla sin que ella se diera cuenta, era una absoluta novedad para él.

Por eso, en cuanto vio que se levantaba de la mesa y se perdía por el jardín, se excusó con Yolanda que estaba conversando animadamente con un músico francés, le dijo que se iba a dar una vuelta y se fue a buscarla porque necesitaba descubrir qué narices le estaba pasando con ella.

Y ahí estaba junto a esa chica, que justo en ese instante lo único que quería era cargarse el silencio que le estaba haciendo pensar cosas demasiado raras...

Tal vez porque Sofía estaba ante el tío más bueno que había visto en su vida: alto, cabello oscuro, ojos castaños, nariz perfecta, boca carnosa, cuerpo espectacular y un olor que era para morirse del gusto, por lo que se lanzó a parlotear:

—Soy amiga de María Belmonte, la arquitecta que ha diseñado esta casa, y me contó cuando

plantó este árbol que la flor del manzano japonés en el lenguaje de las flores significa: “eres mi persona preferida”.

Y se calló, para no contarle el resto de la historia. Y es que la persona preferida de María era su hermano Héctor, de siempre, de toda la vida. María llevaba amándole en silencio desde los tiempos de la escuela Caracoles, y Sofia por supuesto guardándole el secreto, que le juró que jamás le revelaría a nadie, desde entonces.

Mateo por su parte, al escuchar esas cuatro palabras “eres mi persona preferida” sintió la misma emoción que si se las hubiera dirigido a él, y se sintió tan estúpido por ello, que se apresuró a replicar:

—María Belmonte es una arquitecta muy talentosa y en cuanto a la flor desconocía su significado.

—Sí que lo es, no hay más que ver esta casa que es una obra de arte. Mi hermano está feliz. Y además cuenta con este prodigio de árbol que me tiene enamorada...

Y entonces, Sofia le sonrió, le sonrió como jamás le habían sonreído en su vida, con una verdad, una intensidad, un fuego, una pasión, un coraje, y un todo que Mateo solo atinó a farfullar:

—Vaya.

Acto seguido, se puso muy serio y Sofia lo interpretó como que le habría parecido una tontería lo que acababa de decir, así que preguntó:

—¿Te parece una bobada lo que digo?

A él lo único que le parecía era que le estaban entrando unas ganas, absurdas y locas, de cogerla por la cintura y quitarle el carmín rojo de esa boca que debía ser una delicia.

Madre mía. ¿Qué le estaba pasando con esa chica que le estaba exigiendo ya una respuesta?

No tenía ni idea, si bien antes de que aquel despropósito fuera a más, respondió:

—En absoluto. Los enamoramientos son así, hipnóticos e irremisibles...

Como lo suyo con ella, pensó. Pero eso se lo calló, obviamente.

—Ah, vale. Pues eso, que este árbol tiene algo especial, algo que me inspira, que me conmueve, que me fascina, que me tiene aquí pegada y que...

—Tiene la belleza y la poesía de lo auténtico y lo verdadero —musitó Mateo refiriéndose a ella, única y exclusivamente.

Sofia sonrió y, solo pudo susurrar, feliz de que pudiera entenderla:

—Pues sí.

Y él sintió tantas cosas, que decidió que lo mejor era cortarlo de raíz antes de que pudiera liarla y muy parda. Y no era una cuestión de cobardía, era pura sensatez, por lo que dijo en el tono más antipático y borde que encontró:

—Pero lo mejor es que lo dejemos aquí. No puedo perder más tiempo hablando de florecillas y personas preferidas. Y más cuando esto está lleno de clientes a los que me interesa muchísimo más escuchar...

Y sin mediar más palabra, se marchó de allí y no volvió a ver a Sofia hasta esa tarde de mediados de octubre en la que ella le estaba mirando con ganas de decirle todo lo que aquel día de primavera no pudo...

Y encima, estaba más guapa que nunca...

Capítulo 3

Sofía se echó el pelo a un lado, resopló y se sinceró por completo:

—Mi hermano dice que eres un buen tío, a mí me pareces un arrogante, un cretino y un grosero. No puedo pensar otra cosa después de lo que pasó en el manzano japonés, donde me quedé con ganas de decirte muchas cosas.

A Mateo le encantó que Sofía fuera de frente, sin andarse con ningún tipo de rodeo y repuso:

—Ya me las acabas de decir. ¿O hay más?

—Aquel día por un momento llegué a pensar que eras un tío sensible y amante de la belleza, pero después te retrataste. Tú tampoco me interesas lo más mínimo, pero no hace falta que te vayas de casa. Eres el invitado de mi hermano y hay sitio de sobra para que estemos los dos sin tener trato ninguno.

Mateo prefirió que pensara eso de él, porque de lo contrario estaba perdido, y estaba tan convencido que le ordenó en un perfecto tono de jefe cabrón:

—Pasa, aparca, te ayudo a bajar lo que traes en la baca y me marchó. No quiero estar aquí contigo.

Sofía se encogió de hombros y, retando con la mirada a ese tío que no le pudo parecer más estúpido, habló:

—Como quieras. Y que te quede claro que he insistido para que te quedes por mi hermano que sé que te aprecia.

—Y yo a él. Apostó por mí cuando lo único que tenía era una fábrica obsoleta y con deudas que acababa de heredar de mis padres.

—Y tenía ofertas increíbles de grandes empresas, pero Héctor siempre ha sido un romántico.

Mateo que no tenía ni puñetera idea de lo que le pasaba con esa chica, que no podía dejar de mirarla, como si estuviera embrujado, reconoció:

—Como yo.

Sofía soltó una carcajada ya que aquello era lo más gracioso que había escuchado últimamente:

—Jajajajajajaja. Sí, no hay que más que verte. Romántico total. Aparta, anda...

Arrancó y, muerta de risa, atravesó el portón y se dirigió hasta el garaje donde dejó estacionado el coche.

Luego, salió, se estiró porque tenía el cuerpo entumecido de tanto conducir y Mateo que apareció de nuevo no pudo evitar mirarla embobado.

Tanto que ella se percató al instante y preguntó mosqueada:

—¿Qué te pasa? ¿Por qué me miras con esa cara? Ya sé que es de mala educación estirarse, pero es que vengo de hacerme un montón de kilómetros.

—Es normal. Mi cara es por el regalo que traes... —mintió aunque la verdad era que también le había entrado mucha curiosidad por el paquete gigante envuelto en papel de regalo azul brillante y un gran lazo rojo.

—Es para mi hermano, es una cosa para el jardín.

Mateo se quedó mirando el regalo que tenía la forma de un cubo gigante y preguntó irónico:

—¿Una cosa en la que has encerrado a una cuadrilla de obreros para que le hagan otra piscina o qué?

Sofía esboza una sonrisa más irónica todavía y replicó batiendo las manos:

—Este debe ser el sentido del humor que dice mi hermano que tienes, uno muy peculiar... Pero conmigo puedes ahorrártelo, gracias.

—Solo tengo curiosidad por saber qué es...

—Es una maqueta de una escultura que he encargado a una fundición.

—Vaya, pues si así es la maqueta, la escultura ¿qué tamaño tiene? ¿Tipo pirámide de Keops?

Sofía sin hacerle ni caso, se dedicó a quitar los pulpos de la baca del coche y luego le pidió:

—¿Podrías ayudarme a bajarla? No es que pese mucho, pero es bastante aparatosa.

Mateo se colocó al lado de ella y la ayudó a bajar la maqueta sin dejar de refunfuñar:

—Caray, ¿y dices que esto no pesa?

—Pesa un poco... Bastante... Pero más pesará el original.

—¿Entonces has regresado a Madrid para dedicarte en serio a la escultura?

Héctor le había contado en la breve conversación telefónica que acababan de mantener que su hermana lo había dejado todo: novio y trabajo, porque quería consagrarse a su supuesta verdadera vocación, que había vuelto sin apenas dinero y que, por favor, no la dejara sola.

A Mateo le faltó tiempo para negarse en rotundo, pero Héctor se puso tan pesado que no le quedó más remedio que transigir.

O eso creía, porque solo había necesitado intercambiar una frase con ella para darse cuenta de que aquello era inviable.

No podía compartir casa con Sofía.

Imposible.

Además, no había más que ver la cara de odio con la que le estaba mirando mientras cargaban con la caja:

—¿Qué quieres decir con “en serio·”? Porque la escultura ha sido siempre mi gran vocación. Lo que pasa es que primero estudié Matemáticas para que mi madre se quedara tranquila, me enfoqué hacía el análisis digital, monté una empresa con Rober en Bruselas, allí me gradué en Bellas Artes y después empecé con las colaboraciones con María.

Mateo conocía perfectamente el currículum de Sofía, porque aparte de que estaba harto de cotillearle el LinkedIn, Héctor le había contado su historia.

Y es que desde que se conocieron aquel día, no había dejado de interesarse por ella, discretamente, por supuesto...

Por eso, como era discreto y quería confirmar que lo suyo con el petardo del analista había terminado precisó:

—Me refiero a lo de en serio, a que si te vas a dedicar por completo a la escultura o si vas a simultanearlo con tu trabajo de analista.

Sofía sin entender por qué ese tío que no quería saber nada de ella, de repente estaba tan interesado en su vida, repuso después de que dejaran el regalo en el suelo:

—Mira, yo te importo una mierda, así que si hablas porque te agobia el silencio: cambia de tema. Habla de lo que te dé la gana, menos de mí.

Mateo le clavó la mirada y respondió con total sinceridad:

—No me importas una mierda.

Sofía rompió a reír y replicó:

—Dos. Te importo dos mierdas.

Mateo sonrió y ella pensó que era una pena que lo hiciera con tan poca frecuencia porque tenía una sonrisa maravillosa.

—Me parece muy valiente lo que has hecho. Dejarlo todo atrás y cargando con este ridículo paquete...

—¿Ridículo? Pues no veas el éxito que ha tenido, me han hecho miles de fotos, y cuando paraba en las estaciones de servicio la gente se hacía selfis con él.

—No me extraña. Es algo excepcional... Nadie en su sano juicio viajaría con semejante cosa con lazo incluido. Y no es que te esté llamando loca, sino... diferente.

—La verdad es que a mí tampoco me extraña tu comentario, y no es que te esté llamando grosero, sino... capullo.

Mateo volvió a sonreír, con más dientes todavía, y ella pensó que era una pena que un tío tan bueno fuera tan gilipollas.

Pero la vida era así...

—No esperaba que tuvieras otra opinión de mí. Y ahora dime dónde tienes pensado dejar el regalo, para que te ayude a transportarlo...

Sofía se agachó de nuevo a por el regalo, lo agarró con ambas manos y le preguntó:

—Esta combinación tuya de impertinencia y gentileza, ¿la practicas habitualmente o solo te sale conmigo?

Mateo pensó que no, que esa atracción absurda y ridícula solo la había sentido por ella. Por lo que para acabar cuanto antes y salir pitando de allí, se agachó también y le ordenó:

—Vamos a la biblioteca.

—No, si puedo sola... —mintió porque era bastante complicado manejarse con esa caja sola. De hecho, para cargarlo había tenido que pedir ayuda a una vecina.

—Solo tendrás que aguantarme los segundos que tardemos en llegar a la biblioteca y listo.

Y dicho esto, Mateo agarró la caja y le hizo un gesto con la cabeza a Sofía para que se levantara.

Ella lo hizo y se dirigieron hacia la biblioteca, cargando con la caja, en tanto que Mateo le preguntaba:

—¿Tú estás segura de que has empaquetado la maqueta? Mira que si has metido otra cosa, porque esto pesa como un muerto.

—Calla, no me hables de muertos que vengo de hacerle una putada bien gorda a mi novio. Vamos, que le he matado en vida con mi abandono...

—¡Tampoco hagas dramas! Lo superará. Mírame a mí.

Sofía bufó de lo que pesaba su regalito y le soltó molesta porque le hubiera llamado lady Dramas:

—¿Me habla de dramas un tío que ha tenido que echar abajo su casa para librarse hasta del último de los recuerdos de su vida en pareja?

—La casa es mía y cuando Yolanda se vino a vivir conmigo hace cinco años, la decoró a su gusto... Un gusto exquisito, pero las tendencias en decoración son tan efímeras que he querido ponerme al día.

Sofía soltó una carcajada, puesto que no había quién se creyera esa historia y replicó:

—Tienes una pinta tremenda de seguir tendencias efímeras, no hay más que verte con los Levi's 501, la camisa de Armani y los zapatos clásicos ingleses.

Mateo que no tenía ninguna gana de contarle que había decidido echarlo todo abajo porque

quería borrar hasta el último recuerdo del hastío en el que había vivido en los últimos tiempos, se limitó a replicar:

—Te falta añadir a la lista el perfume Terre d’Hermès que uso de toda la vida... Soy muy fiel a lo mío.

Sofía se había dado cuenta de lo bien que olía desde que se había acercado a la ventanilla y de lo guapísimo que estaba el muy cabrón, pero eso de que era fiel a sí mismo le sonó como que iba con retintín, por eso se puso a la defensiva, tras cruzar el salón de estar que estaba justo antes de la biblioteca:

—Yo también soy fiel. No he dejado a Rober por nadie. Así que no respires por la herida.

Mateo arqueó una ceja y preguntó cuando ya entraban a la biblioteca:

—¿De qué herida estás hablando?

—Haces tanto hincapié en lo de la fidelidad, que deduzco que es porque te han puesto los cuernos —mintió para no poner en un compromiso a su hermano. No iba a contarle que hasta sabía que la otra se había pirado con un músico, que deseó que fuera de *thrash metal*, que seguro que le dolería más.

—Estaba hablando de que soy fiel a mí mismo, a mi verdadera esencia. Pero qué vas a saber tú de eso, si has estado todo este tiempo viviendo una vida que no deseabas...

Sofía se plantó en mitad de la biblioteca, le fulminó con la mirada y le exigió:

—Deja aquí la caja y de verdad que es mejor que dejemos de hablar de estos temas.

—Mejor di de escupirnos verdades —masculló Mateo dejando la caja en el suelo.

Entonces, Sofía se incorporó con una sonrisa triunfante y repuso:

—O sea que reconoces que te los puso...

—Y tú que llevabas una vida de mierda.

—No, perdona, tú eres el que has dicho que nos escupimos verdades. Mi vida no era una mierda, era una vida tranquila y ordenada. Y Rober es un amor de chico, me lo daba todo a manos llenas...

—Kilos y kilos de aburrimiento y sopor.

Sofía tuvo que morderse los labios para no partirse de risa y le pidió:

—No sigas, por favor.

—No, si la historia tampoco tiene más. Por eso estás aquí, cosa que celebro...

Sofía frunció el ceño y preguntó muerta de la curiosidad:

—¿Ah sí?

—Estaba trabajando en el nuevo proyecto para un cliente que es un fabricante de componentes de aviones y tenemos que optimizarle la logística interna. Llevo todo el día dándole vueltas al diseño de un almacén automático y ya estaba un poco saturado. Si no llegas a aparecer tú, me habría puesto alguna comedia clásica. Necesitaba reírme...

Sofía esta vez decidió no entrar al trapo de su provocación y le recordó:

—Genial. Pues hala, ya ha acabado la función. ¿No tenías tanta prisa por irte?

Mateo que se lo estaba pasando bastante bien, y tenía totalmente bajo control la atracción extraña que sentía por esa chica, respondió:

—Sí, pero ya no.

—¿Cómo que ya no? ¿Ya no perturbo tu sosiego?

—Sí, pero acabo de descubrir que me viene genial para oxigenarme.

—Tampoco te vengas arriba, si te quedas no pienses que nos vamos a pasar el día de cháchara. Yo he venido a trabajar muy duro y tengo que entregar un proyecto para ya...

—¿De qué se trata?

—Es una pieza *site-specific* —contestó haciéndose la interesante—: un portón para la mansión de una millonaria.

—¿Un portón? ¿Pero es que te vas a pasar a la cerrajería?

—No, voy a hacer una intervención escultórica porque la mansión va a tener un portón monumental con el que voy a crear un espacio, que también será un pasaje que llevará de lo público a lo íntimo. Yo no hago una escultura tradicional, para mí la escultura es una reflexión sobre el espacio y una forma de crear un lugar en sí mismo que trastoque la percepción. En mis esculturas no dejan de pasar cosas, para que el espectador no pare de sentir cosas.

Mateo pensó que como siguiera hablando con ella un rato más, el que iba a empezar a sentir cosas que no debía era él. Porque no había podido evitar mirarle a los labios rojos mientras hablaba y se había puesto duro.

Pero vamos, que lo tenía todo controlado...

A ver, que Sofia era una chica atractiva y esa reacción de su cuerpo era completamente natural.

Además, él era un tipo racional, sensato, prudente, con cabeza...

Una cabeza que estaba loca por ver alguna escultura de Sofia, pues llevaba un montón intentando encontrar algo en Internet y hasta el momento la búsqueda había resultado infructuosa, por lo que le preguntó al tiempo que se sentaba en un sofá de lectura y se cruzaba de piernas para que no se percatara de cómo se había puesto de repente:

—¿Y a tu hermano qué le vas a regalar? ¿Otra intervención escultórica para la caseta del perro que tenga en el futuro? Y vaya por delante que no lo digo porque no tengas ambición suficiente para acometer grandes proyectos, sino por la forma de la caja.

—Ya, ya. Pero reconoce que te sientas en el sofá porque mi trabajo ha despertado tu curiosidad.

—Se me ha despertado toda... La curiosidad. Sí, sí...

Sofia sonrió con los ojos chispeantes y él sintió una cosa tan rara en el cuerpo que puso una cara de asco tremenda:

—¿Y por qué pones esa cara ahora?

Mateo recompuso el gesto, se encogió de hombros y contestó ofuscado:

—No sé, es la cara que tengo...

—Tienes otras mejores, dentro de lo que eres...

—Sí, un capullo integral.

—Ahora que hemos hablado un poco más, digamos que un capullo con matices.

Mateo se revolvió el pelo con la mano y replicó forzando la sonrisa:

—Gracias por concederme los matices.

Y aunque la sonrisa había resultado un tanto rara, Sofia volvió a confirmar lo bien que le sentaba a ese tío sonreír, porque los ojos le brillaban, el gesto se le destensaba y estaba para hacerle siete favores. Favores que ella por supuesto jamás le iba a hacer...

No obstante, ya que estaba tan interesado por lo suyo, y aun a riesgo de que saliera diciendo cualquier cosa sobre su trabajo, le explicó:

—De nada. Bien, pues te cuento: mi regalo no es una caseta de perro. Es una escultura habitable y es un cubo que tiene... *Mmmm*. A ver, yo me pasaría la tarde entera hablándote de mi obra, pero como tienes la imaginación de un hombre chato...

—¿Hombre chato, yo? —preguntó molesto.

—Dejémoslo en imaginación de ingeniero, y con esa imaginación te va a costar pillarlo. Así

que creo que lo mejor es que te muestre la maqueta. ¿Qué te parece?

—Yo encantado, pero es un regalo para tu hermano. El paquete debe abrirlo él...

—De aquí a que venga, me da tiempo de sobra a empaquetarlo y desempaquetarlo unas trescientas veces. Pero si no te interesa, paso que me costó un montón envolverlo.

Mateo ansioso ya por verlo, se revolvió en el asiento y confesó:

—Me interesa muchísimo y si quieres luego te ayudo a envolverlo otra vez. Se me da genial. Trabajé varias campañas de Navidad de empaquetador en El Corte Inglés...

—Y poco te faltaría para diseñar un robotín que hiciera la tarea.

—Lo hice.

—¡Ya sabía yo! Pues a mí se me da fatal, lo mío es más abrir paquetes. ¡Me vuelve loca! ¡Es una cosa! Mira...

Sofía entonces tiró de la punta del lazo rojo, lo desenlazó, lo arrojó al suelo, y acto seguido hizo lo mismo con el papel de envoltorio que empezó a rasgar a lo salvaje y a lanzarlo al aire para pasmo de Mateo que se apresuró a recogerlo todo y llevarlo a la papelera.

—Comprendo tu entusiasmo, pero es que me pone de los nervios que tires los papeles al suelo. ¿Te importaría no hacerlo? —refunfuñó.

Sofía siguió tirando los jirones del papel al suelo y exclamó sin darle importancia:

—Hazte la idea de que es confeti. ¡Relájate! Después lo tiro todo. Ahora lo importante es esto... —De un fuerte tirón retiró el adhesivo de las uniones de la caja que también arrojó al suelo y le pidió—: ¿Me ayudas a sacar la maqueta?

Mateo desquiciado con la manía esa de tirarlo todo al suelo, se agachó a por el adhesivo, lo lanzó a la papelera y se colocó frente a ella:

—Aquí estoy —le dijo sin entender nada, porque es que no podía dejar de mirarla.

—¡Vamos allá! La levantamos a la de tres...

Levantaron la maqueta y ya sobre la mesa, Sofía la desembaló dejando aquello perdido de papeles y plásticos.

—Madre mía... —murmuró Mateo agobiado, porque no podía soportar el desorden.

—¿A qué te gusta? —preguntó Sofía mirando con orgullo por su maqueta.

—Tendría que someterme a mucha terapia para que todo esto acabara gustándome... —comentó señalando todos los papelotes y plásticos desperdigados.

—¡Ah, olvídate de eso! Me refiero a mi maqueta... ¿A qué es bonita?

Mateo se quedó mirándola a ella, a Sofía, a esa chica que para nada era su tipo, y solo pudo susurrar:

—Joder, sí...

Capítulo 4

Sofía que no esperaba para nada que el sieso de Mateo mostrara ese entusiasmo por su pieza, decidió contarle la historia entera de su obra:

—Todo empezó hace meses, cuando estaba en una crisis muy profunda y ya no sabía para dónde tirar.

—Una crisis con el analista... —la interrumpió para enterarse de una vez si de verdad había roto con ese tío, o era solo una tregua, un paréntesis, un bajo a Madrid a darme una vuelta a ver si me saco el aburrimiento que tengo encima.

Sofía resopló, se encogió de hombros y reconoció:

—Con todo. La crisis era general. Y no sabía qué hacer con mi vida, en ninguna de sus facetas. Mi relación estaba estancada y mi trabajo me aburría cada día más. Eso de pasarme el día midiendo datos, visitas, me gustas, seguidores..., que realmente no miden lo importante, porque lo importante no se puede medir, pues te enamoras y punto..., lo cierto es que me mataba.

—¿Cómo que te enamoras y punto?

—Sí, por mucho que midamos los datos de una web y las redes de un cliente para mejorar y optimizar su negocio, si no tiene lo que hay que tener, eso que no se sabe lo que es, pero que existe y que hace que la gente se enamore ti, de tu producto y de tu marca, no hay nada que hacer. Si algo es bueno, si gusta, es por algo que no es cuantificable. Pasa como cuando te enamoras, sucede y no sabes por qué...

Mateo pensó que qué iba a contarle a él, que estaba sintiendo por ella una atracción desde el día del maldito manzano japonés que era de lo más incomprensible.

Si bien, decidió no ahondar en el asunto y exigirle en el tono más cortante que encontró:

—Ya, sí, bueno, pero vete al grano...

—Solo estaba respondiendo a tu pregunta... El meollo del asunto es que estaba en un atolladero del que no sabía salir, hasta que una noche soñé con mi abuela que lleva años muerta, pero que se comunica conmigo vía sueños, y me dio la respuesta: me dijo que hiciera un regalo a alguien y que así encontraría mi camino.

A Mateo todas esas cosas paranormales le parecían patochadas, pero el relato de Sofía le interesó más que nada por saber si había acabado regalando al petardo del novio a alguna enemiga.

—Ajá. ¿Y qué pasó?

—Me levanté en mitad de la noche, me encerré en la cocina con un cuaderno y allí me puse a garabatear una escultura para el jardín de mi hermano. No se me ocurrió mejor regalo y ahí me di cuenta de lo que mi abuela me había querido decir: ese era mi don. Quería darle lo mejor a mi hermano y aboceté esta escultura...

—Un cubo con las paredes de letras... Y lo digo desde mi absoluta insensibilidad, porque seguro que la obra encierra un universo de significados —comentó Mateo con la vista puesta en la maqueta.

—Pues sí que los encierra. Verás, me encanta crear lugares para habitarlos y el cubo es un refugio, y a la vez es un lugar desde donde mirar a través de la celosía conformada por las letras que dicen: “Lo mejor que tengo”.

Mateo se acercó a la maqueta y comprobó que las letritas decían eso:

—Lo mejor que tengo...

—Tiene infinitas lecturas. Para la casa es el jardín, para el que se adentre será otra cosa. Lo que busco es que cuando alguien se acerque a la escultura, se relacione con ella, le altere la percepción y le remueva cosas.

Mateo se aproximó a la escultura y preguntó:

—¿Puedo tocar?

—Sí, claro. Esa es la idea... Tocar, sentir, pensar...

—¿Y cómo va ser de grande? —preguntó acariciando con los dedos las letras de las paredes.

Sofía sin poder quitar la vista de esas manos grandes y fuertes que acariciaban las letras que había recortado y pegado una a una, poniendo toda su ilusión y todo su empeño, respondió casi de memoria:

—El cubo va a tener unas dimensiones de 3x3, la celosía será de hilo de acero inoxidable trenzado, la luz jugará también un papel importante proyectando distintas sombras, se entrará por una puerta que abriremos en esta cara, se podrá pasar dentro y poner unas hamacas desde donde contemplar el cielo, por ejemplo, porque el techo es retráctil.

Mateo entonces, tal vez porque lo que había dicho ella de que la escultura invitaba a sentir y a pensar, se imaginó tumbado junto a Sofía con las estrellas encima y sintió algo tan extraño que no pudo evitar mascullar:

—Pero ¿por qué?

—¿Por qué, qué?

Mateo respondió con lo primero que se le vino a la cabeza:

—¿Por qué un cubo?

Sofía, que esperaba una pregunta más rebuscada, respondió:

—El cubo simboliza lo sólido, lo duradero, el equilibrio perfecto... y dicen que ahuyenta a los demonios. Representaría todo lo que ha conseguido mi hermano con su talento, perseverancia y dedicación. Pero también es una reflexión sobre aquello que llevamos dentro que nos hace especiales, únicos, sobre qué es lo mejor que tenemos... Solo hay entrar en la escultura y dejarse llevar...

Mateo apartó la mano del cubo como si de repente lo quemara, y ella lo agradeció porque de tanto mirar la mano había empezando a fantasear con que la letra era su piel.

Tonterías, pensó Sofía.

Pero es que Mateo al escuchar lo de entrar y dejarse llevar, se imaginó haciendo otras cosas dentro del cubo con ella. Y aquello sí que no podía ser.

—No puede ser —habló Mateo en voz alta.

Sofía le miró, se echó a reír y replicó porque no esperaba menos de él:

—Ya sé que para un tío tan estirado como tú lo de dejarse llevar tiene que ser complicado. Pero lo harás. Cuando instalen en el jardín la escultura, ya verás cómo consigo perturbarte.

—No, si ya lo haces.

—¿He activado tu percepción? ¿Te ha provocado cosas la maqueta?

Mateo que estaba a punto de reventar los pantalones, y con unas ganas más absurdas aún de quitarle el carmín de los labios a lengüetazos, asintió:

—Demasiadas.

—¿Entonces cuál es el problema?

—Ninguno. He dicho que no puede ser, de pura fascinación.

Sofía sonrió, se le iluminó la mirada y, en un tono que a Mateo le acabó de rematar, preguntó:

—¿De verdad que te gusta?

Mateo le clavó la mirada y respondió asintiendo con la cabeza:

—Sí.

—No te voy a pedir que justifiques tu respuesta, viniendo de ti ese sí es ya es un mundo.

—Me gusta y me alegro de que fuera el detonante para que dejaras Bruselas, supongo que para siempre —confesó esperando enterarse al fin de lo del analista petardo.

—Para siempre total. Ya no hay vuelta atrás. Trabajando en la escultura me di cuenta de que quería dedicarme a esto y que lo mío con Rober estaba más que muerto. Y es que cuando intentaba imaginarme con él, dentro de la escultura, bajo un cielo estrellado, no podía... Me veía a mí, pero a él no... No podía atrapar su imagen, su cuerpo, su rostro... Se escabullía, sin embargo, fíjate qué cosa tan rara, a veces aparecías tú.

Mateo con los ojos como platos, se revolvió el pelo nervioso y preguntó:

—¿Yo a tu lado dentro de la escultura?

—Sí. A todo color y con todo detalle. Y encima con el recuerdo de tu olor. ¿Lo puedes creer? Yo pienso que como la escultura era para este jardín y aquí me sentó tan mal que me dejaras plantada en el manzano japonés, tu imagen invadió mis fantasías.

—Necesitabas vengarte —concluyó Mateo porque no podía ser otra la razón—. Y tenías el deseo profundo de meterme en el cubo, para encerrarme como en una jaula y tirar la llave al río.

Sofía se encogió de hombros y respondió con la verdad:

—No tengo ni idea.

—Yo sí. Es de todo punto lógico.

—El caso es que gracias al sueño con mi abuela y a esta escultura, al fin encontré las respuestas. No podía seguir con Rober solo por cariño y ni con mi trabajo solo porque era algo seguro. Y aquí estoy...

—Y se te ve bien —mintió Mateo, porque se le veía mejor que nunca.

Y es que a pesar de que acababa de darse una paliza conduciendo, que tenía el pelo recogido en una coleta medio deshecha e iba vestida como una vagabunda, estaba más guapa que nunca.

—Viniendo de ti, asumo que debe ser cierto.

—Lo es.

—Pero debo parecerte una loca irresponsable...

Mateo negó con la cabeza y siguió diciendo la verdad:

—Al revés. Lo habrías sido si hubieras seguido junto a ese tío que nunca llegó a verte.

—¿Cómo que no llegó a verme?

—Eres una artista. Y no lo vio.

—Y sigue sin verlo. En la despedida me aseguró que me iba a arrepentir, que la escultura en el fondo no es más que un entretenimiento.

Mateo respiró hondo, se quedó mirando la maqueta y le confesó:

—La próxima vez, elige una pareja que te empuje a ser grande. Mucho más grande de lo que ya eres, quiero decir...

—¿Como sigas diciendo esas cosas, voy a acabar suplicándote que te quedes! —exclamó Sofía.

—Digo lo que salta a la vista, tienes talento y agallas para dejarlo todo atrás y plantarte aquí

con los sueños en la boca. Eso es propio de alguien que es grande.

—Ha sido muy duro tomar la decisión, sobre todo por Rober. Con la escultura gracias a mi amiga María, tengo el camino un poco andado. He estado colaborando con ella, sé que me va a hacer más encargos y con un poco de suerte espero encontrar nuevos clientes.

—Los encontrarás.

—Es lo único que me interesa, porque en cuanto a los amores: pienso abstenerme durante una larga temporada. Pero tranquilo que dejo aquí el tema que ya sé que no te gusta hablar de florecillas y personas preferidas.

—Confirmamos que me quieres meter en una jaula...

—Me caíste como una patada en el culo, pero ahora que estamos hablando y estoy conociéndote algo más, estoy pensando que a lo mejor te fuiste corriendo por otra razón...

Mateo sin saber dónde meterse, se ruborizó y haciendo grandes esfuerzos por parecer tranquilo, replicó:

—¿Otra razón?

Sofía asintió con la cabeza y le explicó llevándose la mano al vientre:

—Sí, una indisposición o algo por el estilo. Ya sabes... Esas cosas que te hacen salir pitando hacia el cuarto de baño. Y como eres tan sieso, no te atreviste a decirme lo que te estaba pasando. Preferiste pasar por borde que por cagón...

Mateo respiró aliviado de que esa chica no se hubiera percatado de nada y habló:

—Me fui porque había clientes esperando. Así que lo mejor es que sigas detestándome...

—Haré lo que pueda, pero me lo estás poniendo difícil.

—Dame tiempo... —masculló Mateo, esbozando una sonrisa.

—Eso seguro. Pero no te vayas. La vida en los hoteles es muy triste...

Mateo pensó que estaba cómodamente instalado y que a lo mejor estaba exagerando demasiado con la atracción que sentía por esa chica. Él podía controlarlo perfectamente y era obvio que ella jamás iba a estar con un tío como él. Ni aunque fuera el último hombre del planeta, así que reconoció:

—A mí me gustan los hoteles. Lo que peor llevo es empacar la ropa: me he traído todo mi vestidor.

—Yo me he dejado casi todo en Bruselas. Vengo con una maleta con lo justo. Así que me va a venir genial tener a mano tus cosas pues está muy de moda lo *oversize*.

Mateo frunció el ceño y cuando estaba punto de confesarle que no soportaba que nadie tocara su armario, que era una manía que tenía desde niño, sonó la notificación de que tenía un wasap.

Sacó el móvil y comprobó que era Héctor que le pedía:

Mi hermana me tiene muy preocupado. No la dejes sola, por favor. Sé que es bastante caótica, espontánea, desordenada, impulsiva, irracional... Pero es buena chica y creo que a pesar de todo os podríais ayudar mucho. Quédate en casa, por favor.

Mateo sin pensarlo mucho más, respondió el mensaje al momento:

Tu hermana está bien. El que te tiene que preocupar más soy yo, porque ella ya ha amenazado con asaltar mi armario. Veremos cómo acaba esto. Pero tranquilo que me quedo...

Capítulo 5

Una semana después, Mateo concluyó que las cosas no iban a nada bien.

Y es que Sofía tenía media casa invadida con sus bocetos y maquetas, no le dejaba ver tranquilo ni un telediario, ni una película, con sus parloteos constantes y encima había cogido la sana costumbre de hacer ejercicio a las mismas horas que él.

Vamos, que ni en la elíptica estaba tranquilo, si bien lo peor de todo era la comba. Eso le ponía malísimo. No sabía que tenía la puñetera cuerda que cada vez que la veía dando saltitos se desataba su imaginación de la forma más sucia.

Tanto que todos los días acababa su sesión de ejercicio masturbándose en la ducha y preguntándose qué coño hacía él que amaba la paz y el orden viviendo con una cotorra que no paraba de dejarlo todo tirado por todas partes, que se zampaba sus galletas de avena y plátano, sus aguacates, su jamón ibérico, sus bistecs, y hasta los tarritos que se preparaba para ir al trabajo de cereales, yogur y mango, y que para más horror: le ponía perraco perdido.

Por eso, el viernes, después de una semana de puro sufrir, cuando entró en la cocina y vio que esa criatura del demonio se estaba comiendo su última manzana *pink lady*, estalló:

—¡Basta ya!

Sofía que llevaba también una semana tremenda porque ese tío no paraba de gruñir a todas horas por chorradas como su pequeño desorden, el volumen de la música o porque le interrumpiera cuando estaba escuchando una noticia o hablando por teléfono, exclamó desafiándole con la mirada:

—¡Eso digo yo! ¡Basta! ¡Es que no te soporto! ¡Siempre refunfuñando, siempre buscándole la punta a todo, siempre en tensión!

Y dicho esto, pegó un buen mordisco a la manzana, un mordisco que para espanto de Mateo no pudo resultar más *sexy*, porque la estampa de esa mujer, que solo llevaba puesta una camiseta blanca marcando pezones, mordiendo la manzana como la Eva más tentadora que había visto en su vida, le trastornó por completo.

Y eso ya sí que era el colmo, así que le exigió:

—¡Deja esa manzana!

Sofía le miró como si estuviera loco y preguntó agitando la manzana al aire:

—¿Qué?

—Que esa manzana es mía. Y es la última que me queda. No puedo vivir sin manzanas. ¡Lámame lo que quieras, pero necesito comerme una manzana al día!

—Vale, lo entiendo y lo respeto. Todos tenemos nuestras cosas.

—Perdona pero tú no sabes lo que es el respeto, de lo contrario no asaltarías mi nevera, ni te comerías mi muesli, ni mi chocolate salado, ni mi carne de *wagyu*, ni toda mi jodida fruta... Todo. Te lo comes y te lo bebes todo, hasta la leche de soja que compré y que por cierto está malísima. ¡No sé cómo has podido beberte eso!

—Está deliciosa. Déjamela a mí. ¡Y no te pongas tan histérico por lo de la comida! Llevo una

semana de máxima concentración, no he parado de trabajar y no he tenido tiempo de ir a la compra. Ya haré un pedido el lunes...

—¡Ah, el lunes!

—Sí, mientras tiramos con lo tuyo. Tienes de todo y de muy buena calidad. No esperaba menos de ti. Y lo de la manzana no es problema, solo le he pegado un par de mordiscos. Toma.

Sofía se levantó del taburete alto donde estaba sentada en la isla central y se acercó a él para entregarle la manzana.

Mateo cogió la manzana y se apartó de Sofía, porque eso de que estuviera en camiseta y bragas, toda despeinada, y con ese maldito desparpajo que le ponía muchísimo, le tenía de los nervios.

—Mira, esto no puede ser —farfulló mientras devoraba la manzana.

—¡Con qué ansia comes! Jamás había conocido a un yonqui de las manzanas...

—No estoy para bromitas, Sofía. Esto es intolerable.

—Oye que yo estoy igual que tú. Yo tampoco te soporto, pero me aguanto y me esfuerzo cada día para hacer que la convivencia sea mejor.

Mateo se terminó la manzana, resopló y replicó enojado:

—Pues no sé qué sería esto si no te esforzaras, porque estoy harto de tropezarme con tus cosas... Hay ropa tuya por todos los rincones... Cosa que no entiendo, ¿no decías que solo te habías traído una maleta?

—Me he traído cuatro trapos, no creo que te molesten tanto. Y el tiempo ahora es una locura, lo mismo hace calor, que hace frío. Saco una cosa, luego otra y la dejo donde pillo porque no pasa nada. Quiero decir, no hago daño a nadie.

Mateo se dirigió a la nevera, sacó una botella de leche y replicó:

—A mí. A mí me lo haces porque no soporto ver todos esos trapos invadiendo mi espacio. Por no hablar de las maderitas, los serruchitos, el pegamento, los papelotes...

—Ya te he dicho que estoy trabajando muy duro. Esta semana está siendo tan productiva que tengo varios proyectos bastante avanzados. No sé para quién, pero cuando algún día se haga una retrospectiva de mi obra y vayas a verla, te sentirás muy culpable de haber convivido con un genio en tu casa y haberla reprimido.

Mateo se echó a reír, porque aquello ya solo le podía dar risa y, mientras se vertía la leche en el vaso, replicó:

—Ah, que te reprimo.

—Sí, yo soy así. Con mi caos y mi locura.

Mateo se bebió la leche del tirón y habló rotundo:

—Pues yo soy así. Ordenado y cuerdo. Así que tú me dirás qué hacemos.

—Yo acabo de decir que me estoy esforzando. Tú deberías hacer lo mismo.

—¿Esforzando en qué? Si tu hermano entrara en casa ahora mismo, pensaría que nos han asaltado un nutrido grupo de vándalos de cómo está todo de revuelto.

Sofía que no pensaba dejar que ese tío la sacara de sus casillas, se recogió el pelo en un moño alto y replicó:

—Me esfuerzo en llevarme bien contigo. Yo también veo muchas cosas que no me gustan de ti y me las callo por el bien de la convivencia.

—Mi comida al menos sé que te gusta.

Y tras decir esto, cogió del frutero una pera y le pegó un buen mordisco para espanto de Sofía que de repente se preguntó cómo sería que ese tío la mordiera en...

En ningún sitio, porque aunque estuviera buenísimo, aunque el traje oscuro que llevaba esa

mañana le sentara de maravilla y el cabreo le hubiera puesto más *sexy* todavía, no podía ser.

Vamos, es que ya lo que le faltaba para terminar de fastidiar la convivencia era que se pusieran a follar en la cocina.

Por eso, Sofía resopló y le dijo intentando encontrar una solución al problema que tenían:

—¡Qué pesado te pones con la comida! Ya te he dicho que haré un pedido la semana que viene...

—Haz un pedido para ti. Lo mejor es que tengamos nuestras cosas separadas.

—Vale. Y si quieres dividimos la casa en dos partes y trazamos una línea roja.

—Me conformo con que metas tus cosas en el armario, que trabajes en tu habitación y que no compartamos gimnasio.

—A mí tampoco me gusta compartir gimnasio contigo...

Y más desde que le había dado por quitarse la camiseta en cuanto empezaba a sudar un poco con sus rutinas.

Y es que si estaba bueno con ropa, sin ropa era ya para perder el sentido. Y ella no iba perderlo, y menos con el jefe de su hermano, y menos después de salir de una relación de siglos.

Así que sí, Sofía pensó que lo mejor era no compartir gimnasio para evitar las tentaciones de la carne.

—Perfecto. ¿Alguna cosa más? —preguntó Mateo en un tono de lo más irritante.

—Ya que lo dices, sí, sí que hay. No me hace gracia tener que ver la televisión contigo, no me dejas ni hacer ni un pequeño comentario, comentarios siempre que aportan valor, por no hablar de tu visión del mundo, cuando vemos las noticias, que no puede ser más deprimente.

Mateo soltó una carcajada que a Sofía le sentó como un tiro y replicó:

—¿Para ti es un pequeño comentario estar media hora hablándome de los decorados de Cedric Gibbons?

—Estábamos viendo *Gran Hotel*, es lo más normal del mundo. Además, tú no tenías ni idea de quién era.

—Pero me lo podías haber contado después.

—Pues podías aplicarte el cuento cuando me estropeas todos los telediarios con tus comentarios de abuelo al estilo: “no tenemos remedio, ¿cuándo nos aplastará un meteorito?”.

—Son desahogos —respondió Mateo encogiéndose de hombros.

—No confías en el ser humano, por eso te dedicas a fabricar robots con los que sí puedas entenderte.

—Si no creyera en los humanos no haría robots para facilitarles la vida. Es exactamente al revés...

Sofía decidió que era absurdo seguir hablando con ese tío con el que era evidente que no iba a entenderse en la vida. Así que decidió que lo mejor era dejarlo ahí:

—Lo que tú digas. Lo bueno es que hemos dejado claras las normas de convivencia y los dos sabemos a lo que atenernos.

—Eso espero —musitó tras servirse un zumo de un cartón que Sofía había dejado abierto y bebérselo entero.

Sofía entonces se dirigió a la puerta para salir, pero al pasar junto a él se paró y habló señalándose la comisura derecha:

—Así será. Y por cierto, límpiame la boca que la tienes manchada.

—Ya...

Mateo la miró desafiándola, sacó la lengua y se lamió la comisura muy despacio, tanto que

Sofía se quedó con la respiración contenida porque definitivamente ese tío era un cerdo.

No podía hacerle eso, plantarse frente a ella, con ese olor, ese cuerpazo y esa cara y lamerse así.

—¿Por qué haces eso? —le preguntó con el ceño fruncido.

—¿El qué?

—Lamerte los labios como si estuvieras en un anuncio *sexy* de leche de vaca.

Mateo pensó que teniéndola en frente de esa guisa y con ese moño que dejaba el blanco y largo cuello a la vista no podía lamerse de otro modo. Pero decidió hacerse la víctima que le traía más a cuenta y decir:

—Está visto que no hago nada bien.

—No se trata de eso, sino de que en la convivencia también hay que cuidar cierto decoro, ciertas formas y demás.

—Y esto me lo dice una chica en camiseta y bragas. Y por favor no te lo tomes a mal, solo es un dato objetivo.

Sofía se había pasado un buen rato intentando encontrar un pantalón para estar por casa, pero solo había dado con uno de pijama de Rober que se había traído por error y que le estaba tan grande que se le caía.

Así que había decidido salir así, sin más, porque tampoco era para tanto:

—Voy como con un minivestido. Muy correcta.

Mateo se mordió los labios para no echarse a reír y luego dijo:

—Mi madre no pensaría tal cosa, pero es una señora muy antigua. A lo mejor tanto como tú, que te escandalizas porque saque la punta de la lengua.

Mateo entonces se sirvió lo que quedaba de zumo y se lo bebió mientras ella replicaba:

—Y la muevas como si estuvieras lamiendo un clítoris.

Mateo estuvo a punto de escupir el zumo al escuchar aquello, pero al fin consiguió tragar y murmurar:

—Vaya manera que tienes de interpretar las cosas. En fin, mejor será que me marche...

—Termina de desayunar, la que se marcha soy yo...

Y entonces se dirigió hacia la puerta, si bien con tan mala fortuna que él encaminó sus pasos hacia la misma dirección, pero hacia la encimera donde estaban los cereales que Sofía había dejado abandonados y chocaron.

—Madre mía... —farfulló Sofía, pegada a él y levantado la vista para comprobar que la estaba mirando con una cara muy rara—. No me mires así, porque no ha sido culpa mía.

Mateo, con unas ganas tremendas de agarrarla por la cintura y besarla hasta dejarla sin hablar durante tres días, replicó:

—Si hubieras dejado los cereales en su sitio, que es la tercera balda del cuarto armario, esto no habría sucedido.

Sofía le miró a los ojos oscuros, inquietantes, misteriosos, brillantes... Y le entró tal agobio que bajó la vista a la boca y fue mucho peor, porque le entraron unas ganas tan absurdas de agarrarle por el cuello y besarlo que prefirió replicar:

—¿Cómo iba a saber que ibas a coger los cereales? No puedo leerte el pensamiento...

—Mejor que no lo hagas —masculló Mateo, porque no pudo evitar hablar en voz alta.

—Aunque puedo hacerme una idea de lo que piensas de mí.

Mateo pensó que de lo que no podía hacerse una idea era de lo que le estaba entrando ganas de hacer con ella, sentándola en la isla central. Pero en su lugar prefirió decir:

—Hazte las ideas que te den la gana, yo lo único que sé es que tengo una reunión en una hora ¿podrías dejarme desayunar tranquilo?

Sofía dio un par de pasos atrás y tras fulminarle con la mirada, salió de allí sin decir nada.

Capítulo 6

Dos días después, una mañana en la que Sofía estaba enfrascada en su habitación, trabajando en el boceto de una escultura que tenía bastante avanzada, recibió una llamada.

Sofía agarró el teléfono móvil y comprobó con alivio que era su amiga María:

—¡Buenos días! ¡Qué bien que seas tú!

—¿Y quién tienes que te llame? —preguntó María, divertida.

—Mi compañero de piso. Ayer me llamó hecho una furia para preguntarme si le había cogido una estilográfica. Y sí se la había cogido, pero vamos, que yo me la encontré en el suelo. ¿Qué culpa tengo? Pues así con todo... ¡No hay quién le aguante!

—Qué pena, porque el tío está buenísimo.

—Y si le vieras sin camiseta y sudado: te mueres —confesó Sofía mientras dibujaba a boli el torso de ese tío en un folio.

—¿Y tú cómo es que le has visto? ¿Has ido a mayores?

—Qué dices. ¡Ni loca! No, ha sido en el gimnasio, pero ya no he vuelto a coincidir con él. Desde que hace dos días tuvimos un encontronazo por una manzana, decidimos ir cada uno a lo suyo.

—¿Qué pasó?

—Nada, que como no me ha dado tiempo a ir a la compra, he estado comiéndome sus cosas. ¡Ya ves tú qué drama! Entró a la cocina y me pilló comiéndome su última manzana. ¡No veas cómo se puso! No puede vivir sin ellas, pero bueno ya he hemos acordado que cada uno compre su comida y otras medidas más para que la convivencia sea llevadera.

—¿Y qué tal?

—De momento, excepto por lo de la estilográfica bien. Nos estamos evitando todo el rato —respondió Sofía, mientras dibujaba el rostro de Mateo, con el ceño fruncido y los labios apretados.

—¿Y no será que todo sucede porque hay mucha tensión sexual no resuelta? Te lo digo porque el día que os conocisteis, yo vi desde la distancia cómo te miraba hechizado, que yo no sé cómo no se mosqueó la novia.

—Porque no me miraba hechizado, me miraba buscándome defectos —aseguró Sofía, a la vez que dibujaba unos trazos más duros para imprimirle al gesto más tensión todavía.

—¿Qué dices? Te miraba con deseo...

—Jojojohojo. Deseo de eliminarme. ¿No ves que yo represento todo lo que detesta? No soy para nada su tipo. Tú viste como era su novia: tan tiesa, tan rubia, tan borde, tan recta... Y con una pinta de Marie Kondo terrorífica...

—Ya, pero ya te dije en su día que Mateo se pasó toda la tarde mirándote, que me fijé y luego te siguió cuando te levantaste.

—Lo hizo para confirmar sus sospechas de que yo era una artista chiflada —replicó en tanto que retocaba los ojos del retrato para que la mirada pareciera más enojada. Más él.

—Para nada...

—Sí, sí. Tuvo que ser eso. Y mira que el otro día hablando, vi un lado de él que desconocía y llegué a pensar que se fue pitando porque se le estaba soltando el vientre... Y no. Se fue porque yo le parecí demasiado sentimental y estúpida. Como le hablé del significado del árbol y lo de la persona preferida...

—Mi teoría ya sabes cuál es. Le gustaste demasiado y salió corriendo porque iba con la Marie Kondo y tú tenías pareja. Pero ahora estáis solteros los dos.

Sofía dio por terminado el dibujo, se echó un poco para atrás para mirarlo con perspectiva y sonrió porque tenía un pinta de dios de la guerra cabreado a tope que no podía con ella.

Y muy satisfecha con su dibujín, le dijo a su amiga:

—No va a pasar nada. Aunque el otro día con la crisis de la manzana, reconozco que me puso malísima ver cómo se limpiaba el labio con la lengua, porque lo hizo así lento como si estuviera comiendo una chirila. O sea eso...

—Ya, ya.

—Le tuve que llamar la atención y se hizo el tonto, vamos... ¡A mí me va a engañar! Pero lo peor es que luego nos chocamos y me entraron unas ganas absurdas de besarlo hasta dejarlo seco —confesó mirando el cuerpo del pedazo de dios griego cabrón que había dibujado.

—¿Y le besaste? —preguntó María muerta de la curiosidad.

—No, no. ¡Qué va! Pero cómo se te ocurre, acabo de salir de una relación de siglos...

—Pero llevas sin follar ¿desde cuándo? ¿Dos años?

Sofía pensó que dada la pasión con la que lo hacían cuando lo hacían llevaba como toda la vida. Pero, como tampoco ya tenía mucho sentido hablar de ello, respondió:

—No te pases. Un año. Pero vamos lo que menos me urge ahora es ponerme a follar, y menos con Mateo. Es más, te digo que con él no lo haría ni aunque mi vida dependiera de ello.

Y tras decir esto, Sofía pensó que tal vez había exagerado un poco. Ya que tirarse a Mateo para seguir con vida tampoco era mal plan para un jueves por la tarde, si bien decidió no decir nada más al respecto.

Y María que sabía perfectamente que no estaba diciendo la verdad, siguió insistiendo:

—Pues es guapísimo.

Sofía se quedó mirando el retrato y pensó que sí, que guapo era un rato.

—Y tiene un cuerpazo, pero el resto... Uf. No le soporto, de verdad que jamás podría estar con un tío como él.

María sonrió porque no había quién se creyera ese rollo y le recordó:

—Pero querías besarlo...

—Sí, la típica atracción que se siente por esta clase de buenorro.

María sabía muy bien que eso de típico no tenía nada...

—Es la primera vez que me cuentas que te pasa algo así.

—Claro, porque estaba con Rober. Pero ahora estoy soltera y es diferente.

Si bien, María tenía otra opinión bien distinta:

—Creo que a él le gustas.

—Buah. ¿Qué dices? Vive consagrado a su trabajo y a mí no me soporta. Como yo a él...

—Sí, pero querías besarlo... —insistió María.

—¡Ay qué pesada, hija! Para un poco...

Pero María no pensaba parar y de consejera pasó ya a adivina:

—Le deseas y sé que va a pasar algo en cualquier momento.

—Sí, con un poco de suerte pasará que las obras de su casa terminarán pronto y por fin se pirará —aseguró dejando el dibujo a un lado.

—A mí me ha dicho Héctor que va para largo...

—¿Has hablado hace poco con él?

María suspiró y le confesó a su amiga:

—Hablamos todos los días. Desde que está en Nueva York no para de llamarme. Pero ya sabes cómo va esto, tenemos una racha que hablamos mucho y luego otra que casi nada.

—Yo no sé cómo no le dices de una vez que le gustas. Además, si yo creo que está loco por ti. Llevo diciéndotelo desde los tiempos de la Caracoles.

—Calla, anda, por favor. Yo nunca le he gustado... Y ahora menos, que se ha puesto a seguir en Instagram a modelos de tres metros con pechos grandes...

Sofía cogió la tableta que le había mangado a Mateo, se puso a comprobar si lo de esas tías era cierto y le confesó:

—Solo sé que siempre me habla de ti, saque el tema que saque, sales siempre a colación. Que si qué chica más talentosa, más inteligente, más sensata... Y desde luego que le da una tranquilidad tremenda que vaya a trabajar contigo.

—Es que está muy preocupado por ti. Es la razón por la que no deja de llamarme. Me pide que no te deje caer y esas cosas...

—¿Dejarme caer? ¡Qué trágico, por favor! Tú ni caso. Seguro que te llama para saber de ti — habló al tiempo que comprobaba que era cierto: su hermano seguía a un montón de buenorras.

—Somos amigos, pero de ahí no pasa. Y viendo lo que sigue en Instagram, ahora sí que estoy convencida de que jamás pasará nada entre nosotros.

Sofía no entendía por qué su hermano se había puesto a seguir a esas tías. Aunque bien pensado sabía muy poco de sus gustos, porque se pasaba la vida entera hablando de María...

—Solo sé que os lleváis genial, que tenéis un montón de cosas en común y que siempre que estáis juntos os partís de risa.

—Tenemos conexión a todos los niveles, menos el físico. No le pongo para nada. Soy pelirroja, baja, gorda y pocas tetas... No tengo nada que hacer. Y cuanto antes lo asuma, menos sufriré...

Sofía se salió del Instagram de su hermano, convencida de que había alguna explicación para que siguiera a esas tías y acto seguido se puso a buscar a Mateo a la vez que le decía a su amiga:

—Que le gustas, que yo lo sé... Y si me dejaras que intercediera para que...

Y como hacía desde que eran niñas, cada vez que Sofía consideraba esa opción, María le ordenó nerviosa:

—¡Ni se te ocurra! Tiene que salir de él, y no va a salir porque no le pongo. Y no pasa nada...

—¿Cómo no le vas a poner si eres guapísima y tienes un cuerpazo?

—Uy sí. Un cuerpazo de tres quintales... Y una cara del montón, gracias a la cual no paré de trabajar como figurante durante la carrera. Siempre que pedían a un ser anodino para que los protagonistas brillaran, me presentaba y me cogían... Y es que no puedo ser más corriente, para qué engañarnos.

—Te cogían porque te veían algo especial —dijo Sofía, sin encontrar a Mateo por ninguna parte.

Pero ¿qué esperaba? ¿Cómo iba a estar un misántropo en una red social?

—Algo tan especial como una patata roja. Pero no pasa nada. Lo llevo bien. Me pasaré la vida entera amando en silencio a tu hermano y tan feliz, porque lo triste es no amar. Pero yo lo amo tanto...

—Ya bueno, sí, es triste no amar... Pero eso de hacerlo en silencio, yo no sé cómo lo aguantas. Y más que mi hermano es tan bueno que no sabe decir que no... —confesó dejando la tableta sobre la mesa.

—Joder, tía, no quiero que esté conmigo por compasión.

—A ver, que me he explicado mal. Lo que quiero decir es que si te sinceraras con Héctor, estoy segura de que trataría el asunto con mucho tacto. Es decir, él no es un borde ni un estúpido al estilo de mi compañero de piso. Héctor sería amable contigo, considerado, dulce...

—Sí, pero el no como una catedral me lo llevaría igual. Y tú a tu borde le pones, que yo he visto cómo te mira. Pero tu hermano me mira con el mismo cariño con el que yo miro a mi gata Damaris.

—Anda, anda... Primero, te aclaro que yo a Mateo ni le pongo, ni quiero ponerle. Y segundo, te digo que tú deberías empezar a considerar muy en serio, soltarle de una vez la patata caliente a mi hermano...

—Eso es justo lo que soy. Una patata caliente. Y a tu hermano le gustan las tías espaguetis con tetas como balones. Es una realidad.

—Deja de decir bobadas y vete pensando en serio lo de declararte.

—Uy no. Yo soy muy antigua en eso. Él sería el que tendría que hacerlo, pero soy lo suficiente madura como para saber que eso solo pasará en mis sueños.

—Me vas a obligar a darte el maldito empujón...

—Sé que no te vas a atrever. Eres mi amiga. Y sé que me respetas.

—Te respeto pero yo creo que ya es hora que sepas a qué atenerte. Si es sí, perfecto. Y si es no, pues a pasar página.

María respiró hondo y confesó con todo el dolor de su corazón:

—Casi que prefiero seguir soñando con la posibilidad, que tener que digerir un no. No podría... Creo que no lo superaría...

—Pero es que te va a decir que sí, por mucho que digas que te mira como si fueras Damaris. Qué va. Yo veo que te mira con intención...

—Con la intención de que sea su amiga y punto. El que sí que te come con la mirada es Mateo...

—Buah. Ese solo me mira raro y se lame la boca como si fuera un chichi para desestabilizarme. Pero no soy su tipo para nada y además me detesta...

—Si te detestara tanto se habría pirado a un hotel.

—No se ha ido porque tiene el vestidor repleto de ropa.

—Ya, sí, seguro que es por eso. Tú por si acaso, ten a mano condones...

—Como no sea para hacer globos, y ni eso. Este es tan sieso que no me dejaría hacer una fiesta....

—La que nos ha invitado es la millonaria del portón, te llamaba para eso. El sábado que viene va a dar una fiesta en una de sus casas y quiere que estemos. ¿Cómo llevas lo tuyo?

—Bien. Lo tengo ya casi terminado. He hecho un montón de bocetos —respondió mientras buscaba la carpeta entre la cantidad de cosas que tenía en la mesa.

—A ver si lo puedes tener todo listo para el sábado.

—Sí, claro —afirmó Sofia, convencida de que para entonces la maldita carpeta aparecería.

—Estupendo. Ya te llamo para que quedemos... Pero que sepas que me encanta verte tan bien.

—Sí, entre el trabajo y lo que me incordia el petardo de mi compañero de piso, estoy capeando el duelo. Pero no te voy a engañar, no paro de pensar en la faena que le he hecho a Rober —le

contó mientras no dejaba de remover papeles.

—Hiciste lo mejor, no había chispa, te morías de aburrimiento, y agonizabas en esa relación. Sin embargo ahora mira, se te escucha mejor que nunca, tienes la creatividad disparada y el cuerpo revolucionado por ese cañonazo...

—Sí, pero con el cañonazo, olvídate, que no va a pasar nada. Pero nada de nada...

Y tras decir esto, lo que justo cayó en sus manos después de remover y remover sus cosas, fue el dibujito del dios griego cabreado. Y era tan mono... El dibujo obviamente, él no... Él no sería mono nunca... Jamás.

Pero a María no le convencieron para nada las palabras de su amiga y canturreó muerta de risa:

—Claro, claro...

Capítulo 7

Llegó el sábado y Sofia estaba de los nervios porque no tenía ni idea de qué iba ponerse. Los trapos que se había traído de Bruselas eran demasiado informales y tampoco le había dado tiempo a ir a comprarse nada porque había estado muy ocupada ultimando los bocetos.

Bocetos que finalmente acabó encontrando en la biblioteca debajo de unos informes de Mateo, el mismo tío que pedía que se respetaran los espacios.

Así que visto que se pasaba las normas por el forro, Sofia decidió resarcirse asaltando la nevera, con mucha discreción, eso sí.

Se pasó la semana entera mangando *snacks* saludables, un poco de queso francés, un poco de vino, frutita, un par de solomillos...

Cosas así.

Si bien el sábado que estaba nerviosa con la fiesta y necesitaba magnesio en vena para sobrellevar la ansiedad, aprovechó que Mateo había salido a almorzar a casa de sus padres, para pillarle una crema de espinacas, un par de cigalitas, unas gambas y media tableta de chocolate.

Todo muy rico y de primera calidad, menudo era ese...

Luego, en su desesperación y viendo que eran las cinco de la tarde y todavía Mateo no había regresado, decidió hacer una visita al armario donde hizo grandísimos hallazgos.

Y es que el vestidor estaba repleto de ropa maravillosa como un jersey de cachemira negro de cuello de pico que le quedó perfecto, como minivestido, cuando ajustó la cintura con un cinturón precioso de Gucci.

Y ya para rematar el estilismo, se probó una chaqueta negra de esmoquin de Brioni que le sentaba genial a pesar de ser enorme y que acabó de darle el punto sofisticado y elegante que necesitaba para impresionar a su cliente.

Luego se fue corriendo y feliz con el botín a su habitación, donde se encerró para echarse una siesta.

Y es que el magnesio, los Gucci y los Brioni hicieron su efecto y la relajaron tanto que cayó en un sueño profundo y se despertó dos horas después de lo más fresca y descansada.

Se metió en la ducha, se peinó con una coleta alta y tirante, se maquilló bastante con los labios bien rojos y a todo el estilismo robado del vestidor de Mateo, añadió unos pendientes cuadrados enormes con aplicaciones de cristalitos, unas medias blancas y unos taconazos rojos que un día de bajón se compró sin saber por qué. Y ahora ya lo sabía...

Eran perfectos para la fiesta en la que por primera vez en su vida iba a presentarse en calidad de escultora.

Y se sentía tan bien que al ponerse frente al espejo de cuerpo entero sonrió y...

Y nada, porque de repente escuchó la voz del petardo de Mateo que le gritaba desde el piso de abajo:

—Sofia ¿estás en casa o te has dejado la televisión con el volumen al máximo para incordiar como siempre?

Sofía resopló y replicó harta de escuchar a ese plasta de señor:

—Me he puesto un poco de música, pero tranquilo que ya me voy. ¡Apágalo todo!

Y como faltaban apenas cinco minutos para que María pasara a recogerla, se puso encima de su fantástico estilismo una sudadera roja enorme que había mangado del armario de su hermano para ocultar su estilismo tan chic, agarró la carpeta con los bocetos y de esa guisa bajó al salón donde Mateo, que estaba sentado en el sofá, se quedó estupefacto al verla:

—Dios mío... —musitó.

Y es que entre los taconazos que le hacían unas piernas infinitas, la coleta y los morros tan rojos creyó que le iba a dar algo.

Si bien, Sofía se lo tomó de la peor manera, convencida de que estaba a punto de mofarse de su aspecto, cosa que entendía perfectamente...

Pero con todo, se puso a la defensiva:

—¡Venga, haz alguna gracieta! Pregúntame a qué fiesta de disfraces voy, o dime que parezco Caperucita...

—Prefiero preguntarte que si debajo de esa sudadera llevas un chaleco antibalas por lo que pueda pasar allá donde vayas.

Sofía se dio un fuerte tirón a los bajos de la sudadera no fuera ser que viera la chaqueta o el jersey y replicó alzando una ceja:

—¿Ves? Lo que te decía. La gracieta. Pero no, solo voy bien forrada por dentro para no pasar frío.

Mateo con una curiosidad tremenda por saber adónde iba preguntó con guasa:

—¿Vas a un botellón cultureta?

—No, hijo, voy a una fiesta en la casa de la clienta a la que le he diseñado el portón. En la carpeta llevo los bocetos...

Mateo no tenía ni idea de en lo que andaba Sofía porque habían estado esquivándose toda la semana y solo se habían intercambiado unas cuantas frases intrascendentes; si bien, contra todo pronóstico, la había echado de menos.

Sobre todo sus cotorreos con las pelis o sus comentarios optimistas cuando ante sus ojos solo desfilaba la locura de un mundo enfermo.

Y es que sin ella todo resultaba mucho más gris, aburrido y deprimente. Pero no se le dijo, se limitó a mirarla y a soltarle otra verdad:

—Estupendo y tienes que estar muy orgullosa de ti. Sacar adelante el trabajo, en estos momentos complicados, no es algo fácil.

Sofía que no esperaba que saliera con eso, se encogió de hombros y confesó:

—No me queda otra. Y el trabajo me ayuda a no pensar. Por lo menos a pensar cosas que no debo y que solo me hacen daño.

—Eso es la culpa, pero te advierto que no sirve para nada. Hay cosas que por mucho empeño que pongamos no funcionan. Y ya está. Lo mejor es seguir adelante.

—Gracias por el consejo, jamás pensé que diría esto: pero eres un tocapelotas encantador.

Mateo se echó a reír, se revolvió en el asiento y replicó:

—No pretendo ser encantador, tan solo estoy siendo sincero. No puedo ser otra cosa. Siempre digo lo que pienso.

—Ya me he dado cuenta, ya.

Y aunque muchas veces le desquiciaba saber lo que pensaba, estos días que habían estado casi sin hablarse, reconocía que le había echado de menos.

Y no solo en el gimnasio y a su torso sudado y sin camiseta.
Luego, Mateo se levantó, se acercó a ella y le dijo muy serio:

—Te deseo suerte.

Sofía que para nada esperaba que se acercara y le clavara la mirada le preguntó:

—¿Por qué me miras así? ¿Se me ha corrido el rímel o algo?

—No. Está todo perfecto.

—Es que me miras con una cara tan... como misteriosa.

Entonces a Mateo se le cruzaron los claves y le entraron unas ganas tremendas de darle un beso, pero no un beso guarro, bueno de eso tenía siempre ganas, pero en esa ocasión lo que quería era darle un beso en la mejilla dulce y cariñoso, con el que decirle que todo iba a ir bien.

Sin embargo, se sintió tan estúpido, tan idiota y tan memo, que le dijo en el tono más frío y antipático que encontró:

—Está todo bien. Y ahora me voy a mi despacho que tengo cosas más importantes que hacer que estar aquí de cháchara.

Una bordería habitual que esta vez Sofía se la tomó a risa:

—Jajajajajaja. Sí, ¡vete a hacer cosas importantes, anda!

Mateo, que para nada esperaba la carcajada, preguntó con el ceño fruncido:

—¿Te estás riendo de mí? ¿Te hago mucha gracia o qué?

—Yo qué sé. Antes me sentaban fatal tus espantadas, me hacían sentir como una mierda, pero ahora... Jajajajajajaja. ¡Me parto de la risa!

Mateo quiso replicarle algo bastante cortante, pero no pudo porque sonó el teléfono de Sofía y era su amiga para avisarle de que estaba esperándola en la puerta.

—¡Ojalá que te pases toda la noche de risitas! —le deseó Mateo, en tanto que ella se dirigía a la puerta.

Y Sofía replicó justo cuando estaba a punto de abrir la puerta para marcharse:

—Yo te desearía lo mismo, pero mejor me abstengo. De donde no hay, no se puede sacar. ¡Buenas noches, Mateo!

Y se despidió moviendo los dedos y lanzándole después un beso con la mano, muerta de la risa.

Luego cerró la puerta y corrió hasta el coche de María, al tiempo que Mateo con un cabreo tremendo se sentaba frente al televisor dispuesto a tragarse algún bodrio de acción y violencia extrema, que era lo único que le pedía el cuerpo.

—¡Buenas noches! —saludó Sofía en cuanto se subió al coche.

María se quedó alucinada al ver a su amiga, tan radiante, tan sonriente y vestida de una forma tan rara:

—¡Buenas noches! No te pregunto por cómo estás, porque te veo mejor que nunca.

—Tú sí que estás guapa con ese vestido escotado y entallado...

—No es entallado. Soy yo que estoy gorda. Pero era lo más sofisticado que tenía. Me lo compré hace tres años, por si algún día tenía una cita romántica con tu hermano. Pero desde entonces he subido ocho kilos... Y mira el desastre. ¡Soy una puta morcilla!

María arrancó y a Sofía le faltó tiempo para aclararle:

—Qué dices. ¡Estás guapísima! Pareces Rita Hayworth.

—Ella es cuando lo pides en AliExpress y yo cuando llega a casa. Pero es que Iryna es muy elegante y estilosa, va siempre subida a taconazos, impecable, con un pelo perfectamente peluqueado y esto es lo mejor que he logrado para estar a la altura de su fiesta.

—De verdad, estás preciosa. ¿Quieres que nos hagamos una selfi y se la mando a mi hermano

para que te vea?

María la miró horrorizada y, tras negar con la cabeza, le suplicó:

—Ni de coña. ¡A mí no me saques! Mándale tú una para que vea lo bien que estás y se quede tranquilo

—¿Sigue preocupado por mí?

—Ahora me llama hasta tres veces al día. Y yo encantada... Pero vamos, que me llama por ti. Que sé lo que me vas a decir y no.

—Yo ya sabes lo que pienso. Si algún día dejas de ser tan cobarde, me avisas para que celestinee un poco.

María se paró en un semáforo y le confesó a su amiga:

—No soy cobarde. Soy realista. No le pongo nada.

—Mira que eres terca, pero te quiero igual. Y ahora fíjate en lo que me he tenido que poner para salir de casa sin que el sieso se percatara de que le he mangando unas cuantas cosas de su armario: la sudadera de Héctor.

Y dicho esto se quitó la sudadera, que al momento María se la arrebató de un manotazo y se la llevó a la nariz:

—¡Dios, aún huele a él! ¡Me muero!

María enterró la cabeza en la sudadera y Sofía alucinada precisó:

—Huele al suavizante que usa.

—Pues eso, a él. ¿Te importa que me la quede? —preguntó poniendo cara de pena.

Luego dejó la prenda sobre los muslos, porque el semáforo se abrió y Sofía conmovida por verla tan colgada respondió:

—Sí, claro. Ya no la necesito. Cuando llegue a casa, seguro que este estará frito.

María miró a su amiga de refilón y le bastaron esos instantes para concluir:

—¡Esa ropa tiene una pintaza que te mueres! ¡Menudo corte y menuda tela!

—Y le he pillado también el cinturoncito Gucci —canturreó divertida Sofía, levantando las cejas.

María alucinada con el descaro de su amiga, soltó muerta de la risa:

—¡No me puedo creer que hayas vuelto a las andadas! ¿No hicisteis un pacto por el bien de la convivencia?

—Sí, pero él se lo saltó y yo he actuado en consecuencia. También me he comido todo lo que tenía magnesio de su nevera. Es que estaba muy nerviosa...

—Pues ahora se te ve de un relajado, te brilla la piel, tienes los ojos chispeantes y una cara de guasa que no puedes con ella.

—Es porque vengo de vacilar a este... Me tiene harta. Y es que lo ha vuelto a hacer. ¿Te puedes creer que después de decirme unas cosas muy bonitas, como que me tengo que sentir orgullosa de mí por cómo estoy llevando todo y desearme suerte, va y me suelta, de golpe y porrazo que tiene que pirarse porque tiene cosas más importantes que hacer? ¡Le encanta hacerme de menos! Pero en esta ocasión, en vez de mosquearme, me ha entrado la risa, porque es que el tío no puede ser más patético, y el que se ha acabado mosqueando ha sido él. Y ahí le he dejado con un cabreo del quince... Además, te confieso que antes de irme, le he lanzado hasta un besito... Jojojojojo. ¡Que se joda!

—¡Pobrecillo! Está enamorado de ti y encima le tiras un beso. Eres muy cruel.

—Le doy lo que se merece. Y de enamorado nada.

—Que sí, que se aleja cada vez que hace un acercamiento porque le entra el pánico al rechazo.

Hazme caso que yo sé mucho de eso. Me pasa siempre con tu hermano, empiezo a hacer avances, le digo cosas bonitas, me entran ganas de gritarle: te amo con todo lo que tengo y con lo que no también, pero luego me entran los siete males y me quedo como mustia, como sosa, como que debo darle una grima que no te cuento. Y encima le gustan las tías que físicamente son lo opuesto a mí. Así que dime si no es dura mi tragedia...

—Anda, anda. Que ya verás como todo acaba en boda. ¡Me pido ser la que te lleve la cola!

—La Coca-Cola más bien. Me vas a llevar la Coca-Cola al geriátrico porque otra cosa... Yo no me voy a vestir de blanco. Pero tú sí. Yo sí que llevaré tu cola y sé que con tu sieso serás muy feliz.

—Jajajajajajaja. Tía, que soy tu amiga. No me condenes a ese puto infierno...

Capítulo 8

Un rato después, llegaron a la casa de Iryna en Somosaguas, un chalet enorme con siete dormitorios y un jardín infinito.

Estaba lleno de gente y María no dejó de saludar a conocidos, en tanto que Sofía que no conocía a nadie, entró en la casa atraída por la música de un piano que tocaba ritmos latinos.

Con mucha curiosidad atravesó el vestíbulo y apareció en un salón espectacular donde su hermana Celia estaba tocando un magnífico piano de cola.

¿Desde cuándo Celia tocaba en fiestas privadas?

Su hermana Celia tenía cuarenta y tres años y se había pasado la vida entera estudiando. Tenía el título de piano, la licenciatura en Historia y Ciencias de la Música, Grado en Interpretación Musical y Máster en Patrimonio Musical.

Desde que acabó la primera carrera, empezó a trabajar en un colegio privado y allí fue donde conoció a Esther.

Esther era la directora, se enamoraron y tuvieron una relación estable hasta el año pasado que decidieron romper.

Celia dejó el colegio, se fue a vivir a un piso compartido y desde entonces vivía de dar clases particulares de piano a tiempo completo.

O eso le había contado porque por lo que acababa de ver, también debía sacarse unos ingresos extras tocando en fiestas privadas.

El caso es que esperó a que terminara de interpretar el tema de salsa, desmelenada perdida, que si la hubiera llegado a ver su madre que soñaba con que fuera organista litúrgica le habría dado algo, y se acercó a ella sin parar de aplaudir, porque no podía tocar mejor.

—¡Olé las pianistas buenas! —exclamó Sofía entusiasmada.

Celia al percatarse de que era su hermana, saltó a su cuello y la abrazó muy emocionada:

—¡No me lo puedo creer! ¡Qué alegría verte! ¡Te veo muy bien!

Sofía dejó la carpeta con los bocetos en el suelo y abrazó a su hermana:

—¡Y yo a ti!

—Yo he preferido estos días dejarte a tu aire. No quería que te sintieras presionada. Sé que cuando me necesitas, me llamas. Así que estaba tranquila... Aunque imagino que estás pasando por un momento difícil.

Sofía se apartó de ella y le dijo sin soltarla de las manos:

—Sí, pero estoy bien. Bueno, ahora estoy un poco nerviosa porque voy a presentarle los bocetos para el portón a la anfitriona de la fiesta. Ivanka, creo que se llama...

Celia se mordió los labios, negó con la cabeza y la corrigió:

—Iryna. Se llama Iryna Bondar. Me comentó que María era la arquitecta de su nueva casa, yo le conté que tú eras su amiga... Pero no tenía ni idea de que ibas encargarte del portón.

—Sí, a ver si le gusta mi propuesta. María me ha contando que parece una tía muy fría y estirada, muy soberbia y antipática, pero que luego cuando se la conoce es maja. Y a todo esto ¿tú

de qué la conoces?

Celia suspiró, se echó la melena ondulada hacia atrás y le contó:

—Soy la profesora de piano de su hijo Andriy, el otro día me pidió que le hiciera el favor de tocar en su fiesta y yo encantada.

—¡Ah qué bien!

—Solo doy clases particulares, pero a Iryna no podía decirle que no.

—Lo entiendo.

Celia puso una cara muy rara y le cuchicheó al oído a su hermana:

—Estoy enamorada de ella. Como jamás en mi vida... Te juro que jamás he conocido a nadie como Iryna Bondar.

Sofía se quedó alucinada, puesto que pensaba que su hermana todavía estaba haciéndole el duelo a Esther y preguntó:

—¿Sois pareja?

Celia negó con la cabeza y le volvió a cuchichear al oído:

—No. Ella no sabe que estoy loca por ella.

Sofía se llevó la mano a la cabeza y se lamentó:

—¡Ay no, por favor, los amores en silencio son terribles!

Celia se quedó mirando a su hermana y le dijo algo que tenía más que asumido:

—Lo sé. Pero no puedo vivirlo de otra manera. Tengo pánico al abandono y al rechazo. El mismo pánico que tú...

—¿Yo?

—Sí, tú eres evitativa. ¿Por qué si no has dejado a Rober justo cuando te llegaba la hora de comprometerte?

Sofía pensó que realmente lo único que había evitado era encontrarse con su hermana desde que había llegado a Madrid, precisamente porque no soportaba sus análisis psicológicos baratos y sin anestesia.

—Yo no he roto con Rober por miedo al compromiso, sino porque ya no estaba enamorada de él —le aclaró, aunque sabía que no iba a valer de mucho.

—Permita que lo dude. Yo creo que tu pánico al rechazo te trastornó y te hizo creer eso.

Sofía cogió una copa de vino de la bandeja de un camarero que acababa de pasar, dio un sorbo porque se le había quedado la garganta seca, como cada vez que Celia se ponía así de plasta, y replicó:

—Duda todo lo que quieras, pero yo sé muy bien qué es lo que siento.

—Que papá nos dejara tirados nos ha marcado a los tres. En mi caso, me volvió una ansiosa de libro que de verdad no sé cómo Esther no me dejó antes. Me pasaba el día agobiándola, por miedo a que me dejara. Y si a eso le sumas que tenemos una madre manipuladora pasiva agresiva, que jamás ha aceptado que tenga novia, el resultado es que mi relación se fue a la mierda. Esther se hartó de mi pesadez y de que no pudiéramos tener una vida normal. De que no pudiera venir a cumpleaños, a fiestas familiares, a cenar a casa por Navidad, pues te recuerdo que mamá se negó durante todos estos años a recibirla y aceptarla, y eso quema un montón. No sabes cuánto. Te impide tener una vida normal y familiar. Te obliga a estar siempre en las sombras. En fin, que se jodió todo. Y hoy vuelvo a estar enamorada, pero tengo pánico a todo. Así que no, Iryna no sabe nada. Y dudo mucho que algún día se entere...

—Menudo panorama acabas de pintar —musitó Sofía agobiada con toda la mierda que acababa de remover su hermana.

—Es el panorama que hay, bonita. No puedo ser más realista.

Y encima la llamaba bonita, con ese tonito de suficiencia y arrogancia de hermana mayor que lo sabe todo.

Sin embargo, Sofía se negaba quedarse enquistada en un pasado que había quedado muy atrás.

—Si te gusta esa chica, lucha por ella. Eso sí que es realista.

—No puedo. Y a ti te va a pasar lo mismo, te va a costar un montón tener algo serio porque estamos todos tocados del ala —dijo haciendo el gesto con el dedo índice de que le faltaba un tornillo.

—Muy bien de la cabeza no estoy. Pero no descarto enamorarme cuando pase un tiempo. Creo en el amor. Y yo no tengo ese miedo que dices. Cuando papá se fue yo era un bebé, siempre tuve al abuelo de figura paterna...

—Papá no se fue, di mejor papá nos abandonó y luego cuando murió nos dejó el regalito de sus deudas. Nos ha hecho tanto daño ese cabrón... A mí me ha arruinado la vida y a mamá otro tanto de lo mismo. Cada vez que me llama tengo que colgarle a los dos minutos porque ya ni soporto su tono de voz.

—Yo todavía no le he contado que estoy en Madrid. Cuando hablo con ella lo hago con número anónimo para que no vea el 34, el prefijo de España. Lleva tan mal los cambios...

—Lo hace para manipularnos. Ella es fuerte. Pero juega a la hacerse la doliente para que se haga su santa voluntad.

—Pues no le ha funcionado mucho. Míranos, tú tocando salsa, Héctor en Nueva York, con lo mal que mamá lleva que viaje, y yo presentado un boceto como escultora a tiempo completo. Al final, hemos hecho lo que nos ha dado la gana.

—Tú lo has dicho, al final... Después de putearnos todo lo que ha querido.

Celia se calló porque vio que, desde la otra punta del salón, Iryna le estaba pidiendo con gestos que siguiera tocando, sonrió y Sofía preguntó:

—¿Es Iryna?

—Sí. Lo tiene todo. Guapa, inteligente, generosa, apasionada, dulce, cariñosa y con esa pinta de tener un carácter de mierda. Y siempre como la ves, con ese pelo rubio perfecto, la ropa divina y los tacones de diez centímetros. A eso súmale que era pobre, que estudió dos carreras con becas, que montó una empresa tecnológica en el sótano de su casa con veintidós años, que esa empresa hoy factura muchísimo dinero, que tiene una fundación que concede becas en ciencia y tecnología a talentos sin recursos, que a los veintiséis años descubrió que era lesbiana y que posee un arte para bailar ritmos latinos que ya verás en cuanto empiece a tocar. En fin, que la admiro, que la deseo y que la quiero. Y ella por supuesto que nunca lo sabrá...

Celia entonces comenzó a tocar una bachata y, como había anticipado, Iryna empezó a bailar con tanta gracia que Sofía entendía perfectamente que su hermana hubiera perdido la cabeza por ella.

Era una diosa.

Una diosa que pudo conocer un rato después, cuando María se la presentó:

—Iryna, esta es Sofía, la escultora.

Iryna le tendió la mano, toda borde y fría, pero Sofía sonrió y replicó estrechándole la mano:

—Encantada. Le agradezco la invitación a su fiesta. Es muy divertida.

Iryna la fulminó con la mirada y en un tono de voz de lo más cortante replicó:

—Ya he visto antes lo divertida que estabas con mi pianista.

María, convencida de que estaba molesta porque le había hecho perder el tiempo a la pianista,

le aclaró:

—Sofía es la hermana de Celia.

Iryna entonces abandonó ese rictus severo y sonriendo con unos dientes tan perfectos como ella le preguntó a María:

—¿Por qué no me has contado antes que Sofía es hermana de Celia?

—No sé. No ha surgido el tema.

—Pues tenías que habérmelo dicho. Yo admiro muchísimo a tu hermana —le confesó Iryna a Sofía—, es tan talentosa, tan generosa, tan artista, tan sensible, tan estudiosa y tan especial... Cuando la conocí llevaba un tiempo intentando encontrar un buen profesor de piano para mi hijo y estaba ya desesperada. El caso que fue el propio Andriy el que encontró un anuncio en Internet y nos pusimos en contacto con ella. En cuanto la vi me encantó, con esos pelos revueltos, esa fuerza en la mirada y la sorpresa de que hablaba mi lengua.

—Se pasó un año en Kiev estudiando... —musitó Sofía, alucinada de lo pillada que parecía Iryna con su hermana.

—Estudiando y amando a mi país. Cosa que me ganó también. Pero es que además es una profesora extraordinaria y una pianista brillante. No hay más que escucharla. Mi hijo la adora, yo doy gracias cada día por haberla encontrado. Es una bendición para nosotros.

Iryna se quedó mirando a Celia con una cara que Sofía habría jurado que era de enamorada perdida y pensó que tal vez lo de estar pillado por alguien en silencio se estaba convirtiendo en una epidemia.

El caso es que asintió y dijo para dar un empujoncito a su hermana:

—Y ella acaba de hablarme maravillas de ti. Está feliz con vosotros.

Iryna esa mujer que a primera vista parecía fría y dura, se ruborizó y murmuró algo nerviosa:

—Y nosotros con ella. Y ahora si queréis, pasamos un momento al otro salón y me muestras los bocetos.

A María y a Sofía les pareció perfecto y pasaron a otro salón enorme donde se sentaron en un sofá blanco de ocho plazas.

Y ahí la que se puso nerviosa fue Sofía, que abrió con las manos temblorosas la carpeta con los bocetos y le mostró el primero:

—He diseñado un portón que creo que encaja en la perfección en el proyecto personalizado de vivienda que María ha proyectado conforme a tus gustos y necesidades. Se trata de un portón levadizo con resortes, lo que permitiría una apertura suave y elegante y...

Sofía no pudo decir más, porque Iryna negó con la cabeza y exclamó rotunda:

—¡Me horripilan los portones levadizos! No tienen nada que ver conmigo, a pesar de que tenga un aspecto de mujer arrogante, gélida y distante. Yo no quiero un portón que intimide y asuste, no quiero transmitir la idea de que mi casa es una fortaleza inexpugnable. Al revés lo que quiero es un portón que se abra hacia afuera, que refleje lo que soy de verdad: una mujer acogedora y hospitalaria.

Sofía no sabía dónde meterse porque como María le había contado que Iryna era de entrada una mujer hosca y distante y luego con el trato todo lo contrario; la idea del puente levadizo con resortes que se abren con elegancia y suavidad, le había parecido el reflejo perfecto de la personalidad de la dueña.

Una idea que justo en el instante en el que tuvo a la clienta enfrente le pareció la patochada del siglo. Por eso, muy avergonzada musitó:

—Perdóname, Iryna. Me he equivocado totalmente. Tienes toda la razón. No he sabido captar lo

que querías.

Iryna la sonrió, negó con la cabeza y con una dulzura que a Sofía le conmovió le aseguró:

—No pasa nada. Para eso están estas reuniones. Dale unas cuantas vueltas y cuando lo tengas listo, quedamos otra vez. Además, ahora que me has conocido creo que lo vas a tener más fácil.

Sofía se sintió tan mal, que en ese momento creyó que jamás iba a ser capaz de diseñar el portón que convenciera a esa diosa.

Pero con todo, esbozó una pequeña sonrisa y replicó:

—Voy a trabajar duro para tenerlo listo lo antes posible.

Si bien, Iryna percibió la ansiedad de Sofía y quiso reconfortarla diciendo:

—Tu idea está muy bien, pero no es para mí. Le falta corazón. Yo tengo la sangre caliente aquí donde me ves con este aspecto severo y estricto. Así que hazme un portón con corazón... Ponle corazón. Y todo estará perfecto...

Capítulo 9

Entre la vergüenza que había sentido con el boceto y la conversación que había tenido con su hermana, Sofia se sentía tan mal que, después de estar un rato en la fiesta, llamó a un taxi y se volvió a casa.

Lo que no esperaba era que al llegar fuera a encontrarse a Mateo repantigando en el sofá y aferrado a una bolsa de Doritos.

Sus Doritos. Porque él jamás compraba ese tipo de *snacks*.

—¡No me lo puedo creer! ¿Te estás comiendo mis Doritos? ¡La última bolsa que me queda! ¿Pero no teníamos unas normas?

Mateo se metió un puñado de Doritos en la boca y respondió cabreado:

—Las teníamos hasta que he abierto mi nevera buscando unas gambas con las que hacerme una tortilla para cenar y resulta que te las has zampado todas.

—¡No hables con la boca llena, por favor! —exclamó dando un manotazo al aire y luego quitándose los tacones que le habían destrozado los pies.

Mateo entonces se fijó en la chaqueta de esmoquin que llevaba y mosqueado preguntó:

—¿Y esa chaqueta que llevas no será la de mi esmoquin de Brioni, mi esmoquin de gala para ocasiones especiales?

Sofia resopló, se sentó a su lado y le pidió con cara de pena y angustia:

—Esta noche no estoy para broncas. ¡Ha salido todo fatal! ¡Estoy hecha polvo! Así que si he hecho algo mal, bien que lo estoy pagando.

Mateo dejó la bolsa de Doritos sobre la mesa, apagó el volumen de la televisión y preguntó preocupado porque la verdad era que parecía afectada, que para nada era teatro:

—A Iryna no le ha gustado el portón levadizo que le he diseñado, dice que su casa no es un castillo inexpugnable, sino un lugar abierto y acogedor. Que le diseñe otro, pero con amor... ¡A ver cómo coño hago eso, un portón con amor!

—Seguro que se te ocurre algo. Imaginación te sobra...

—Pero no para los encargos. No sé qué me pasa que me bloqueo.

—No te bloqueas, simplemente tienes que presentarle otro boceto.

—¿Pero cómo se me pudo ocurrir esa chorrada del portón levadizo con apertura lenta y elegante? Si es que ha sido todo un insulto. La he llamado borde, fría, distante...

—Pero que se abre lenta y suave como una lata de berberechos —comentó Mateo para quitarle hierro al asunto.

—Búrlate todo lo que quieras, pero he sentido una vergüenza que me quería morir.

Sofia se llevó la mano al vientre de la angustia y Mateo le pidió:

—No te atormentes más, por favor. ¿A quién no le han echado un proyecto para atrás alguna vez?

—Pues a ti seguro que no.

—Siempre hay que ajustar cosas.

—Pero esto no es un ajuste, esto es empezar todo desde cero.

—Tal vez el error fue no reunirte antes con ella. O haberme preguntado. Conozco a Iryna Bondar de encuentros con empresarios del sector de la tecnología y es una mujer que para nada le pega un portón como de castillo medieval de los *clicks* de Famobil.

Sofía le miró ofendida y dolida a la vez y le exigió:

—¡Oye no te pases! Tampoco era el portón de Famobil. Hablé con María, me contó cómo era Iryna, estudié su proyecto y estaba segurísima de que el portón levadizo era perfecto.

—Tiene su lógica, pero Iryna es más abierta. Más expansiva. Piensa en eso y ya verás cómo se te ocurre algo genial.

Sofía bebió a morro del refresco de cola que estaba sobre la mesa, luego cogió unos cuantos Doritos y explicó:

—Bebo así porque la bebida es mía y estoy muy nerviosa.

Mateo pensó que él sí que estaba nervioso de verla beber de esa forma tan *sexy*. Además, se le había quedado un resto de bebida sobre el labio y le estaban entrando unas ganas horribles de limpiárselo con su propia lengua.

Estaba fatal...

De hecho, desde que Sofía se había marchado a la fiesta no había podido concentrarse absolutamente en nada. Ni en los informes que tenía que preparar para el lunes, ni en la serie que se había puesto después para ver si así su mente dejaba de pensar en Sofía y solo en Sofía.

Sin embargo, había sido imposible, y lo de las gambas y los Doritos tan solo había sido excusa para esperarla despierto, para verla otra vez y sentir otra vez ese subidón tontorrón que le entraba cada vez que estaba con ella.

Así que sí, lo reconocía: la atracción que sentía por ella era más fuerte que su voluntad.

Pero ya. Porque Mateo tenía muy claro que de ahí no iba a pasar. O eso creía. El caso fue que muy serio, muy en su papel de ingeniero jefe odioso le recordó:

—Sí, pues con la cafeína, mejor no te cuento cómo te vas a poner.

—Da igual. Ya tengo asumido que va a ser una noche de insomnio. Es que verás, cuando llegué a la fiesta me encontré con mi hermana tocando el piano. Da clases particulares al hijo de Iryna, le pidió que actuara en la fiesta, pero lo gordo viene ahora: esta noche mi hermana me ha confesado que está enamorada de Iryna. Así que ya sí que me voy a bloquear por completo de imaginar que tengo que diseñarles el portón de su nidito de amor.

—¿Tú hermana sale con Iryna Bondar? —preguntó extrañado de que Héctor no le hubiera contado nada.

Y es que para disimular cuando quería sacarle información sobre Sofía, solía preguntare antes por toda su familia. Por eso estaba al tanto de todo...

No obstante, al momento Sofía se lo aclaró:

—¡Qué va! Celia no le ha declarado su amor, pero si ves cómo hablaba Iryna de mi hermana y luego cómo se ha puesto a bailar ritmos latinos seduciéndola. Buah. ¡Saltaban las chispas! Esas dos se gustan, te lo digo yo que tengo ojo para eso.

Mateo se revolvió en su asiento porque aquello sí que era peligroso y preguntó entornando los ojos:

—¿Tienes ojo para detectar que alguien siente una atracción irrefrenable por otra persona?

—Claro. Estas dos se follan con la mirada.

Mateo decidió clavar la vista en la televisión no fuera a ser que también pudiera leer la suya:

—Ajá —masculló con la vista puesta en un documental sobre no sabía qué, pero se concentró

como si le fuera la vida en ello.

Sofía volvió a zamparse otro montón de Doritos y con la boca llena le reprochó:

—¡Tío, tienes la sangre de horchata! Te cuento que estas dos se follan con la mirada y te quedas tan pancho.

—Son cosas que pasan.

—Pero es horrible. Porque se gustan y ninguna de las dos se atreve a dar el paso. Le pasa como a María con mi hermano...

Tras escuchar esto último, a Mateo no le quedó más remedio que mirarla con cara de alucinado y preguntar:

—¿A María le gusta tu hermano?

Sofía volvió a beber a morro del refresco y negando muy nerviosa con la cabeza mintió:

—No, qué va. Para nada.

—Ya, pero es que yo creo que a tu hermano sí que le gusta María. Se pasa el día hablándome de ella...

—Ya, yo también lo creo. Pero, olvídate de ellos.

Más que nada porque le había hecho una promesa a su amiga y no podía traicionarla.

—Hacen buena pareja...

—Que sí. Pero lo de lo que quería hablar es de lo triste que es, y hablo así en genérico, que alguien no se atreva a confesar su amor por miedos y prejuicios, por toda esa mierda que nos impide ser realmente felices.

—Felicidad... Uf. ¿Qué es eso?

Sofía respiró hondo, se encogió de hombros y bromeó:

—Algo que tú no conoces. Eso está claro, no hay más que ver la cara de amargado que tienes siempre.

Sin embargo, Sofía se equivocaba, porque lo que Mateo estaba pensando en ese instante era que la felicidad debería parecerse a lo que estaba sintiendo en ese momento junto a esa chica que tenía el maquillaje y el peinado hechos un desastre, que llevaba su ropa puesta, y que era la cosa más dulce y *sexy* que había visto en su puñetera vida.

—¿Tú sí que lo conoces? —le preguntó clavándole la mirada.

Esa mirada de las suyas, una mirada que Sofía tenía que reconocer que le ponía demasiado, como la boca que era una tentación o el cuerpazo que había tenido la suerte de ver sudoroso y con la musculatura en tensión.

Un cuerpo perfecto de empotrador, pero a saber si ese tío amargado empotraba. Porque lo mismo era tan sieso en la cama como fuera de ella...

Si bien, qué más daba. Porque eso no lo iba a saber, ni a catar jamás de los jamases.

El caso fue que tragó saliva, suspiró y confesó:

—Sí. Claro. No tienes más que verme. Soy una chica feliz, cuando toca serlo. O sea a ratos sí, a ratos no. Pero bien...

Mateo se llevó el pulgar al labio superior, lo recorrió un poco con el dedo y volvió a decir:

—Ajá.

Y dijo ajá por no decirle: me muero por agarrarte del cuello y pegarte el morreo que no te han pegado en tu vida.

Él era así de cretino, pretencioso y soberbio.

—Arg. Detesto tus *ajás*. Dices eso y te quedas callado. ¿Para qué lo haces? ¿Para jugar a que te adivine el pensamiento?

—No tengo más que decir.

—Pues a mí me desquicia un montón. Pero vamos, que lo que quería contarte y no sé por qué lo hago pues entre los *ajás* y que de repente le prestas un interés extremo al puto documental ese de los pollos, me tienes de los nervios...

Mateo arqueó una ceja, volvió a fijar la vista en la pantalla y luego dijo:

—Es muy desconcertante. Lo mismo sale un pollo, que un soldado inglés de la Segunda Guerra Mundial, y luego un robot de última generación japonés. De qué diablos irá esto...

—Yo lo único que sé es que aunque pases de mí, yo lo voy a soltar todo, porque tengo tanto dentro que necesito sacarlo. Y sí, te confieso que entre estas que se aman en silencio por el temor al rechazo y lo que me ha dicho mi hermana sobre mí, me he puesto muy triste...

Sofía entonces se estiró, poniendo los pies encima de la mesa de centro y sonrió, para desconcierto de Mateo que preguntó:

—¿Y por qué sonrías?

—Porque me niego a que me afecte demasiado. Aparte de que no tiene razón, ella opina que por lo que pasó con mi padre los tres tenemos miedo al abandono y en consecuencia unas relaciones sentimentales penosas. Ellos son unos cagados y yo una evitativa. Según ella, dejé a Héctor justo en el momento en que tenía que comprometerme por puro pánico.

Mateo de solo pensar que la hermana estuviese en lo cierto, sintió como una especie de aguijón en la tripa y preguntó:

—¿Y te fuiste por eso? ¿Tenías pánico al compromiso?

—Qué va. Tenía pánico a morirme de aburrimiento. ¡Eso sí que me daba pánico! Pero me movió bastante que me recordara lo de mi padre, lo de sus deudas que resolvimos gracias a tus maravillosos abogados...

—Le dije a Héctor que contara con ello.

—Y te estamos muy agradecidos.

—No hice nada.

—No, no poco. Gracias a tus abogados nos quitamos un buen marrón de encima, pero a lo que iba: lo que más me ha afectado después de hablar con mi hermana es que diga que no tenemos remedio en el amor y que por nuestra historia familiar estamos condenados a ser unos desgraciados. Y yo qué quieres que te diga, si es así: me rebelo. No pienso morirme sin vivir un gran amor —confesó escurriéndose en el sofá y estirándose más todavía hasta acabar tumbada por completo.

Mateo, por su parte, al escuchar lo de vivir un gran amor, sintió como una corriente eléctrica por el cuerpo, que le dio tanta rabia que refunfuñó:

—Te vas a cargar mi esmoquin. Y te advierto que no es barato.

—Tranquilo. Precisamente porque es bueno aguanta lo que sea.

—Ya, pero es que no quiero que aguante. Quiero que esté impecable para mis próximos eventos.

—Déjame un ratito así, que he adoptado la postura de diván de psicoanalista y necesito seguir soltando lastre.

—¿Más? ¿Pero tu hermana no estaba de pianista en la fiesta? ¿Qué pasa que se ha pasado la noche de cháchara contigo?

—Solo ha sido un rato. El suficiente para dejarme muy tocada. Por eso necesito hablar...

Mateo se cruzó de brazos, resopló y le recordó:

—Tú siempre necesitas hablar. Estés como estés, siempre tienes que estar cotorreando...

—¡Y tú refunfuñando! Ahora dime, ¿crees que el abandono de mi padre nos puede marcar tanto que impida que seamos felices en el amor?

Mateo no tenía el cuerpo para hablar de padres, era un tema que en ese momento de su vida le sobrepasaba, así que aseguró:

—No tengo ni idea. Pero vamos, acabas de decir que vas a vivir un gran amor por cojones: así que, no tienes nada de qué preocuparte.

—¡Qué poco romántico eres! ¡Un gran amor por cojones! Uf. Y sí, esa es mi intención, pero... ¿tú crees que llegaré a vivirlo?

Mateo la miró, arqueó una ceja y preguntó borde como él solo:

—¿Me estás vacilando?

—No, te lo digo en serio. Me muero por vivir un gran amor, pero en días como estos pienso que a lo mejor nunca llega. Eso sí que me da pánico.

Mateo pensó que cómo no le iba a llegar, si a pesar de que estaba como una cabra, era una chica tan... Tan...

Tan todo que a él estaban entrándole unas ganas absurdas de callarla a besos...

Capítulo 10

Si bien en su lugar, se puso mucho más serio todavía, arrugando el ceño, y habló:

—Te fumaste algo en la fiesta. Tiene que ser eso...

—¡Ojalá! Así ahora estaría relajada y en paz, y no con esta angustia que me está devorando las entrañas. Me da pánico quedarme atrapada en una vida a medias...

—¡Madre mía, qué dramática! Di más bien atrapada en mi chaqueta de esmoquin...

—Ahora que lo dices sí, me agobia también... ¡Me la voy a quitar!

Sofía llevó la mano al botón de la chaqueta para desabrocharla, mientras Mateo gruñía:

—Yo lo que todavía no me explico es cómo has tenido la cara de cogerla de mi armario.

—Era una fiesta importante, no tenía nada que ponerme y ya no me daba tiempo a comprar nada. Sé un poco solidario, anda. ¡Y calla que no sé qué pasa que no me la puedo desabrochar!

Sofía lo intentó entonces con ambas manos, tiró de un lado y de otro, pero es que no había manera.

Mateo que no daba crédito, le pedía a la vez que ella se peleaba con el botón:

—¿Cómo te pueden pasar estas cosas? ¿Pero quién se queda atrapada en una chaqueta?

—Yo, ¿será esto una metáfora perfecta de lo que dice mi hermana? ¿Estaré condenada a estar atrapada en una vida que...?

Mateo desesperado, le exigió pegándose a ella de un salto:

—¡Déjame a mí!

Sofía se encogió de hombros, apartó las manos y le aclaró:

—Y que conste que no me estoy victimizando. Solo pregunto...

Mateo al tiempo que intentaba desabrochar la chaqueta con mucho cuidado le informó:

—Más que preguntar deberías saber que la gente normal al sentarse se desabrocha la chaqueta, para evitar cosas como que, por la tensión ejercida sobre el ojal y el botón, se deforme la prenda. En fin, es algo que se aprende con dos años: al sentarte te desabrochas, al levantarte te abrochas.

—Eso lo enseñarán en los colegios pijos que tú has ido. Yo no llevaba chaquetilla al colegio como Harry Potter, era un colegio público en un barrio muy chungo. Además, ¿tú crees que con la que tengo encima voy a reparar en esa frivolidad de abrocho-desabrocho? Tengo la mente demasiado ocupada con mis dramas —resopló Sofía, a la vez que Mateo seguía ahí, intentando liberarla.

—Pues mejor no te cuento con qué tengo ocupada la mía.

Y es que de estar tan cerca de ella, de su olor, de su calor, de esa energía loca que arramplaba con todo, se estaba poniendo malísimo y una sucesión de imágenes de lo más improcedentes estaban asaltando su mente.

—Yo lo único que pido es que no tengamos que llamar a los bomberos. Porque sé que te vas a negar a que metamos tijera a la chaqueta.

Y encima mencionaba de bomberos, pensó Mateo. Menos mal que se percató de que había un hilillo suelto en el ojal que impedía desabrochar el botón, lo rompió con cuidado y exclamó:

—¡Ya lo tengo! Era un hilillo que se habrá descosido ya que no practicas las reglas básicas de decoro y saber estar.

Y tras decir esto, desabrochó el botón, Sofía se incorporó de un respingo de la alegría de sentirse liberada, y de repente se encontraron de frente, tan cerca que sus narices casi que podían tocarse.

—Gracias. ¡Eres mi héroe! —musitó Sofía con una sonrisa enorme.

—¡Deja la guasa, por favor! —repuso Mateo.

—Es verdad. Si no llega a ser por ti, tendría que haber metido las tijeras. ¡Y no te cuento la broma!

Mateo no pudo evitar que la vista se le fuera a la boca gruesa y roja de esa chica desastrosa y Sofía preguntó:

—¿Me pasa algo en los labios? ¿Por qué los miras así?

Mateo, con la vista puesta en los labios, musitó:

—¿Así cómo?

—No sé, como tienes ese rostro impenetrable no sé si los tengo manchados de algo o si los quieres devorar. Qué quieres que te diga, tengo esa duda...

Sofía entonces clavó la mirada en los labios de él, luego le miró a los ojos y pensó que si la respuesta correcta era que quería devorarla, ella encantada.

Porque el tío estaba como para comérselo entero, de la cabeza a los pies, y encima olía a ese perfume que transmitía una fuerza, una solidez y una rotundidad propias de un hombre que no se anda con tonterías.

Un tío que no deja de ti ni las raspas...

Y tras pensar esto, Sofía se partió de risa, cosa que hizo que Mateo frunciera los labios y confesara:

—Yo tengo otra duda con tus risitas. No sé si te burlas de mí, o estás nerviosa porque quieres que te bese.

Sofía sin dejar de sonreír, negó con la cabeza y aseguró:

—No me burlo de ti. Y no me importaría que me besaras.

Mateo esbozó una sonrisa, las pupilas se le dilataron y preguntó con el corazón latiéndole con fuerza:

—¿No estarás pensando en mí como candidato a vivir un gran amor?

Sofía soltó una carcajada y respondió rotunda:

—No. ¿Y tú? ¿Piensas en mí como candidata?

—Solo a tocarme las pelotas, en el sentido figurado. Por supuesto —aseguró apartándose un poco de ella.

—Lo sé.

—No podría jamás enamorarme de ti. Somos totalmente opuestos.

—Pienso exactamente lo mismo —afirmó Mateo que se moría por recortar la distancia que los separaba, agarrarla por el cuello y besarla.

—Es que ni eres mi tipo. A ver, que eres un tío guapo, con cuerpazo y demás, pero es que...

Mateo sabía que sus ganas iban a quedarse en eso, en ganas... Es que lo tenía clarísimo, así que le interrumpió para asegurar:

—Te gustan como Rober, tipo peluchito, esponjoso, gordito, calvito, con gafas...

—Rober era Rober. ¡Y no te metas con él!

Mateo negó con la cabeza y precisó mirándola a los ojos y sintiendo un estúpido vértigo, o algo

parecido:

—Solo lo he descrito de forma objetiva. No hay acritud en mis palabras.

—Pues no es que me gusten como Rober, pero los hombres así como tú cañonazos buenorros como que no...

Y siempre había sido así, porque los hombres con aspecto de peluchitos con gafas le habían dado siempre bastante seguridad y confianza.

—Tampoco soy un Adonis, no te pases.

—Sí, sí que lo eres.

—El caso es que no te pongo nada.

Sofía le miró, se mordió los labios porque estaba mala ya, de tener a ese tío tan cerca, con ese olor y ese todo y dijo la verdad:

—Me pones como una moto.

Mateo agradeció la sinceridad con una sonrisa que acabó de rematar a Sofía y él también confesó:

—Te entiendo porque a mí siempre me han gustado las rubias de piernas infinitas, sofisticadas, ambiciosas y bordes, y tú que eres todo lo contrario me pones también muchísimo.

Sofía se echó a reír, levantó una pierna y replicó risueña:

—Tengo buenas piernas, ¿y lo contrario de sofisticada qué es? ¿Zarrapastrosa? En cuanto a la ambición... aunque haya diseñado un portón para los *clicks* de Famobil, te juro que yo deseo llegar a lo más alto. Y respecto a lo de que te pongo, es toda una sorpresa... Entonces ¿el día que nos conocimos y que no parabas de escrutarme con la mirada era porque te gusté?

—Me gustaste tanto que tuve que seguirte hasta el manzano japonés para comprender qué me estaba pasando.

Sofía sonrió porque le estaba encantando lo que estaba escuchando y terminó de deducir:

—Y te fuiste porque descubriste que te gustaba... Por eso huyes siempre, por eso finges que siempre hay algo más importante que yo.

—Me atraes y no debo permitirlo.

Sofía se llevó la mano a la nuca, sacó un mechoncillo de pelo y comenzó a jugar con él:

—¿Por qué no?

—No nos conviene a ninguno de los dos. Somos incompatibles, estamos cerrados al amor y además, eres la hermana de un amigo.

—Lo de mi hermano es una chorrada. Si tú me hicieras feliz, él sería feliz.

—Ya, pero yo no podría hacerte feliz. Ni tú a mí... Nos crispamos mutuamente.

Sofía tiró del mechón de pelo que tenía enroscado en el dedo y aseguró:

—Nos crispamos mogollón.

—Y tu hermano está preocupadísimo por ti. Yo desde luego que no pienso intranquilizarle más por una atracción que puedo gestionar perfectamente.

—Mi hermano debería preocuparse más por él y espabilar con María. Que ya le vale. Y yo estoy bien. Con mis cosas pero bien.

—Es lo que le digo. Todos los días me pregunta por cómo vas.

—¡Qué pelma! —exclamó recostándose en el sofá y clavando la vista en el techo.

—Te quiere y punto.

Mateo también se recostó y dejó la vista puesta en el techo, algo que a Sofía le hizo mucha gracia:

—¿A ti también te relaja dejar la vista perdida en los techos? A mí es que se me abre la mente y

tengo revelaciones.

Mateo se giró y reconoció con una sinceridad que hasta le sorprendió:

—Miro al techo para evitar agarrarte por el cuello y besarte.

Sofía se echó a reír y le pidió volviéndose a incorporar:

—Hazlo.

—Lo haría gustoso. Si bien, vivimos bajo el mismo techo. Eso lo complica más todavía.

—Lo complica cuando es sexo y algo más. Pero en nuestro caso lo tenemos clarísimo. Tú lo has dicho: los dos estamos cerrados al amor. Lo nuestro solo es atracción...

Mateo se puso de pie, porque jamás hubiese pensado que la noche fuera a acabar de esa forma y le dijo antes de que pudiera pasar algo de lo que después fuera a arrepentirse:

—Mejor me voy a dormir.

No obstante, cuando se dirigía ya para su dormitorio, Sofía le gritó:

—¡Espera!

Él se dio la vuelta y vio cómo ella se quitaba la chaqueta de esmoquin:

—No hace falta que me des la chaqueta ahora.

—Hazme caso. Como la guardé en mi armario, corre el riesgo de volatilizarse. Es un puto agujero negro.

Sofía se acercó hasta él, le pasó la chaqueta y Mateo entonces descubrió que no era lo único que le había robado:

—Veo que la visita a mi armario fue mucho más provechosa de lo que yo pensaba. Porque ese jersey es uno de mis favoritos.

—No me extraña. El jersey es divino. Tiene un tacto maravilloso. Y con el cinturón queda genial. La manga me queda enorme pero le da un rollo *puffy* total —le explicó mientras se quitaba el cinturón.

—¿*Puffy*, dices?

—Sí, como globo, abullonado...

—Pensaba que *Puffy* era una cantante o algo.

Y tras decir esto, para pasmo absoluto de Mateo, Sofía se quitó el jersey, y se lo tendió también. Y así en sujetador, medias y bragas, le agarró por el cuello y le plantó un beso fuerte y lento en los labios.

—¿Y esto? —preguntó atónito.

—Como sé que te retiras para reflexionar: para que tengas más elementos de juicio.

Mateo entonces soltó la ropa, la agarró con una mano por la cintura, con la otra por el cuello, la estrechó contra él, y la besó con tal desesperación, con tal dureza y con tal exigencia, que Sofía despejó de repente todas sus dudas sobre si ese tío era igual de sieso dentro y fuera de la cama.

Luego sin aliento, le dijo con los labios pegados a los de ella:

—Lo mismo digo. Así tú también reflexionarás mejor...

Capítulo 11

Esa noche Sofía apenas pegó ojo, pues no podía dejar de pensar en el maldito beso que le había dado ese tío.

El mejor beso de su vida.

Para qué iba a decir otra cosa si era la verdad.

Mateo era un sieso, un insufrible y un tiquismiquis pero besaba tan bien que no podía dejar de acariciarse los labios con los dedos para fijar ese beso, para que no se le escapara, para que fuera por siempre suyo.

Y por supuesto que quería más, que quería repetirlo, que deseaba estar otra vez entre sus brazos y dejarse llevar.

Si bien, solo era deseo, un deseo tan grande como jamás había conocido en su vida. Y que por supuesto tenía bajo control, ni se iba a confundir, ni iba a acabar pidiéndole una implicación emocional, ni un compromiso afectivo.

Solo quería sexo.

Por primera vez en su vida le apetecía tener sexo por el sexo, sexo sin amor, sexo con alguien que le caía como el culo.

Y era raro. Porque hasta entonces ella solo había tenido relaciones con sus dos novios.

Nada de amantes, líos, rollos de una noche, ni nada por el estilo.

Solo sexo con amor con dos peluchitos.

Primero con Raúl, su primer novio que conoció en el instituto del barrio muy chungo y luego con Rober en la facultad.

Con Raúl fue todo muy dulce y muy tierno, tanto que Raúl acabó descubriendo que era gay y lo dejaron.

Y luego con Rober la cosa se tornó tranquila, previsible y siempre con la luz apagada, hasta que los dos acabaron hartos y ya ni recordaba cuándo había sido la última vez que lo había hecho con él.

Pero vamos, que no lo había dejado con Rober porque el sexo con él fuera una mierda.

Ella valoraba mucho más otras cosas como la confianza, la complicidad, la ternura, el cariño...

El sexo era algo secundario en su relación, y sin el que podía vivir perfectamente.

Para eso tenía un vibrador de clítoris para dedo que la hacía gozar como nadie.

Y no necesitaba nada más, con eso estaba servida...

O eso creía.

Ya que desde que había conocido al diablo de Mateo Cano estaba sintiendo un deseo como jamás había experimentado en su previsible vida sexual.

Por primera vez, tenía ganas de follar salvajemente, hacer de todo, sentirlo todo y sin amor.

Y no pensaba perderselo por nada del mundo.

Por eso, en cuanto apareció en la cocina a eso de las doce la mañana, despeluchada, con unas ojeras hasta los pies y un vestido tubo rojo a la rodilla, lo primero que había pillado de la torre de

ropa que acumulaba sobre un silla de su dormitorio, porque el armario es que le daba miedo abrirlo y morir sepultada, y se encontró con él, decidió ir directa al grano:

—¡Buenos días, Mateo! Ya lo he reflexionado todo. ¿Y tú?

Sofía abrió la nevera y mientras se hacía con su leche, su zumo y su pavo, Mateo que estaba terminando de desayunar, respondió:

—He dormido fatal.

Sofía con la cabeza metida en el frigorífico le preguntó:

—Yo igual, no he parado de reflexionar. Ahora te cuento... Antes necesito reponer fuerzas: ¿te importa que te coja un poco de queso para untar? ¿Y... *mmm*... yo qué sé? ¿Un aguacate? Es que cuando voy a comprar siempre se me olvida algo, como tengo la cabeza en mis esculturas y tal...

—Coge, coge...

Sofía lo cogió todo, se sentó frente a él en el taburete de la isla central de la cocina y se percató al momento de algo muerta de risa:

—Muchas gracias, Mateo. ¡Uy, qué ojeras tienes! Y estás despeinado como yo. Es la primera que te veo así. ¿Se te ha perdido el peine o qué?

Mateo se revolvió el pelo con la mano más todavía y murmuró serio:

—Me estás trastornando.

Sofía se partió de risa otra vez y replicó llevándose la mano al pecho:

—¡Me encanta saberlo!

Mateo resopló, al tiempo que veía cómo Sofía vertía la leche y el zumo en sendos vasos y masculló:

—He pasado una noche pésima después de lo que pasó anoche.

—Como yo, pero tranquilo que vamos a poner en común nuestras conclusiones y ya cuando sepamos a qué atenernos nos libraremos del insomnio.

Sofía cogió entonces el vaso de leche, se lo bebió así, entero, del tirón, mirándole con cara de deseo y los pezones marcándose a través de la tela del vestido rojo y Mateo ante semejante visión: se puso duro al instante.

—Yo nunca voy a estar tranquilo contigo. Jamás —confesó Mateo con ganas de hacerle de todo.

Sofía se pasó la lengua por el labio superior para quitarse los restos de leche y ponerle más cardíaco todavía, y ella también reconoció:

—Ni yo contigo. Porque me pones cachonda perdida.

Mateo que estaba terminando de tomarse el café, por poco no lo escupió al escuchar aquello:

—¡Por Dios, Sofía, antes de decir esas cosas: avisa! ¡No estoy acostumbrado a esta clase de sinceridad matutina!

—Matutina, vespertina y nocturna. ¡Estoy perraca a todas horas! Anoche lo estaba y ahora también, que te veo con esos pelos revueltos y esa camiseta negra que deja adivinar tu portentoso torso. Y tienes que saber que esto es algo nuevo en mí. Yo solo he tenido dos novios, Raúl que se casó el año pasado con un señor de Pamplona, y Rober, con el que tenía un sexo tan anodino que ni recuerdo, sin luz ni taquígrafos. No he tenido sexo con nadie más. Solo conmigo misma. De hecho, si lo pienso bien casi toda mi experiencia sexual ha sido conmigo misma. Uso un vibrador de dedo para el clítoris que solo me da satisfacciones. Pero después del beso de anoche, por primera vez en la vida deseo follar con alguien por el que no siento nada. Bueno, sí que siento... Ya sabes que no te soporto...

Mateo se pasó la mano por la cara desesperado, porque en la vida había conocido a nadie que practicara esa sinceridad tan descarada y tan ingenua a la vez.

Y es que Sofia era así, auténtica, divertida, loca, espontánea y eso era algo totalmente nuevo para él.

Él estaba acostumbrado a mujeres que seducían con misterio, con sofisticación, con exquisiteces varias, con artificios y con burdas mentiras.

Pero Sofia no, Sofia no tenía ningún interés en seducirle, tan solo estaba frente a él, con la cara lavada y en zapatillas, diciéndole la pura verdad.

Quería sexo.

Y eso era otra novedad también para él, porque jamás había conocido a ninguna mujer que quisiera solo sexo.

Era sexo y los ceros de su cuenta corriente.

Sexo y un viaje romántico a una isla a catorce horas de avión.

Sexo y un anillo de compromiso.

Pero sexo y nada más...

Era completamente nuevo para él.

Por eso respiró hondo, tan hondo que sonó a suspiro, y le confesó mientras ella se preparaba un sándwich de pavo, aguacate y queso.

—Yo solo he tenido dos novias. Una con doce años que acabó harta de mí y Yolanda que le pasó lo mismo. Y bueno, hasta que llegó Yolanda he mantenido muchas relaciones de sexo casual, en pareja, en tríos, en grupos. He experimentado muchas cosas, me gusta ir más allá de los límites y me encanta el sexo. Pero tranquila que estoy sano, me hago controles periódicos.

Sofia le miró boquiabierta y solo pudo musitar:

—¡Caray! ¡Con lo sieso que pareces!

—Es que soy sieso según el contexto. Y por mi experiencia sé que muchas veces una relación de sexo por placer, de sexo sin compromiso, que dos adultos acuerdan y aceptan, con el tiempo acaba demandando más. Si es que no era algo que se deseaba desde el principio... Porque hay veces que decimos que solo queremos sexo, pero en realidad lo que queremos es sexo y algo más.

Sofia dio un buen mordisco al sándwich que acaba de prepararse y confesó:

—¡Ah no! ¡Yo no! Yo no quiero de ti más que sexo. Bueno, y también tal vez algo prestado de tu armario y cositas ricas de tu nevera, que por cierto ya no asalto. Acabas de ver que pido permiso.

—Gracias. ¡Es todo un detalle! —exclamó Mateo risueño.

—Gracias a ti. Pero vamos, que tú tranquilo que tu corazón no lo quiero para nada.

—Pues yo me he pasado toda la noche dándole vueltas a este asunto y no tengo tan claro que no pudiera llegar a enamorarme de ti.

Sofia soltó una carcajada porque aquello solo podía ser una broma:

—Jojojojo. ¡Qué razón tenía mi hermano cuando me dijo que tenías un sentido del humor muy peculiar!

Mateo muy serio, negó con la cabeza y habló:

—No estoy bromeando. ¡Te estoy diciendo la verdad!

Sofia se acabó el sándwich a toda prisa de la ansiedad y con la boca llena exclamó:

—¡No me jodas!

—Tampoco vayas a hacer ahora un drama por esto. Lo que me pasa es que veo cosas en ti que me parecen admirables: tu fortaleza, tu...

—Perdona pero ¿de verdad tú crees que yo soy fuerte?

—Hay que ser muy fuerte para dejar atrás una vida tranquila y segura.

—Una de las esculturas en las que estoy trabajando desde que llegué se llama así: “Fortaleza”. Porque a pesar de lo que dices me siento más débil que nunca y construir una fortaleza de alguna manera me alivia.

—Esa es tu percepción, pero eres fuerte, valiente, creativa, divertida, loca, auténtica, sincera... Todo eso me fascina y podría enamorarme hasta las trancas de esa parte de ti, pero luego está la otra parte que me desquicia: tu caos, tu verborrea, tus ojos, tus labios, tu todo tú que me pone como nadie, y sé que no. Vamos, que en la vida podría enamorarme de una mujer como tú.

Sofía se mordió los labios de los nervios y preguntó:

—¿Consideras que sentirte atraído por mí es algo negativo?

—Completamente. Porque el deseo sé que me está empujando a algo que no me conviene. ¿Qué pintamos tú y yo juntos?

—¡Yo solo quiero follar!

—Deseo arrancarte la ropa desde que has entrado en la cocina. ¿Pero sabremos gestionarlo bien?

—Por supuesto. Yo también admiro cosas de ti, como tú...

Sofía se quedó callada y Mateo se partió de risa:

—Jajajajaja. Si quieres te ayudo, admiras cosas de mí como: ¿mi nevera? ¿mi armario?

—Eso también. Me he quedado callada porque estaba pensando en que es increíble la capacidad que tienes de creer en casi imposibles. Como cuando apostaste por los robotines cuando solo tenías una empresa ruinosa o como cuando crees en mí... porque desde que te conozco no has hecho otra cosa que alentarme.

A Sofía se le humedecieron los ojos, Mateo pensó que esa sensibilidad suya también era completamente adorable y precisó:

—Tienes talento, creer en ti es muy fácil. Y en cuanto a mi empresa, supongo que es una cuestión de obcecación y de suerte.

—Me fascina esa visión que tienes casi clarividente y esa constancia tuya. Tu determinación, tu perseverancia, tu inteligencia... de todo eso podría enamorarme, pero luego está todo lo demás. Y me digo, no... Jamás podría enamorarme de un tío así. Pero la atracción no es negativa. No encuentro que sea algo que me arrastre hacia un destino trágico. No. Como tengo tan claro que es imposible que me enamore de ti, no me da miedo lanzarme al sexo más salvaje. Bueno, salvaje dentro de una relación de pareja. Lo de los tríos y más gente no me va... ¿Tú sigues practicándolo?

Mateo negó con la cabeza y un poco incómodo con la pregunta respondió:

—No practico nada desde que Yolanda se fue.

—¿Ni el onanismo?

Mateo se puso serio porque esa era una de las cosas que más le desquiciaban de Sofía, que era pelma como ella sola:

—No respondo a esa clase de preguntas tan íntimas. Yo sí conozco el pudor.

—Pues poco pudor has tenido para contarme que te lo has montado en grupo para ir más allá de tus límites. ¿Eso significa que te has adentrado en los placeres traseros y en los juegos perversitos?

—Eso significa que jamás participes en una orgía: te pondrías a parlotear y parlotear con unos y con otros y aquello sería el putito infierno.

—No siempre estoy hablando, sé callarme cuando toca.

—¿Ah sí?

Y Mateo se imaginó callándola de una forma tan cerda que prefirió recoger las cosas del desayuno para meterlas en el lavavajillas.

—Absolutamente —replicó Sofía, envarándose.

—No imaginas con qué me gustaría callarte ahora mismo.

—Para qué imaginar cuando se puede hacer.

Mateo se levantó, cargó con todo hasta el lavaplatos y reconoció:

—Me muero por hacer de todo contigo. Y quiero que sepas que ya quemé mi etapa de experimentación sexual... Ya no me apetecen los tríos, ni todas esas cosas. De hecho, hasta que llegaste, no me apetecía nada. Llegué a pensar que me había vuelto inapetente, pero no... Es más, creo que esto que me pasa contigo no me ha ocurrido con nadie. Jamás he sentido esta atracción tan intensa y tan loca. Y es todo tan fuerte que debes saber que si no nos ponemos ahora mismo a follar sobre esa isla es porque tengo un cumpleaños familiar.

—Vaya, ¡qué mala suerte! —lamentó Sofía.

—Debo estar en quince minutos en casa de mi madre. Podríamos hacer algo rápido, pero me lo iba a notar. Se las sabe todas y no me apetece tener que soportar sus chapas.

Sofía que estaba excitada como no recordaba exclamó:

—¡No sabes cuánto lo lamento! Porque cómo que me apetecía lo de la isla, ya ves tú.

—La isla y el jengibre que tengo en la nevera. Pero ya habrá tiempo.

Luego, Mateo cerró el lavavajillas, se acercó hasta ella, la cogió por el cuello, la besó duro en los labios, los lamió de un lengüetazo y se marchó dejando a Sofía hiperventilando.

Capítulo 12

Sofía se quedó tan impactada con lo sucedido, que el resto de domingo no pudo dejar de pensar en la isla, el jengibre y el lengüetazo, mientras intentaba avanzar en sus proyectos.

Con el de Iryna y su portón con corazón no tuvo demasiada suerte, pues se atascó y no le fluyó nada.

Sin embargo con su escultura “Fortaleza” le pasó todo lo contrario y pudo rematar el boceto final ese domingo en el que a medida que pasaban las horas, se fue poniendo más nerviosa y excitada.

¿Y es que retomarían las cosas donde las habían dejado? ¿O Mateo se iría derecho a la cama... y sin ella?

Ella desde luego que se moría por retomar, de hecho se había puesto un vestido lencero transparente que compró una tarde de pura compra compulsiva para que Mateo supiera de sus intenciones en cuanto entrara por la puerta.

Pero cuál no fue su sorpresa que a eso de las diez de la noche apareció Mateo con un niño de unos siete años en brazos y ella que estaba en el salón leyendo y cenando un yogur con avena, exclamó alucinada poniéndose en pie y tapándose el pecho con un cojín:

—¡Haberme avisado de que ibas a venir con tu hijo y me habría puesto otra ropa para esperarte!

—¡No es mi hijo! Es mi sobrino Diego, el hijo mayor de mi hermana Gloria, que cumple hoy siete años. Nos hemos pasado el día jugando y vengo reventado, porque tengo otros ocho sobrinos. Pero bueno, mi idea era llegar a casa y seguir con lo que habíamos empezado esta mañana. Sin embargo, este cabezón se ha empeñado en venirse conmigo y no he podido decirle que no. Además, mi madre se ha confabulado con él, yo no sé si es que se huele algo. Se me debe notar que me tienes loco, por el brillo de los ojos o las feromonas o yo qué sé. Ya te digo que mi madre las caza al vuelo. ¡Y sobre todo le encanta tocarme las pelotas! Así que aquí estoy, con el nene.

Sofía se quedó mirando al niño y puso una cara muy tierna:

—Se parece a ti.

—¡Qué va! Este me da mil vueltas en todo.

—De cara es idéntico a ti. En tú familia debéis ser todos muy guapos.

Y Sofía pensó también que Mateo tenía una faceta entrañable que no conocía y que le estaba agradando bastante.

Mateo sin embargo al escuchar la palabra familia se ofuscó, frunció el ceño y masculló:

—¡Calla y no me mientes a la familia! Me voy a llevar al niño a la cama y ahora vengo...

Mateo se marchó y Sofía confirmó que ese tío a pesar de que tenía esa pizquita adorable, básicamente era un borde de narices.

Y a ella le dio lo mismo, la verdad...

Porque estaba allí esperándole con un vestido transparente por lo que estaba...

No se iba a casar con él.

Así que volvió a sentarse, se terminó su yogur tranquilamente y sin que le importara una mierda que le hubiera metido ese zarpazo verbal, le esperó leyendo.

Y al rato, regresó...

—Ya le he dejado instalado en la habitación de invitados del fondo, mañana le haré prometer que no le dirá a mi hermana que se fue a la cama vestido de calle.

Mateo se sentó al lado de Sofia que supuso que:

—Al menos le habrás quitado las zapatillas...

—Se las he intentado sacar y ha empezado a darme patadas. He desistido. Tampoco pasa nada porque duerma una noche calzado. Eso curte además...

Sofia se echó a reír, dejó el libro sobre la mesa de centro y comentó:

—Y es muy práctico por si hay que salir pitando por alguna contingencia.

—No he podido hacer otra cosa. ¿Tú sabes la fuerza que tiene? Mañana le llevaré al colegio, antes de venir hemos pasado por su casa para coger el uniforme y la mochila. Luego me ha tenido dos horas jugando a la PS4, le encanta jugar conmigo porque me gana. Y no es que me deje ganar, es que me gana en buena lid. Y también le he hablado de ti, le he contado que vivo con una chica, pero que no se lo diga a nadie. Lo he hecho porque pensaba que os ibais a encontrar. Espero que no te importe...

Sofia negó con la cabeza y, sin poder evitar partirse de risa, replicó:

—¡Es la verdad! ¡Vivimos juntos!

—Diego se ha puesto muy contento porque pensaba que eras mi novia. Y ya le he aclarado que no. Que nos detestamos y que nos hacemos la vida imposible. La pura verdad. Y así de paso el crío va espabilando y enterándose un poco de qué va la feria. O esa era mi intención porque me ha dicho me entiende, que a él tampoco soporta a Violetta con dos t, la chica que le gusta...

Sofia volvió a troncharse de risa, mientras se colocaba bien un tirante de su vestido lencero y exclamó:

—¡Me encanta tu sobrino! ¡Soy fan!

—Por eso te he dicho que cuando yo voy, este ya ha ido treinta veces. En fin, oye, ¿y este vestido que llevas de dónde diablos lo has sacado? —preguntó mirándola extasiado.

—De tu armario —bromeó Sofia con una sonrisa enorme.

—¿Te ponías esto para estar con casa con el analista y no pasaba nada? ¿Pero hace cuánto que ese hombre no va a graduarse la vista?

—Me lo compré en unas rebajas con la intención de ponérmelo en algún evento, pero con un jersey de cuello vuelto y una falda entallada debajo. Tengo mi recato aquí donde me ves, sin embargo contigo no. Contigo soy una descocada con unas ganas inmensas de lanzarme a la experimentación más salvaje. Aunque con Diego por aquí, mejor habrá que posponerlo... Llevo tanto sin hacerlo que no voy a poder reprimir los gritos. Lo siento por ti.

Mateo se quedó mirándola, de arriba abajo, duro y con ganas de lanzarse a lo mismo, y masculló:

—Mañana dejaré a este en el colegio y me volveré pitando a casa. ¿Me esperarás?

Sofia asintió con el corazón acelerado de solo pensar en lo que le esperaba y susurró:

—Todo lo que haga falta.

Mateo entonces se acercó a ella, despacio, la besó suave en los labios y musitó:

—Gracias.

Sofia susurró con los labios pegados a los de él y temblando entera:

—De nada.

Mateo entonces le bajó un tirante del vestido, descendió con la yema de los dedos desde el hombro hasta el pezón que endureció más todavía con un sutil tirón.

Luego, la mordió suave en el cuello y volvió a subirle el tirante, en tanto que Sofía se fijaba en el enorme bulto de la entrepierna de ese tío que la miraba con ganas de devorarla entera.

—Tócame, si quieres —le susurró Mateo al oído.

Sofía que lo quería todo, bajó la mano hasta la erección y la apretó con tantas ganas que Mateo gruñó.

—Ahora a ver cómo concilio el sueño después de esto... Porque es que esto es demasiado... —masculló Sofía, sin dejar de tocarle alucinada.

Mateo la agarró por el cuello, la besó en los labios, muerto de deseo, le devoró la boca entera, dejándola sin aliento y le pidió:

—Mastúrbate pensando en mí, yo haré lo mismo. Dormirás bien y por la mañana se harán realidad nuestros sueños más húmedos. Buenas noches, Sofía.

Y tras decir esto, la besó en los labios, los lamió despacio con la lengua, y se marchó dejándola tan desesperada que le faltó tiempo para encerrarse en su habitación y arrancarse tal orgasmo manual que tuvo que ponerse la almohada en la cara para no despertar al vecindario.

Después, cayó en un sueño profundo y se despertó con una alegría en el cuerpo que rompió a canturrear como no lo hacía en mucho tiempo.

Acto seguido, se duchó, se puso el albornoz, se secó el pelo, se peinó con la raya al lado marcándose unas ondas con los dedos y tras asegurarse de que Mateo y su sobrino no estaban en casa, volvió a colarse en el vestidor de su compañero de piso y le cogió una camisa de cuadros de rollo *grunge* con la que pensaba recibirle.

Así, volvió a su cuarto, se puso la camisa y unas Converse blancas altas, y nada más, sin ropa interior, y se bajó a desayunar mientras rezaba para que Mateo no encontrara tráfico de regreso a casa.

Y no lo encontró, porque a las nueve y diecisiete, justo cuando ella acababa de desayunar un tazón de leche con los cereales de Mateo, apareció él en la cocina con el traje oscuro que mejor le quedaba de toda la colección, camisa blanca y corbata roja.

—¡Buenos días, Sofía! —saludó mirándola de arriba abajo—. Mi camisa te queda muy bien, pero me temo que voy a tener que quitártela.

—¡Buenos días! ¡Esa es la idea! —canturreó Sofía risueña.

Mateo en ese instante pensó que si el paraíso existía debía parecerse mucho a esa ladrona *sexy* que le miraba expectante.

Y muy serio le informó del orden del día con una erección que saltaba a la vista:

—Tenemos un par de horas. Luego cogeré un vuelo a Berlín y estaré fuera hasta el viernes.

—Bien. Genial. ¡Es perfecto! —exclamó Sofía, entusiasmada.

Sin embargo, a Mateo le entró la duda de qué era lo que parecía tan genial:

—¿Qué es perfecto que dispongamos dos horas o que me vayas a perder de vista hasta el viernes?

—Pues las dos opciones me vienen de maravilla. ¡Qué quieres que te diga!

Mateo agradeció la sinceridad, se quitó la chaqueta, la dejó sobre una banqueta, luego se arremangó la camisa, se lavó las manos y se fue directo al frigorífico que abrió para sacar un jengibre.

Lo metió bajo el chorro de agua para lavarlo y cuando ya se disponía a pelarlo, le pidió a

Sofía:

—Quita todo lo que hay encima de la isla.

A Sofía eso de que le diera órdenes empalmado y borde y que no se hubiera acercado al llegar a darle un beso, le puso tan extrañamente excitada que voló para dejar la isla despejada. Impecable. Reluciente. Lista para que pasara lo más grande.

—Ya está —le anunció Sofía, cuando Mateo acababa de trocear el jengibre en rodajas.

—Ven —le exigió al tiempo que cogía una rodaja.

Sofía se acercó hasta él con la respiración agitada y musitó mirándole entregada:

—¡Aquí me tienes!

Mateo se puso más duro todavía de escuchar esas tres palabras y le comentó loco por tenerla entera en su boca:

—Se me ha olvidado preguntarte si eres alérgica al jengibre. ¿Lo has probado alguna vez?

—Sí, bueno, lo he probado en infusión. Sí. Mi abuela lo ponía con unas pastas.

—¡No te voy a servir una infusión! Te lo voy a poner en tu cuerpo, sobre tu piel... ¿Lo has probado alguna vez?

Sofía tragó saliva porque desde que le había mentado la dichosa raíz, no había parado de fantasear con que se lo ponía en todas partes y respondió:

—No me ha dado nunca por ahí. Mi experiencia sexual en pareja ya te digo que ha sido de lo más... básica.

Mateo decidió ir derecho al grano, porque como le diera carrete a esa mujer era capaz de pasarse las siguientes dos horas de cháchara. Y lo que menos le apetecía además era que se las pasara hablando de la incompetencia sexual del analista peluchín.

—Dame la muñeca.

Sofía, extrañada, preguntó porque la pobre estaba un poco perdida con la excitación que tenía encima:

—¿Qué muñeca? ¿Vamos a hacerlo con alguna muñeca? Yo es que esa clase de perversiones ya te digo que no las he practicado. Pero vengo con la mente muy abierta...

Mateo resopló y le aclaró malhumorado:

—¡La muñeca que tienes en el brazo!

Sofía se arremangó la camisa y le acercó el brazo exclamando entre risas:

—Ah. ¡Esta muñeca!

Mateo le agarró fuerte de la mano y frotó la rodaja de jengibre en la muñeca, mientras Sofía cerraba los ojos y se mordía los labios.

Y es que estaba convencida de que esa era alguna técnica oriental y milenaria para despertar su sexualidad más profunda o algo por el estilo, y se excitó tanto con la situación que se le dispararon los pezones y los pensamientos más impuros.

Si bien, cuando ya estaba hasta gimiendo de sentir ese calorcito en la muñeca y sobre todo del olor de ese tío que estaba ansiosa ya por follárselo, él masculló soltándole la mano:

—Ya está. Ahora a esperar un poco.

Sofía se quedó muerta, porque no esperaba que aquello fuera a ser tan rápido y, como no era muy ducha en técnicas sexuales raras, preguntó:

—¿A qué tengo que esperar? ¿Al orgasmo?

—Estoy comprobando si eres o no alérgica el jengibre. Pero tú me estás vacilando ¿verdad?

Sofía se echó a reír y reconoció al tiempo que no dejaba de mirarse la muñeca y rezaba para que aquello no le provocara un sarpullido:

—Como eres un hombre tan experimentado, pensaba que estabas practicándome algún ritual sagrado para despertar a mi diosa cósmica o algo así...

Mateo negó con la cabeza y casi gruñendo, porque con los gemiditos le había puesto muchísimo más, replicó:

—No. Yo solo quiero que follemos...

Capítulo 13

Sofía resopló, se acercó más a él, le agarró por el cuello y musitó:

—Esto para mí es tan nuevo que estoy descolocada.

—Para mí también lo es. En la vida me he visto en una situación como esta. Compartimos casa, nos detestamos y me muero por besarte.

Sofía acercó los labios a los de Mateo, los besó suave y susurró:

—Y yo.

Mateo la agarró por la cintura, la atrajo hacía él, ella le mordió los labios, y lo besó con más intensidad y profundidad, con mucha lengua y todas las ganas.

Así estuvieron devorándose, mientras las manos volaban por debajo de las ropas y se acariciaban por todas partes.

Después, Mateo deslizó las manos hasta las nalgas de Sofía que apretó y presionó aún más contra su dureza.

Ella, sin dejar de besarlo, de tocarlo, y de volverse loca, empezó a frotarse contra él, hasta que le cogió en volandas y la llevó hasta la isla central de la cocina, donde la sentó y le exigió:

—Tumbate.

Sofía sonrió y con cuidado se tumbó sobre la mesa mientras decía:

—Voy despacio no vaya a ser que pierda el equilibrio, me descalabre y me pierda esto.

—No te vas a caer. La mesa es grande. Y yo estoy aquí.

Y al decir estas palabras, Mateo sintió algo raro en la tripa que achacó al deseo... y nada más que al deseo.

Sofía con el corazón a mil, se tumbó completamente en la mesa y Mateo al ver que estaba bien afirmada, se fue a por jengibre...

—La muñeca la tengo perfecta. ¡Como si nada! —habló Sofía ansiosa ya por saber qué sería lo siguiente.

Mateo regresó a su lado, con un bol con rodajitas de jengibre, cogió una y le ordenó:

—Flexiona las piernas y ábrelas bien.

La luz del sol de finales de octubre entraba por los ventanales como si fuera primavera, o eso fue lo que sintió Sofía en esa cocina que no podía ser ya más luminosa.

Pero lo dio lo mismo.

La excitación era mayor que el pudor, así que hizo lo que le pidió y Mateo preguntó:

—¿Estás bien?

Sofía asintió con la cabeza y él respondió deslizando despacio la mano desde la rodilla hasta el pubis que apretó por encima de la tela de la camisa.

Ella gimió y Mateo le levantó la camisa lo justo para dejar a la vista el pubis.

Entonces, lo acarició suave, sintiendo el calor y la humedad, y después fuerte hasta hacerla gemir otra vez.

Luego, le acarició los labios vaginales, separándolos, estirándolos, dándole pequeños tironcitos

hasta que se excitó tanto que Mateo decidió ir un poco más allá.

Y frotó el clítoris y los labios con el jengibre, suave y lento, y luego paró unos segundos para que hiciera efecto.

Y lo hizo, Sofía sintió un calor intenso y excitante que provocó que le pidiera más...

—Sigue por favor, te lo ruego...

Mateo cogió otra rodaja de jengibre, extrajo el jugo extendiéndolo después por la vulva, demorándose en cada pliegue, mientras ella no paraba de gemir.

Su sexo ardía, palpitaba, la sensación no podía ser más intensa y placentera, o eso creía porque entonces Mateo introdujo un poco de jengibre en su vagina y creyó que iba a marearse de puro gusto.

Arqueó la espalda, gimió, juntó las piernas y por poco no se corrió de lo sensible que tenía el clítoris.

—Casi me corro —musitó Sofía mientras abría las piernas otra vez.

—Córrete, haz lo que quieras —dijo Mateo, a la vez que le desabrochaba la camisa.

—Quiero que dure...

—Puedes correrte las veces que quieras.

Mateo la miró maravillado y acarició con la yema de sus dedos la boca gruesa, el cuello largo, los pechos redondos, los pezones duros, el vientre sudoroso...

Y la besó en la boca, saboreándola, devorándola, hasta que ya sin aliento, se perdió en el cuello, descendió hasta los pezones y desde allí bajó hasta el sexo.

Sofía desesperada y ávida de todo, abrió más las piernas, él lamió la vulva, extrajo con la boca el jengibre y empezó a masturbarla fuerte y rápido con la lengua.

Lamió, chupó, mordisqueó, hasta que la sintió tan excitada que golpeteó un poco el clítoris y Sofía sucumbió a un orgasmo que hizo que se estremeciera por completo.

Sudorosa y jadeante, en cuanto recuperó un poco el resuello, se incorporó y, tirando de la corbata roja, le atrajo hacia ella para besarla:

—¡Y encima te has puesto la corbata roja del poderío y la pasión! ¡Con lo que me pone!

Sofía lo besó en la boca, que sabía a ella, él la agarró por la cabeza enterrando los dedos en el pelo y masculló:

—Tú sí que tienes poderío...

Sofía sonrió y sin dejar de mirarlo a los ojos, muy excitada, apretó el bulto durísimo de la entrepierna y luego le desabrochó el cinturón y el pantalón.

Mateo gruñó, se quitó los pantalones y los calzoncillos y sacó del bolsillo de la chaqueta una cartera, donde guardaba un condón, que se lo pasó a Sofía.

Ella lo abrió con cuidado, y cuando él regresó de dejar sus cosas sobre la banqueta, se lo puso alucinada con lo que tenía entre manos.

—¡El tamaño no importa! —musitó ella, contemplando ese prodigio.

Mateo la miró extrañado porque era la primera vez que le decían algo así:

—Nunca se me habían quejado, pero supongo que para todo hay una primera vez —aseguró Mateo detestando más que nunca al analista peluchín.

—No, no. ¡Si no me quejo! Me lo digo a mí misma para no impresionarme, para infundirme ánimos, para convencerme de que puedo.

Mateo sonrió todo esponjado, vanidad pura, pero no lo pudo evitar, la agarró por las caderas y la levantó:

—Ven.

Sofía se pegó a él, le rodeó el cuerpo con las piernas y Mateo cargando con ella, la empujó contra la pared de enfrente.

Allí se comieron las bocas, hasta que no pudieron más y Mateo colocó el miembro en la entrada del sexo de Sofía que, con los ojos brillantes de deseo, confesó:

—Nunca lo he hecho así. Y llevó tanto sin hacerlo que debo ser virgen.

Mateo masculló, loco por fundirse con ella:

—Seré cuidadoso.

Sofía negó con la cabeza porque lo que menos quería era que fuera cuidadoso con ella. Al contrario, ella quería que fuera implacable, duro, contundente... Por eso, musitó negando con la cabeza:

—No quiero que lo seas.

Mateo cumplió sus deseos, la agarró fuerte por las nalgas, la penetró duro hasta el fondo, le mordió los labios y preguntó:

—¿Así?

Sofía que en la vida había sentido nada parecido, entre lo sensible que tenía la zona por el jengibre y el arma de destrucción masiva que ese tío tenía entre las piernas, solo pudo responder una cosa.

—Así, házmelo así.

Mateo que llevaba deseando hacérselo de esa forma desde el día del manzano japonés, empezó a moverse lento y profundo, a la vez que no dejaban de besarse, de lamerse, de morderse...

Pero Sofía no era eso lo que quería, por lo que le pidió al rato:

—Fóllame como te pido. Quiero sentirte más fuerte. Todo lo fuerte que puedas...

Mateo quería complacerla, pero todavía no estaba preparada para aceptarle de esa forma, por eso siguió penetrándola intenso y despacio, hasta que por fin se fue abriendo más y más, y ya sí que pasó a un ritmo más duro y exigente que hizo que Sofía gritara desbordada por las sensaciones tan electrizantes.

Le mordió, lo arañó y aunque por un momento pensó que no iba a ser capaz de soportarlo por mucho más tiempo, afirmó bien la espalda en la pared, comenzó a mover las caderas con más fuerza y de tal modo que de la fricción del clítoris, volvió al poco a sucumbir a un orgasmo brutal que Mateo sintió perfectamente.

Y al sentirlo, ya sí que no pudo más y se corrió también detrás de ella, sin dejar de mirarla...

Y a Sofía esa mirada le conmovió tanto que le confesó:

—No me claves la mirada así. Me intimida más que lo que acabamos de hacer.

Mateo la dejó de pie y, sin despegarse de ella, le confesó también:

—No puedo mirarte de otra manera.

—Es que me desconcierta.

Mateo le acarició el labio inferior con el dedo índice y preguntó:

—¿Por qué?

Sofía giró un poco la cabeza para que descendiera con el dedo hasta la barbilla y respondió:

—Porque cuando se folla sin amor, se folla y listo. No hay estas miradas, ni estas caricias, ni estas palabritas... Mira que si te estás enamorando de mí.

Mateo sonrió, negó con la cabeza y le aclaró:

—Jamás.

A Sofía esa respuesta tan rotunda le sentó fatal, era algo completamente absurdo porque eso era justo lo que quería escuchar, pero al escucharlo no le gustó para nada. Si bien, mintió y musitó

forzando la sonrisa:

—Perfecto. Yo igual. Jamás.

Y en ese instante fue Mateo el que al escuchar esa maldita palabra, sintió una especie de bajón de lo más tonto, pues así tenían que ser las cosas.

Acababan de hacerlo por puro placer, había sido solo piel y nada más.

Aunque lo cierto era que no podía dejar de mirarla ni de pensar que si aquello no había sido lo más intenso y especial que había vivido en la vida, era que lo había olvidado.

Es que ni con Yolanda...

Lo de Sofía había sido otra cosa, había muchísima atracción, química y una complicidad como si sus cuerpos se conocieran desde siempre.

Pero también había algo más, algo que hacía que después del polvo quisiera seguir pegado a ella, abrazarla, sentirla...

¿Eso qué era? ¿Ternura?

Mateo no lo sabía, pero decidió que lo mejor era apartarse de ella y sin decir nada más, lo hizo.

Se desprendió del condón, lo tiró a la papelera y le dijo después:

—Me voy a dar una ducha. Y me marcho...

Sofía a pesar de que estaba molesta con lo del jamás, sintió que Mateo no podía marcharse sin que supiera que:

—Muchas gracias por regalarme uno de los mejores orgasmos de mi vida.

A Mateo le ardió la sangre entera al escucharla y confesó:

—Habrá más y mejores.

Sofía se erotizó de solo imaginarlo y comentó puesto que pensaba que Mateo decía lo de que habría mejores, porque ella no era una amante experimentada:

—Supongo que habré sido uno de tus peores polvos. Pero me aplicaré, te lo prometo.

Mateo negó con la cabeza y fue completamente sincero con ella:

—Nunca he tenido una amante tan generosa y entregada como tú. Y si la tuve, te juro que no me acuerdo.

—¿De verdad?

—Sabes que yo siempre soy sincero. Y sí, nadie me ha besado como tú lo haces.

Sofía se ruborizó, se encogió de hombros y musitó con una sonrisa enorme:

—Gracias por decírmelo.

Y se acercó a él, lo cogió por los hombros y le dio un beso en los labios que a Mateo acabó de rematarle.

Porque otra vez sintió algo en las tripas que provocó que dijera en un tono de voz un tanto hosco:

—No hay de qué. Además, tampoco hay que darle mucha importancia... Son solo besos...

A Sofía no le agradó que le dijera que no había que darle importancia, aun cuando tuviera toda la razón.

Lo suyo solo había sido sexo...

Así que fingiendo que no estaba molesta, habló con una sonrisa que forzó más de la cuenta:

—También me voy a la ducha. ¡Que tengas un buen viaje!

A Mateo le entraron unas ganas inmensas de agarrarla por la cintura y darle un besazo tremendo de despedida.

Tan inmensas que no pudo reprimirlas y lo hizo con tanta pasión que los dos se quedaron alucinados:

—Estoy loco porque llegue el viernes. ¿Me esperarás? —le preguntó Mateo.
Sofia asintió y, con los ojos brillantes y sin ninguna gana de separarse de él, respondió:
—Claro que sí. Me muero por seguir dándonos estos malditos besos sin importancia...

Capítulo 14

Sofía se pasó toda la semana echando de menos a Mateo. Y no solo por el sexo, sino también porque notaba la casa un poco vacía sin él.

Y él también debía extrañarla porque cada noche le escribía wasaps escuetos para preguntarle que qué tal había sido su día, y lo que fue más alucinante: el jueves le propuso que si quería acompañarle a una fiesta de Halloween a la que estaba invitado...

Hola Sofía, te escribo porque me han invitado el viernes unos clientes a una fiesta de Halloween y Héctor insiste en que tengo que ir y encima disfrazado de Don Juan Tenorio. Dice que me ponga su traje de tuno, que me pinte una barba y que te invite a que vengas conmigo para que estés riéndote durante un mes entero. Si te apetece el plan, el viernes te espero.

Y ella, que por nada del mundo quería perderse el espectáculo, respondió:

Me apetece un montón. El viernes nos vemos.

Y acto seguido, llamó a Celia para quedar con ella por la tarde y así matar dos pájaros de un tiro, ya que no avanzaba para nada con el portón del amor de Iryna y necesitaba un disfraz...

—¿No pensarás plantarte en la fiesta de Doña Inés? —le preguntó Celia a la vez que Sofía buscaba un disfraz en un perchero larguísimo de un bazar chino de Chueca.

—Había pensado en ponerme el primer disfraz que pille que me guste. ¿Por qué lo dices?

—Porque si has tenido ese momento con el jengibre y ahora te presentas en la primera cita vestida de Doña Inés, es obvio dónde te estás metiendo. Y no creo que te convenga iniciar una relación, cuando aún tienes caliente al muerto de Rober.

Sofía, que no paraba de buscar algo en el apretadísimo perchero de disfraces acrílicos enfundados en plásticos arrugados, sacó algo rojísimo y replicó:

—No es una cita. Es una invitación a que asista a un espectáculo patético, bochornoso, ridículo...

—Ya sí... Por eso acabas de coger ese vestido de vampiresa con un escote hasta el ombligo.

Sofía le mostró el vestido y le corrigió:

—Es un traje de Mamá Noel. ¡No me sirve! Y por otra parte, tengo clarísimo que jamás tendría nada con Mateo, nada que no sea sexo. Obviamente. Así que por mí no sufras...

Sofía volvió a colgar el vestido en el perchero y siguió buscando en tanto que su hermana detrás de ella mascullaba:

—Me preocupo porque lo que tienes entre manos es una bomba que te va a estallar más pronto que tarde. Tú jamás has follado sin amor, no lo has hecho nunca...

—Por eso, ya era hora de que empezara a hacerlo. Y por mí no te angusties, de verdad, que sé gestionarlo perfectamente.

—Yo lo que sé son dos cosas: la primera, que lo del viernes es una cita porque con los *follamigos* no se van a fiestas de ese tipo y la segunda, que con este tonto que te traes con Mateo lo único que vas a conseguir es confundirte, ya que lo que tienes que resolver primero es lo de Rober.

Sofía se dio la vuelta y le aclaró a su hermana, harta de repetirle lo mismo:

—Que ya está todo resuelto con Rober. No tengo que pensar nada más. Y no es que tenga pánico al compromiso, es que no me puedo casar con un amigo.

—Después del tiempo que lleváis juntos es normal que la pasión se resienta un poco. Pero tenéis todo lo demás...

Sofía se acordó de repente de Mateo y, aunque las comparaciones eran odiosas, le confesó:

—No recuerdo cuándo fue la última vez que lo hicimos, pero he sentido más en una mañana con Mateo que con Rober en todos los años de relación.

Celia esperó a que se alejara una señora que justo en ese momento pasaba detrás de ellas y le recordó:

—Porque es el polvo que tienes más reciente...

—Y el mejor. No insistas, éramos dos amigos que compartían trabajo y sofá. Un trabajo que nunca me llenó y un amigo...

—Que tampoco...

Las dos se echaron a reír y Sofía le habló aliviada:

—¡Gracias por entenderme!

—Solo quiero que estés segura. Pero no hay más que mirarte a la cara que has puesto para darse cuenta de que lo estás.

—Es una decisión tomada. No hay nada que solucionar con Rober.

—No tenía ni idea de que estabais tan mal. Yo pensaba que solo era una crisis.

—¡Ojalá pero no! Y con Mateo no te preocupes que lo tengo todo controlado.

Sofía sacó entonces un traje de calabaza, se lo enseñó a su hermana que exclamó muerta de risa:

—¡Como que te crees que le va a parar ese disfraz tan horrible!

—Con esto le dejo claro que no es una cita y que yo solo voy a divertirme. ¿Te parece bien?

—Solo quiero que seas feliz. Porque aunque Héctor dice que Mateo es un tío majísimo, que sería una pareja perfecta para ti...

Sofía frunciendo el ceño, porque no entendía nada, preguntó:

—Que Héctor ha dicho ¿qué?

—Él piensa que hacéis buena pareja. Yo qué sé. Yo le he visto un par de veces y me pareció un tío estirado y borde. Pero Héctor dice que no, que solo es fachada... A lo mejor le pasa como a Iryna, que parece una tía soberbia, fría y distante y luego... Ay.

—¡No me hables de Iryna que su portón del amor me trae de cabeza! Llevo una semana que no doy pie con bola, tienes que hablarme de ella, a ver si me inspiro...

Celia resopló y luego le comentó a su hermana llevándose la mano al pecho:

—¡Salgamos de aquí! Cómprate ese espantajo de disfraz y vámonos a tomar algo. Porque si me pongo a hablar de Iryna, no paro... ¡Lo mío con ella es muy fuerte! Demasiado fuerte...

Y se fueron caminando hasta el mercado de San Antón, donde en la azotea se sentaron a tomar unas cervezas:

—¿Os habéis liado ya? —preguntó Sofía muerta de la curiosidad.

Celia la miró como si hubiese dicho la mayor estupidez del mundo y respondió:

—No. ¡Qué dices! ¡Eso no va a pasar jamás! Ella es una diosa y yo una mísera mortal, lo mío con ella siempre será platónico.

Sofía dio un sorbo a su cerveza y le recordó:

—Los dioses y los mortales llevan toda la vida enamorándose...

—Ya, pero ella jamás se enamoraría de una mortal como yo. Y no pasa nada. Al contrario, es el

amor más puro que he vivido jamás. Podría pasarme la vida entera así, alimentándome de una mirada, de un pequeño roce, de una palabra amable...

—¡Pues vaya alimento de mierda!

—¡Te equivocas! Es muy bonito. Me paso la clase entera esperando que lleguen las ocho de la tarde, para que aparezca Iryna, me mire, me sonría y diga: “Chicos, lo siento, ya es la hora”. Entonces, yo le devuelvo la sonrisa con una cara de gilipollas que no puedo con ella, recojo las partituras y ella me ofrece un *kvas*. Yo acepto, nuestros dedos apenas se rozan cuando me pasa la bebida, y nos sentamos en el salón, frente a su maravilloso jardín, a hablar de cosas como el tesón y las consistencias.

—Tú de eso sabes un rato—comentó Sofia tras dar un sorbo a su cerveza.

—Algo sé. Sí. Y me fascina que Iryna lo lea todo en esa clave, ella cree que con una buena definición de objetivos y perseverancia para lograrlos, todo acaba sucediendo. El problema, según ella, es que vivimos tiempos en los que o no se sabe lo que se quiere, o no se tiene empuje suficiente como para acometer grandes empresas.

Sofia se revolvió en el asiento y reconoció con una sonrisa enorme:

—Uy, esta información es muy inspiradora para mi portón, no tengo ni idea de cómo lo voy a materializar, pero lo de la consistencia sé que hará que salga del bloqueo que tengo. Pero tú sigue, sigue...

—Pues eso, que nos ponemos a hablar y yo solo deseo que el tiempo se detenga de por vida, mientras me pierdo en sus ojazos y doy gracias a Dios por estar viva frente a ese sueño llamado Iryna. Y ya sé que no puede sonar más empalagoso, ni más cursi, ni más ridículo. Pero, esto es en lo que me ha convertido el amor.

Sofia que no daba crédito porque su hermana siempre se había tomado los asuntos del amor de la forma más práctica, soltó una carcajada:

—Jajajajajajajajaja. Te lo mereces por todas las veces que te has burlado de la gente que dibujaba corazones en los márgenes de los libros. Jajajajajajaja.

—Calla, que mejor no te enseñe cómo tengo las partituras... Pero yo pinto corazones estirados, al estilo del Greco, tan alargados que parecen hormigas... No puedo correr riesgos, y menos con Andriy que es muy listo y muy sensible. Si vieras lo que ha pasado hace un rato, justo antes de venir... Andriy se ha puesto a tirarme de la lengua y me he roto, me he puesto a llorar delante de los dos. Una vergüenza. Menos mal que ellos son tan adorables que también se han puesto a llorar para no dejarme sola. Pero lo he pasado fatal...

—¿Le has confesado tu amor? —preguntó Sofia, devorando los nachos que acababan de traerles.

—¿Mi amor? Qué va. Ni loca. No, ha sido algo más íntimo... Resulta que hemos terminado la clase como siempre, Iryna me ha ofrecido el *kvas* y no sé cómo ha salido el tema de los hijos. Iryna ha contado que ella siempre supo que quería ser madre y por aquello de las consistencias nació Andriy. Se casó con veintidós años, de alguna manera presionada por la familia, sobre todo por la abuela, que le decía que se dejara de tonterías y se casara con su vecino, un chico bueno y su mejor amigo. Iryna no quería casarse, ni siquiera estaba enamorada de su vecino, pero su abuela le aseguró que el amor vendría después. Iryna que sobre todo lo que deseaba era un hijo, se casó con su vecino, al año nació Andriy y lo que vino después no fue el amor, sino el descubrimiento de que era lesbiana. Y fue cuando se vino para Madrid, porque se enamoró de una chica, la cosa salió fatal y desde entonces no ha vuelto a tener nada serio.

—Hasta que has aparecido tú —dijo Sofia con los ojos chispeantes.

—Ojalá, pero no. No soy su tipo, mira qué pintas tengo. Con estos pelos revueltos, mi ropa de las rebajas del Carrefour y mi total y absoluta falta de sofisticación.

—Yo he visto cómo te mira. Tú debes ser una diosa para ella.

—Jojojojojo. Una diosa de saldo. Me mira con cierto aprecio, porque le gusta la música y dice que soy una virtuosa del piano. Ya ves tú. Si no puedo ser más mediocre...

—Eres buena, lo que pasa es que decidiste dedicarte a la enseñanza.

—La enseñanza me gusta, pero seamos sinceras: solo toco con algo de gusto. No soy una virtuosa. No me jodas. Pero a lo que iba, llegados a ese punto de la conversación, Andriy me ha preguntado: ¿Y tú, Celia? ¿Quieres tener hijos?

Sofía se mordió los labios, bajó la vista al suelo y musitó:

—Bueno...

—Sí, la pregunta a la que suelo contestar con un zasca y una maldición a toda la estirpe del que osa a preguntarme. Pero como adoro a Andriy y estábamos en esa atmósfera de confianza y de amor que Iryna sabe crear como nadie, me he abierto en canal y le he contado la verdad. Les he confesado que quiero ser madre desde que me regalaron mi primer Nenuco, pero que tras tres abortos y perder todos los ahorros con los tratamientos, decidí plantarme, porque los niños no se me agarran. No hay manera. Entonces, cuando yo estaba con los ojos llenos de lágrimas y el nudo en la garganta que siempre se me pone cuando pronuncio las palabras: “no se me agarran”, Andriy que estaba a mi lado, me ha cogido de la mano, la ha apretado fuerte, me ha mirado y ha dicho: “Yo sí que te agarro”. Luego me ha sonreído y yo me he puesto a llorar... —confesó mientras dos lagrimones le recorrían el rostro—. Así, como lo estoy haciendo ahora... Como una puñetera pánfila... Y ellos para no dejarme sola, se han puesto a llorar también.

Sofía que también estaba llorando, se retiró discretamente las lágrimas con los dedos y le recordó a su hermana:

—Andriy es el niño que siempre has dicho que sabías que te estaba esperando en alguna parte.

—Es alguien muy especial... Y ya no te cuento el sueño que sería formar una familia con ellos. Pero no... Es imposible.

—Creo que sí. Es como dice Iryna, al final es todo una cuestión de consistencias. Y a lo mejor insiste tanto en eso para que te lances de una vez...

Celia miró a su hermana perpleja, se secó las lágrimas con una servilleta y preguntó:

—¿Tú crees?

—He visto cómo te mira, cómo habla de ti y pienso que sí...

Celia negó con la cabeza, dejó perdida la vista en las azoteas de Chueca y repuso:

—Pues yo pienso que no y además hace mucho que dejé de creer en los milagros.

—Pero da lo mismo que no creas, suceden igual...

—Les sucede a los demás, a mí no... Y no es que sea negativa. Solo soy realista. Muy realista...

Y mientras Celia intentaba autoengañarse un poco más, Sofía cerró los ojos y pidió al cielo para que a su hermana le sucediera su milagro.

Capítulo 15

Al día siguiente, a las nueve en punto de la noche, Sofía estaba esperando a Mateo en el salón disfrazada de calabaza.

Él había regresado de su viaje una hora antes, se había metido en la ducha, luego había rescatado el traje de tuno del vestidor del cuarto de Héctor y tras pasarse un buen rato sacando las escarapelas de la capa, por fin se vistió y se miró al espejo satisfecho con el resultado.

Y es que entre que llevaba desde el lunes sin afeitarse y le había salido una barba de lo más pintona y la espada toledana de lazo que se había colgado al cinturón que había apañado para tal efecto, daba el pego completamente.

Además tenía tantas ganas de volver a ver a Sofía, que le daba lo mismo que se descojonara de él...

Así que bajó dando grandes zancadas hasta el salón donde se encontró a esa criatura que le despertó una ternura tremenda.

Ternura y las ganas de follar de siempre, porque es que hasta vestida de calabaza esa mujer le ponía durísimo.

No podía evitarlo.

Menos mal que llevaba greguescos y pudo disimular un poco su emoción, su grandísima emoción de verla de nuevo:

—¡Hola Sofía! ¡Ya estoy de vuelta! ¡Y más patético que nunca! Puedes reír todo lo que quieras...

Sofía se quedó mirándole boquiabierta porque ese Don Juan con esa planta, esos ojazos y esa barba que se había dejado resultaba de todo menos patético.

—¿Reír? ¡Qué va! Si estoy a punto de recitar como Doña Inés: *Tu presencia me enajena, tus palabras me alucinan, y tus ojos me fascinan y tu aliento me envenena.*

Mateo con unas ganas infinitas de besarla, replicó borde como él solo:

—Recita lo que quieras, pero no te enamores de mí.

Sofía se echó a reír y, agradecida de que le recordara lo desagradable que era, repuso:

—Tranquilo que por algo me he disfrazado de calabaza.

—Pero te queda estiloso, la calabaza parece un vestido de Ágatha Ruiz de la Prada, y las medias de rayas con las Dr. Martens le dan un punto como *punky* chic de lo más... erotizante.

—Jajajajajaja. ¿Ah sí? ¿Te he erotizado?

—Si no llevara los bombachos te darías cuenta de hasta qué punto. Y no veas qué semana llevo. Me he matado a pajas pensando a ti. Espero que no te moleste mi sinceridad descarnada.

—Oh. No. ¡Qué va! Además yo no soy una Doña Inés, yo soy una calabaza salida como el pico de una plancha, porque no solo me he matado de la misma forma que tú, sino que ahora mismo caería de rodillas ante ti y te haría soñar con mundos mejores y todas esas cosas.

—Yo encantado. Pero soy un fanático de la puntualidad y nos esperan en esa maldita fiesta en media hora. No quiero llegar tarde. Además, me puedes hacer soñar con mundos mejores allí...

Sofía arqueó una ceja, esbozó una sonrisita traviesa y preguntó:

—¿Ah sí?

—Seguro que encontramos algún lugar discreto... Y no es porque me importe que miren, sino porque me gusta separar negocios de placer.

—Pues a mí no me gusta que me miren... Me corta totalmente el rollo.

—A mí no. Es más, solía ponerme muchísimo hacerlo con una mientras otra miraba... Esos juegos son muy excitantes.

—A mí no me perviertas, que no valgo para eso. Contigo follo sin amor, me abro al jengibre y a lo que sea menester, pero no quiero meter a más gente.

Mateo la miró, se mordió los labios y confesó:

—Ni yo. Yo también te quiero solo para mí.

Sofía se abanicó con la mano, porque esas palabras le excitaron bastante y confesó:

—Me alegro de que te conformes con cosas normalitas.

—Contigo nada puede ser normalito, Sofía. Tú eres lo más excepcional que he conocido en la vida. Y no pienso compartirlo con nadie. Llámame egoísta...

Sofía sintió una cosa tan rara en la tripa que masculló nerviosa:

—No, yo no digo nada...

Mateo recortó la distancia que les separaba y, mirando a la boca que Sofía había pintado de un rojo subidísimo, musitó:

—Además que te repito que ya dejé atrás esa etapa loca, ahora soy más de hacerlo con calabazas...

Y tras agarrarla del cuello, la besó con tantas ganas que le quitó por completo el carmín...

—Tú no puedes besarme así —susurró ella sin aliento.

—¿Por qué no? —preguntó posando el dedo índice sobre los labios y luego recorriéndolos despacio.

—Porque me están entrando ganas de que me rompas el traje y me lo hagas contra aquella pared. Y luego en el suelo, y después en el sofá, y después sobre la mesa aquella que parece resistente y...

—Primero es la obligación y después de la devoción. Vayamos a la fiesta y una vez allí, tranquila, que yo soy muy devoto... No te voy a decepcionar...

Y tras decir esto, la cogió de la mano y juntos fueron hasta el garaje donde Mateo tenía aparcado un Lexus de siete plazas.

Luego, aprovechando que estaban de buen humor, Sofía le preguntó cuando ya puso rumbo a la casa de su cliente.

—¿Te compraste un coche tan grande para transportar a tus numerosas amantes?

—Lo compré porque Yolanda quería tener hijos...

—¿Cuántos? ¿Cinco? —preguntó alucinada.

—Íbamos a empezar por uno. Pero habría sido un auténtico milagro que llegara un bebé porque en los últimos tiempos no lo hacíamos nunca.

Sofía resopló y reconoció con su sinceridad habitual:

—¡Qué pena! Eres insoportable, pero para follar eres perfecto.

Mateo la miró con una sonrisa ladeada y replicó:

—Muchas gracias.

—Es la verdad. Lo haces genial y para ti que parece que es algo importante: lo llevarías fatal... Imagino.

—Tan mal como tú con Rober, imagino.

—Yo es que estaba acostumbrada porque lo nuestro nunca fue algo muy sexual y apasionado. Pero tú...

Mateo decidió que también tenía que ser sincero y le confesó:

—Lo nuestro se fue desgastando por la rutina y las obligaciones. Pero lo llevaba bien porque te tenía a ti.

Sofía se quedó perpleja porque no sabía a qué se estaba refiriendo con eso que acababa de decirle con una rotundidad pasmosa:

—¿A mí?

—Desde la fiesta en casa de tu hermano, te colabas en mis sueños o en mis fantasías más sucias. Espero que no te importe que te lo confiese...

Sofía sonrió de oreja a oreja, negó con la cabeza y dedujo:

—Qué va. ¡Es un honor! Y ahora además entiendo por qué el día que llegué de Bruselas te quisiste marchar a toda prisa. Con todo lo que te habías pajeado a mi costa, era lógico que no quisieras tenerme cerca.

—Pero es que nunca he llegado a entender por qué me dio tan fuerte contigo...

—Uf. Pues como lo mío contigo y la escultura aquella... ¿Qué diablos hacía yo pensando en ti? La mente es muy traicionera, tampoco hay que hacerle demasiado caso.

Mateo, con unas ganas tremendas de llegar a la casa de su cliente y devorar a esa calabaza que le estaba volviendo loco, habló:

—Algo de caso tendremos que hacerle porque entre nosotros hay mucha química.

—Sí, eso sí. Química toda la que quieras. Te miro y solo puedo pensar en hacerlo.

—¿Y te sientes mal?

—Jajajajaja. No, no soy tan mema. ¡Me siento mejor que nunca!

Mateo sonrió encantado, puso la radio y Sofía se puso a canturrear canciones hasta que llegaron a la casa de su cliente en La Moraleja.

Más que cliente, clienta, porque la anfitriona era una mujer disfrazada de Doña Inés, de unos treinta y algo, rubia, guapa, *sexy*, fría, distante, sofisticada... En fin, el tipo de mujer que Sofía sabía perfectamente que le gustaba a Mateo.

Y tampoco había que ser muy sagaz para percatarse de que a ella también le gustaba Mateo, porque a pesar de que era una estirada, le faltó tiempo para engancharse a su brazo y decir:

—¡Esto es sincronía! ¡Solo tú podías venir disfrazado de Don Juan!

Mateo la saludó con dos besos y luego le presentó a Sofía, que se sintió tremendamente ridícula con su maldito disfraz de calabaza.

—Sofía, te presento a Elena Martín, es la dueña de Cosméticos BrightFull. Estamos trabajando con su empresa en un sistema para la automatización del movimiento de la línea de paletizado al enfardado.

Sofía se quedó mirando a Elena y masculló fingiendo el máximo entusiasmo:

—¡Qué bien! ¡Qué estupendo!

—Sí, sí que lo es. He escuchado hablar tantas maravillas de los robots de Mateo que me moría por trabajar con él y es que...

Elena se puso hablar sobre los procesos de automatización aplicados a la industria cosmética, Mateo le siguió el rollo en tanto que Sofía se preguntaba qué pintaba ella allí.

Porque entre la sincronía de los disfraces y que era obvio que esos dos se gustaban lo mejor que podía hacer era salir por piernas.

Y con un cabreo considerable, y no porque estuviera celosa, ni mucho menos, o eso creía ella, sino porque no entendía para qué la había invitado Mateo a la fiesta, cuando era más que evidente con quién le apetecía estar.

Menos mal que en ese momento pasó a su lado un tío rubio, cañonazo y con gafas, con la versión masculina de su disfraz de calabaza, le sonrió y le dijo:

—Creo que hemos ido al mismo bazar chino. Soy Gonzalo, el Director Financiero de la empresa de Elena...

—Soy Sofia, soy escultora, he venido acompañando a Mateo.

Se saludaron con dos besos y Gonzalo le preguntó sin dejar de sonreír:

—¿Eres su novia?

—No, no. ¡Para nada! Solo somos compañeros de casoplón... Es que su casa está en obras y se ha venido a vivir a la casa de mi hermano.

—¿Vives con tu hermano? —preguntó Gonzalo, mientras Mateo que no pudo evitar poner la oreja en la conversación, se preguntaba que qué le importaba a ese tío con quién vivía Sofia.

Y lo que era aún peor, por qué ella no solo no le cortaba el rollo sino que iba a contarle su vida entera:

—Sí, es que lo dejé hace poco con mi novio. Vivíamos en Bruselas, teníamos una empresa de analítica digital, pero lo nuestro estaba muerto y mi verdadera vocación es la escultura. Así que lo he dejado todo atrás y aquí estoy...

Gonzalo la miró impresionado de lo que le gustaba todo lo que estaba viendo y escuchando y exclamó:

—¡Qué valiente! ¡Me encanta la gente que no se conforma! ¿Crees en las coincidencias? Porque esto que seamos las dos únicas calabazas de la fiesta tiene que significar algo, aparte de que fuera el disfraz que tenía pinta de provocar menos sarpullidos.

Sofia se echó a reír, y pensó que después de todo no había sido un error ir a la fiesta. Gonzalo era simpático, estaba buenísimo y llevaba gafas, que siempre era un plus, porque le transmitían seguridad y confianza.

Y no era que se le estuviera pasando por la cabeza tener algo con él, pero desde luego que era mejor plan disfrutar de su compañía que pasarse la noche entera detestando más todavía a Mateo por llevarle a esa fiesta para que viera cómo ligaba con otra.

Otra que por cierto en ese justo instante le estaba pasando una cajita a Mateo con una sonrisita de lo más morbosa.

A saber lo que contenía la caja...

Pero a ella qué le importaba, él podía hacer lo que le diera la gana. No tenían ninguna exclusividad sexual. Podía acostarse con quien quisiera, ella no, porque ella con Mateo tenía bastante, pero por lo que se veía él necesitaba abrirse a más gente.

Y estaba bien haber ido a esa fiesta para saber a qué atenerse, por eso le aseguró a Gonzalo:

—Todo pasa por algo.

Y tras decir esto, Sofia se percató de que Mateo la estaba mirando con una cara muy rara, a la vez que Gonzalo hablaba:

—Yo también lo creo. ¿Quieres tomar algo? ¿Has cenado? Dentro están sacando bandejas de...

Gonzalo no pudo terminar la frase, porque de repente apareció Mateo, agarró a Sofia del brazo y masculló:

—Muchas gracias, Gonzalo. Eres muy amable, pero ya nos servimos solos. ¡Buenas noches!

Capítulo 16

Después de atravesar un vestíbulo, aparecieron en un salón repleto de gente, decorado con telas de araña y lápidas de cartón, en el que sonaba a todo volumen Billie Eilish:

—¿Se puede saber por qué me has traído hasta aquí con tantas prisas?—preguntó Sofía en una esquina del salón.

—Quiero hablar contigo —respondió mientras cogía un par de Bloody Mary de la bandeja que llevaba un camarero disfrazado de vampiro.

—Toma, ¿no tenías tanta sed? —masculló tendiéndole la bebida.

—¿Yo? Cualquiera diría que te han entrado celos de verme hablar con Gonzalo —observó agarrando el Bloody Mary.

Mateo se plantó frente a ella, sonrió socarrón y repuso:

—Eso mismo he pensado cuando me has visto hablar con Elena.

—No tengo celos de Elena. Es más, me alegro de haber venido a la fiesta para enterarme de que aunque no experimentes en grupo, lo sigues haciendo en individual.

Mateo que lo único que sabía era que se moría por besarla otra vez, preguntó tras dar un sorbo a la bebida:

—¿De qué estás hablando?

—Hablo de que ya no practicas la experimentación orgiástica y demás, pero que follas con quien te da la gana, monógamamente. Y me parece genial. Ojo. No te estoy reprochando nada... Por cierto, ¿esto rojo qué es? ¿Sangre de gnomo o qué?

—Es un Bloody Mary.

—Ah, claro. La anfitriona es una chica sofisticada y elegante, como te gustan a ti. Y por ahí veo bandejitas con sushi... En mi fiesta de Halloween habría sangría y tortilla de patatas... Como soy tan de andar por casa...

—Tu fiesta de Halloween sería lo más porque pillarías todas las cosas de nevera. Y Elena y yo solo tenemos una relación profesional.

—Pero te gusta, lo sé, es un clon de Yolanda. Y supongo que a su vez un clon de todas las anteriores.

—Es una chica muy guapa. Pero vamos...

—Una chica guapa que te devora con la mirada y que te ha dado esa cajita que llevas en la mano que seguro que contiene una joya anal o algo morbosete. Yo veo que esa chica te pega mucho...

Mateo se echó a reír, abrió la caja y le mostró que era una tarjeta para un sorteo:

—Me lo ha dado para ti, es una participación para el sorteo que celebrarán más tarde de un lote de productos cosméticos.

Sofía se mordió los labios del corte, cogió la caja, la metió dentro del bolsillo interior de la calabaza y musitó:

—Gracias. ¡Ojalá me toque!

—La que sí estaba flirteando con la otra calabaza eres tú. Y no te lo digo porque esté celoso. Puedes hacer lo que quieras, no tenemos ningún tipo de compromiso. Ni siquiera sexual.

—Sé muy bien lo que tenemos. Y con Gonzalo no estaba ligando, tan solo me he puesto a hablar con él, mientras tú tonteabas con Elena. De hecho, estaba a punto de marcharme cuando él ha aparecido. He visto que tenías tanta complicidad con ella que he sentido que sobraba.

—Estábamos hablando de trabajo, sin embargo tú le has recordado a ese tío que todo sucede por algo —le reprochó aunque sonara a puros celos, pero no lo eran. O eso creía.

—Lo he dicho pensando en que me alegraba de haber venido a la fiesta para descubrir que no solo tienes sexo casual conmigo...

—Te equivocas.

A Sofia le encantó tanto escuchar aquello que sonrió de oreja a oreja y preguntó:

—¿Ah sí?

—Por eso te he arrastrado hasta aquí, por si todavía no te ha quedado claro que me muero por hacerlo contigo y solo contigo.

Mateo la agarró por la cintura, la estrechó contra él y ella susurró con los labios pegados a los de él:

—Ahora sí. Y a mí también me pasa lo mismo contigo. No quiero estar con nadie más. Pero eso no significa nada...

Mateo la agarró con ambas manos por el cuello, la besó en la boca con ganas y repuso:

—Nada de nada. Es solo sexo.

Sofia medio mareada por el beso, reconoció agarrándole también por el cuello:

—Exacto, sexo y convivencia forzosa.

—Y espantosa. No imaginas qué tranquilidad he sentido estos días sin escuchar tus portazos, sin tropezarme con tus cosas, sin que de repente me desaparezca algo... —confesó, si bien se calló que se había aburrido como una ostra.

—Me ha pasado algo parecido, estos días sin ti han sido increíbles. Se respiraba un buen rollo tremendo en casa sin tus gruñidos... —repuso Sofia, callándose también lo del vacío que había sentido.

—Es estupendo que sintamos lo mismo —concluyó Mateo, que de repente y como para celebrarlo, se puso a bailar la canción que estaba sonando de Bruno Mars, como Bruno Mars.

Y Sofia se quedó muerta.

Y es que en la vida hubiera imaginado que ese ser tan estirado y sieso bailara con ese estilo, como flotando, como desafiando a la gravedad, con un arte en las caderas y un pedazo de *flow* que Sofia, que hacía lo que podía bailando metida dentro de una calabaza, exclamó:

—¡No puedes bailar así! ¡Tú no!

—¿Por qué no?

—Porque los tíos como tú, se ponen en una esquina y se quedan rígidos como palos. Porque como mucho mueven la cabeza y un pie, pero no bailan como Bruno Mars.

—Y espera a que pongan a Michael Jackson, porque el *Thriller* te lo clavo —dijo sin parar de bailar.

—¡No puede ser!

Mateo se encogió de hombros y replicó sin darle importancia ninguna:

—Ya lo verás.

—Te creo, pero es que no doy crédito. Y mira que sabía que eres bueno moviendo las caderas, pero es que esto del baile me parece increíble.

—Me saqué la carrera trabajando de bailarín en una discoteca.

Sofía se partió de risa porque si no llega a verlo con sus propios ojos jamás hubiera creído que ese tío bailaba de esa manera:

—¡Y ahora te podrías ganar la vida bailando igual! Jajajajajajaja. Tenías que haberme bailado así el día que nos conocimos.

—¿Qué habría pasado si llego a bailar?

—Cualquier cosa...

—¿Beso incluido?

—Y polvazo. ¡Vete a saber!

Mateo se acercó a Sofía y le cuchicheó al oído:

—Bailaré para ti cuanto quieras.

Luego se apartó de ella, se puso a bailar como si le hubiera poseído el espíritu de Bruno Mars y se convirtió en el centro de todas las miradas ya que aquello era digno de ver.

Cómo no sería la cosa que comenzaron a jalearle para que se subiera a una mesa con pinta de ser carísima y así pudieran verle mejor, si bien Mateo solo accedió cuando apareció la anfitriona y le pidió que lo hiciera.

Y allá que fue...

Como en sus tiempos de estudiante, se puso a animar la fiesta con su baile, pero esta vez disfrazado de Don Juan Tenorio con un traje de tuno, que tenía mucho más mérito.

Y así estuvo bailando un buen rato, hasta que le gritó a Sofía que estaba disfrutando de su arte, como todos, que se subiera a acompañarle:

—¡Calabaza, vente a bailar conmigo esta de Beyoncé!

La calabaza no sabía dónde meterse, porque ni con tres años ni borracha se había subido a una mesa a bailar, pero Mateo se puso tan pesado gritando una y otra vez: ¡Calabaza, ven! ¡Calabaza, sube!, que solo para que se callara de una vez se sentó en la mesa, subió los pies y luego se incorporó mientras le decía:

—Yo me saqué la carrera haciendo de promotora de quesos y productos ibéricos. Esto no es lo mío.

Mateo se plantó frente a ella, le sonrió con una cara de diablo tremenda y le ordenó que:

—Claro que es lo tuyo. Solo tienes que seguirme. De pie como estamos, separa las piernas. Pon las manos en las caderas. Mueve los hombros, primero el izquierdo y después del derecho...

—Ay Dios... ¡Qué vergüenza!

—Más vergüenza tiene que darte quedarte tiesa como un poste. Venga, solo haz lo que te digo...

Como llegados a ese punto a Sofía ya no le quedaba otra que seguirle el rollo, se puso a hacer los movimientos que él le mostraba:

—¡Vamos, calabaza, hazlo como yo! ¡Muy bien! Y ahora vete echando el tronco hacia atrás. ¡Dale ahí! Y ahora no dejes de mover los brazos mientras subes y bajas, como si hicieras sentadillas... ¡Así es! Y ahora otra vez todo el tronco hacia atrás, y sube moviendo hombros y cabeza... Y después, salto, salto, salto... ¡Y melenón para abajo, melenón para arriba!

Sofía se puso a hacer todos aquellos movimientos muerta de risa, y con el consuelo de que jamás en la vida volvería a ver a esa gente que les jaleaban para que no pararan.

Como así fue, pues se bailó esa canción y otras tantas más siguiendo las instrucciones de su coreógrafo que entre, movimiento y movimiento, le mordía en el cuello, le daba un lengüetazo en la boca o se pegaba a ella para que sintiera lo duro que estaba.

Tanto que llegó un punto en que no pudo más, la estrechó contra él y le cuchicheó al oído:

—Vámonos a seguir con el baile a otra parte.

Sofía que también estaba excitadísima replicó sin dejar de alucinar:

—¡En la vida me habría imaginado la marcha que tienes!

—Y lo que te espera, calabaza.

Mateo se bajó de la mesa de un salto y le gritó extendiendo los brazos:

—¡Salta que te cojo!

—¿También trabajaste en un circo? Yo es que no soy nada de acrobacias.

—¡Déjate caer y ya está! ¡Confía en mí!

—Te agradezco la gentileza, pero prefiero seguir con todos los huesos en su sit...

Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaah.

Sofía no pudo acabar la frase porque Mateo tiró de su mano, la empujó para que saltara y cayera finalmente en sus brazos.

—¡Ya te tengo!

—Me he visto en el suelo, hecha puré de calabaza. ¿Pero no te he dicho que bajaba yo sola?

—Sí, pero así es más emocionante. Dame las gracias, anda.

Sofía negó con la cabeza y, risueña, le habló:

—Ni de coña. Y ahora bájame...

Mateo la dejó en el suelo, sin soltarla de la mano y así la sacó del salón, atravesaron varias estancias, un pasillo y terminaron en una piscina interior a la que no dudó en lanzarse.

—Estoy muerto de calor —dijo Mateo mientras se quitaba el jubón.

Sofía se sentó en una hamaca y le comentó perpleja:

—Tampoco te pega para nada bañarte en piscinas ajenas.

Mateo le sonrió y luego sin dejar de mirarla fue quitándose todo lo que llevaba encima: la camisa, los zapatos, los bombachos, las calzas y los calzoncillos.

Y ya desnudo, y empalmadísimo, le preguntó:

—¿Vienes?

Sofía se quedó impresionada al verle por primera vez completamente desnudo, tragó saliva, miró a ver si venía alguien y exclamó:

—¡Puede entrar alguien en cualquier momento! ¡Y tú estás aquí por negocios!

Mateo dio un manotazo al aire y replicó sin darle importancia:

—¡No va a venir nadie! Y si aparece, le pediremos que nos dejen jugar solos.

—Pues como no sea al parchís, porque yo paso de hacerlo en este sitio.

A Mateo se le encendió la mirada, se mordió los labios y luego le recordó:

—Se pueden hacer muchas cosas tal y como estamos, tú vestida y yo desnudo.

Sofía pensó que no había más que mirarlo para que se le pasaran por la cabeza unas cuantas ideas, si bien replicó:

—Imagino que sí, pero prefiero hacerlo en un sitio más discreto.

Mateo sonrió, se tiró de cabeza al agua, dio unos cuantos largos y salió justo frente a ella, chorreando de agua y con el cuerpo en tensión, como un modelo de anuncio de perfume.

—No sabes lo que te pierdes. El agua está fenomenal.

Sofía que estaba muerta de calor y harta de perderse demasiadas cosas, ni se lo pensó dos veces, se quitó el disfraz, la ropa interior y las botas y se tiró de cabeza, para sorpresa de Mateo que le preguntó en cuanto salió del agua:

—¿No decías que preferías hacerlo en un sitio más discreto?

—Así es, no pienso hacer nada aquí, me he metido en el agua porque me ha dado envidia verte.

Mateo se acercó a ella, la agarró por las caderas, la estrechó contra él y le musitó con la boca pegada a la de ella:

—¿Te puedo besar?

Sofía que se moría por hacerlo, lo besó metiéndole la lengua hasta el fondo y sintiendo la tremenda erección presionando contra su pubis.

Y se volvió loca, tanto que volvió a besarlo, a acariciarlo, a agarrarle fuerte de las nalgas para frotarse contra él, y a informarle de que:

—Me he cosido un bolsillo en el interior de la calabaza y he metido un montón de condones.

—¿Un montón? —preguntó Mateo que se moría por hacérselo ahí mismo.

—Sí, soy una chica precavida, los he metido por si nos quedamos atrapados en un ascensor o en alguna otra parte...

—Claro, claro. No se me ocurre nada mejor en una situación semejante que ponerse a follar...

—Es lo que más relaja. Y ahora ¿qué te parecería si lo hacemos detrás de esos maceteros?

—A mí todo me viene genial, detrás de los maceteros, encaramados a las lámparas, debajo de una parra, lo que sea... pero antes: déjame que te haga una cosa. ¿Puedo? Algo rápido, y si viene alguien me avisas.

Sofía, que ya estaba medio mareada de solo pensar en lo que se le venía encima, masculló:

—Vale, pero rapidito, ¿eh?

Mateo la cogió por las caderas, la sentó en el bordillo, le abrió las piernas y le devoró el sexo con tal maestría que a Sofía entre los nervios de si entraba alguien y lo excitada que estaba, sucumbió a un orgasmo que la dejó temblando entera.

Capítulo 17

Después se secaron con unas toallas que estaban enroscadas en los pies de las hamacas, al tiempo que Sofía le decía:

—No puedo creer que esté haciendo tantas locuras contigo.

—¿Locuras? Esto es de lo más normal —aseguró Mateo, mientras se frotaba el torso con la toalla.

—En la vida me he colado en una piscina y mucho menos para que acaben comiéndome mis cosas. Llámame aburrída de la muerte, pero para mí esto es una locura.

—Está todo bajo control. Tranquila que no pasa nada.

Sofía se enroscó una toalla en el pelo a modo de turbante y otra en el cuerpo a modo de vestido con escote palabra de honor y confesó:

—Ahora sí que lo estoy, porque si entra alguien puedo decir que voy disfrazada de bañista que se ha quedado zombi de verte así de empalmado, porque madre mía lo que tienes ahí...

Mateo sonrió, se enroscó una toalla a la cintura y masculló:

—Es todo para ti.

—¡Qué generosidad la tuya! —exclamó Sofía, muerta de risa.

—Te sienta genial correrte, te brillan los ojos tanta fuerza y expresividad que es un reto mirarte.

—Tampoco te pases.

—Es verdad, se te ha puesto la mirada poderosa.

—Es que estoy feliz, fijate que yo pensaba que esto del sexo sin amor era una cosa triste y fría, y te juro que no recuerdo haberme sentido mejor en la vida. Así como libre, loca y poderosa. Jajajajaja.

Mateo se acercó hasta ella, le agarró de la mano y luego dijo:

—Me viene genial. Así no te importará hacerlo en una escalera.

—Mientras no sea en la escalera principal...

Mateo negó con la cabeza y con una sonrisa medio perversa le explicó:

—Al fondo a la izquierda hay una escalera de ocho peldaños que conduce a un jacuzzi.

A Sofía le vino de repente una sola pregunta a la cabeza, y no eran celos, era simple curiosidad:

—¿Lo has probado ya con Elena?

—No. Te he dicho que con Elena no me une nada más que lo profesional.

—Entonces ¿cómo sabes que hay una escalera y un jacuzzi?

—Solo tienes que fijarte en el reflejo del cristal del ventanal para saberlo.

Sofía se fijó en que tenía razón, que el cristal lo reflejaba todo y sonrió:

—Me encanta. No lo he hecho nunca en una escalera, pero la sola idea me apetece muchísimo.

—Bajaremos el estor...

Sofía volvió a mirar al ventanal y preguntó porque con la excitación del momento no se había percatado de nada:

—Eso negro del fondo ¿es una pared?

—No, es la parte de atrás del jardín, pero tranquila que no ha pasado nadie.

—Madre mía, a mí se me había pasado completamente. ¡Y lo mismo hay cámaras en la piscina!

—No hay. Y lo sé porque tengo ojos, no porque haya retozado en esta zona con la anfitriona. Lo primero que he hecho al entrar ha sido comprobar si había cámaras.

Sofía se puso a mirar alrededor y musitó aliviada:

—Genial. Yo es que como no tengo experiencia en estas lides, estos detalles se me escapan. ¡Y menos mal que no nos han visto, porque yo creo que del gusto me he puesto hasta bizca!

Él se echó a reír y tirando de su mano masculló:

—Vente.

Mateo la llevó de la mano hasta la hamaca donde había dejado la ropa, le pidió que cogiera un condón de los que tenía en el bolsillo interior de la calabaza y luego se dirigieron hasta la zona de las escaleras, mientras Sofía le recordaba:

—¡Anda que no te estás riendo! Esto no debe ser algo habitual para ti.

Mateo pensó que en la vida se había reído tanto con nadie, pero eso no significaba nada. O al menos, no quería que significara...

—No lo es, como que tú te pongas bizca, pero tampoco vamos a lanzar las campanas al vuelo por eso.

—Ah no. ¡Tranquilo que no! No podría enamorarme nunca de un hombre como tú, para un rato estás bien: me disfrazo, bailo, me río, me corro... pero el día a día contigo se me haría muy cuesta arriba. Sería un suplicio. ¡Un tormento! ¡Una condena!

Sofía pensó que tal vez había cargado un poco las tintas, y que le dieran muchas condenas como el pedazo de orgasmo que acababa de tener en el borde de la piscina, si bien decidió dejarlo así para que a Mateo le quedara claro que ella no quería nada serio con él.

Mateo apretó los dientes y le recordó cuando ya estaban a los pies de la escalera:

—Además, el amor se siente o no siente. Y nosotros no sentimos nada que no sea deseo —mintió porque le había jodido bastante que Sofía dijera que nunca podría enamorarse de un tío como él.

Y si le había fastidiado era porque lo que sentía por ella no era solo una mera atracción. Sin embargo, no pensaba para nada ahondar en ello ya que en ese momento de su vida lo que menos le convenía era meterse en una relación y mucho menos con alguien como Sofía.

Así que tras bajar el estor, se sentó en el quinto escalón, se abrió la toalla y con la erección al aire, rasgó el condón y se lo puso.

Y entonces Sofía, por su parte, alucinada con lo que estaba viendo solo pudo farfullar:

—Que sí, que es solo piel. Que jamás me confundiría aunque me pasara la vida entera follando contigo.

A Mateo le cabrearon demasiado esas palabras, muy a su pesar, y después le pidió clavándole la mirada:

—Siéntate encima de mí.

Sofía le miró y sintió algo en la tripa, que achacó a los nervios por lo morboso de la situación, se liberó de la toalla y desnuda frente a él, susurró:

—Vale.

Se sentó a horcajadas sobre él, con la erección presionándole sobre el pubis y le abrazó de una manera que resultó tan poco sexual que Mateo tuvo que tragar saliva de lo que mal que lo estaba pasando.

Porque ese maldito abrazo, con la cabeza de Sofía apoyada en su hombro, era tan tierno, tan

íntimo y tan delicado, que se le llenaron los ojos de lágrimas.

Si se podía ser más gilipollas, que se lo dijeran, pensó.

Y es que ese abrazo le había roto, tal vez porque llevaba demasiado tiempo solo y ese gesto le había hecho recordar todo lo que no tenía, todo lo que necesitaba, todo lo que le hacía falta aunque se negara a reconocerlo.

No obstante, lo peor vino cuando ella se apartó un poco, se desprendió de la toalla que tenía enroscada en la cabeza a modo de turbante, le miró a los ojos y musitó:

—Vaya si te brillan los ojos, cualquiera diría que estás a punto de llorar de la emoción. Pero ya sé que tú eres un tipo duro, que nunca llora...

Mateo tosió un par de veces para disimular, para ver si así se deshacía del nudo que tenía en la garganta y le pidió:

—Bésame.

Sofía lo agarró por el cuello y lo besó despacio en los labios, tan suave y sensual que Mateo sintió que un cosquilleo electrificante le atravesaba entero y después no pudo evitar soltar un suspiro de lo más absurdo.

Luego Sofía le sonrió, le acarició el rostro con el dorso de la mano y él sintió algo así como que se derretía...

—¿Quieres más? —le preguntó ella, sin dejar de sonreír.

Él pensó que como no hiciera algo y ella volviera a besarle de esa forma, iba a acabar diciéndole alguna cursilería del tipo: cariño, cielo, corazón... Y eso que él jamás le había dedicado esas palabras a nadie, del pudor que le daba pronunciarlas.

Pero a Sofía...

Uf. A Sofía como siguiera besándole así y acariciándole tan dulce iba a terminar llamándola bizcochito de chocolate, churri de melón, o tartita de fresa...

Y no.

Él tenía una reputación, él era un tío serio, borde, sieso, amargado... Y cerdo.

Por eso, la agarró fuerte por el cuello, la besó sin piedad, metiéndole la lengua hasta el fondo, la desmelenó por completo y la volvió a besar a lo salvaje, mordiendo, chupando y dejándola sin aliento.

Luego se perdió en el cuello, después en los pezones y cuando los gemidos se hicieron más intensos, la alzó por las caderas y se hundió por completo dentro de ella.

Sofía gritó de placer, de dolor, de deseo y de ganas; se pegó más a él, arañándole la espalda y se quedaron unos instantes así, mirándose fundidos.

Unos instantes mágicos en los que ella vio en los ojos de Mateo que aquello era algo más que piel y él vio exactamente lo mismo en los ojos de Sofía, pero los dos decidieron que lo mejor era hacer como si nada.

Sofía empezó a moverse, él la agarró fuerte por las caderas para que fueran a más, y así estuvieron haciéndolo, sin dejar de besarse y de mirarse, hasta que llegó un punto en que la cosa se puso tan intensa, que Mateo pensó que como siguieran mucho tiempo así se le iba a escapar cualquier cosa por la boca.

Menos mal que ella decidió cambiar de postura, darle la espalda y sentarse encima de él mirando a la pared.

Más que nada porque a Sofía le estaba pasando exactamente lo mismo que a Mateo, incluso había estado a punto de decirle que a pesar de todo molaba bastante.

Y no podía ser. Porque aunque molara más que bastante, aunque lo suyo fuera demasiado, ella

no podía permitirse pillarse en ese momento por nadie.

Y menos aún por Mateo que no paraba de recordarle a todas horas que lo suyo no podía ser.

Así que siguió haciéndolo mirando a la pared, que era mucho fácil que sosteniéndole la mirada y besándole en la boca, mientras él se aferraba a sus pechos, tironeaba de sus pezones y le mordisqueaba el cuello.

Si bien sucedió que, aunque ella había buscado esa postura para mantener las distancias, para que fuera más frío, al tener a Mateo en su espalda, sudoroso, ardiendo, al estar tan pegados, al acompañar las respiraciones, la intimidad se hizo tan estrecha que era casi imposible no sentir que eran uno.

Y era tan absurdo que le pidió entre jadeos para acabar con aquello cuanto antes:

—Necesito correrme ya...

Mateo que en esos instantes solo deseaba abrazarla fuerte y decirle miles de cosas estúpidas, como que juntos eran más y mejores y más fuertes y más nada...

Porque no sabía a qué cuento se le habían venido esos pensamientos a la cabeza, comenzó a hacérselo con más contundencia, más duro, con caricias más implacables, rudo incluso...

Sofía le sintió tan fuerte que llegó a pensar que no iba a ser capaz de resistir tanto arrebato salvaje, pero al mismo tiempo no quería perderselo por nada del mundo.

Además, se lo estaba haciendo tal y como estaba deseando que se lo hiciera. No quería concesiones, ni dulzuras, quería justo eso...

Sexo, sudor, saliva, deseo descarnado. Algo demasiado intenso que estaba más allá de todo el placer y el dolor, algo demasiado nuevo y demasiado potente que la tenía a punto de estallar.

Solo entonces, Mateo descendió con la mano hasta el clítoris durísimo que solo tuvo que estimular un poco para arrancarle un orgasmo tan fuerte que él sintió perfectamente y que hizo que se corriera detrás de ella.

Luego, Sofía apoyó por completo la espalda en el pecho de Mateo, él la rodeó con sus brazos y los dos cerraron los ojos porque ambos sintieron que aquello no había quién lo resistiera.

Capítulo 18

Después de la fiesta, regresaron en el coche sin decirse nada, pues los dos tenían miedo a hablar más de la cuenta.

Tal vez por eso, en cuanto llegaron a casa se dieron las buenas noches con un gesto con la mano en el vestíbulo y se encerraron en sus respectivas habitaciones con la duda de si lo de esa noche podía volver a repetirse.

Y es que para los dos había sido algo tan intenso y tan fuerte que les estaba entrando el mismo miedo a que aquello se les pudiera ir de las manos.

Y como ninguno de los dos se lo podía permitir, estuvieron los siguientes días tratándose como dos compañeros de piso que ni desean ni se mueren por decirse cosas que podrían cambiarlo todo.

Así, compartieron desayunos, cenas, informativos, películas, partidos de fútbol... hablando de todo, conociéndose cada día un poco más, sacándose de quicio por el orden, por la puntualidad, por un jersey que de repente desaparece de un armario, pero en ningún momento abordando eso que les quemaba en los labios.

Ese deseo latente que los dos hacían esfuerzos ímprobos por mantener a raya y que temían que fuera la antesala de algo para lo que no estaban preparados.

Por lo que los días siguieron sucediéndose de esa manera, hasta que dos semanas después de la fiesta en casa de Elena, un viernes por la noche de mediados de noviembre, pasó algo que les acercó más todavía.

Sofía llegó a casa feliz con una botella de vino y una pizza mitad hawaiana, la favorita de Mateo, mitad barbacoa, su favorita, porque tenía una buenísima noticia y le apetecía compartirla con él.

No en vano, era el que últimamente se pasaba el día escuchando las chapas sobre sus procesos creativos, así que qué menos que celebrar con él algo que era un logro muy importante para ella.

—Hoy traigo yo la cena. ¡No te vas a creer lo que me ha pasado! —exclamó Sofía, dejando la pizza y la botella sobre la mesa de centro del salón.

Mateo horrorizado al ver que había dejado las cosas así, sin más, se levantó corriendo a por un mantel al tiempo que le recordaba:

—¡No puedo comer sin mantel! Es superior a mí. Y lo sabes.

—Lo sé, pero es que estoy que me desbordo de felicidad. Y tengo que celebrarlo. No puedo estar pensando en estas menudencias.

Sofía se quitó su parka, se fue al baño a lavarse las manos y cuando regresó Mateo le recordó:

—Poner un mantel no es una menudencia, y menos si se trata de celebrar algo importante.

Luego, tras poner el mantel, se fue a por unos portavelas de plata y encendió varias velas:

—Velas y todo. ¡Qué bien! A mí nunca se me habría ocurrido. ¡No sabía ni que mi hermano tuviera velas!

Mateo pensó que tal vez se había pasado un poco con lo de las velas, ni que fuera aquello una

cita romántica. Además, él jamás había cenado con velas en su casa y menos para comerse una pizza en una caja de cartón. Sin embargo, con Sofia se le iba la pinza de una manera que ni comprendía.

Y ya no había nada más qué hacer, seguir con aquello y por supuesto que sin extrañarle para nada el despiste esa chica, que no sabía ni dónde tenía la cabeza.

Después se fue a por unas copas y unas servilletas de tela, las dejó sobre la mesa y abrió la botella de vino:

—Cuéntame qué celebramos con este vino tan malo —le pidió Mateo.

—El que venden en la pizzería de Antonio, dice que se lo quitan de las manos.

—Con los vinos tan buenos que tiene tu hermano, pero en fin: para una vez que invitas a algo.

Mateo le sirvió el vino, ella se sentó en el sofá y él le arrojó una servilleta al regazo.

—Oye no te pases. Siempre te ofrezco de lo mío, pero como eres tan sibarita no me aceptas ni un gusanito Risi... ¡Y qué pelma eres con cubrirlo todo de trapos, te pareces a mi madre!

—Es para que no manches mi mejor chaqueta de cuadros...

Sofia sonrió, dio un manotazo al aire y le explicó divertida:

—Ah. ¡Tu chaqueta! Sí. Te la he cogido prestada porque hoy tenía una reunión muy importante y necesitaba darle a mi estilismo un punto *bourgeois*.

—Y para eso qué mejor que mi armario —repuso Mateo, sentándose a su lado.

—Claro, como eres tan pijorro, sabía que iba a encontrar algo. ¡Y el resultado no me digas que no es perfecto!

Sofia llevaba una camisa blanca debajo de la chaqueta, una falda tableada *beige* y unas botas altas y arrugadas negras y sí... No es que estuviera perfecta, era que se moría por quitarle toda la ropa y hacerle de todo, pero en su lugar masculló:

—Todo lo perfecto que tú quieras, pero que no se te ocurra mancharme la chaqueta.

Sofia cogió una porción de pizza con la mano y le advirtió:

—¿No pensarás que me coma la pizza con cuchillo y tenedor?

—No soy tan cursi. ¡Pero ojito con mancharte!

Sofia dio un buen mordisco a la pizza, tironeando de ella y luego dijo:

—Que sí, pesado. Y ¿no dices nada del detalle de traerte tu asquerosidad de pizza favorita?

Mateo cogió un trozo de pizza hawaiana y respondió asintiendo con la cabeza:

—Sí, estoy que no quepo en mí de la emoción —ironizó, pero lo cierto fue que le encantó que ella supiera cuáles eran sus gustos.

—La que no cabe soy yo, porque resulta que en el taller de fundición vio un galerista la escultura de mi hermano, se interesó mucho por lo que hago, me pidió que le mostrara mis bocetos y maquetas y lo mejor viene ahora: ¡No solo quiere que exponga en su galería, sino que desea para el jardín de su casa mi escultura “Fortaleza”! Esa en la que no he parado de trabajar desde que estoy aquí y en la que he encontrado la fuerza en estos días en los que me sentía tan vulnerable. Necesitaba algo sólido, algo firme, algo que permaneciera y surgió esa escultura: una gran columna compuesta a base de una tupida red de espirales en polvo de bronce, resina y acero inoxidable que es a la vez un pilar y un refugio. En fin, mis chorradas...

Mateo negó con la cabeza y, sintiéndose orgulloso de ella, confesó:

—No son chorradas. A mí fascina lo que haces. Tienes talento. Siempre te lo digo. Y a mí también me encantaría tener una escultura tuya en mi jardín.

Sofia se quedó alucinada porque aquello ya era demasiado y le dijo tras terminar la porción de pizza:

—Tampoco te pases. No creo que sea para tanto.

—Te lo digo de verdad. Me gusta lo que haces.

Sofía se mordió los labios, se encogió de hombros y confesó:

—No sé qué escultura pondría en tu jardín... Es que eres un tío muy complejo. Lo cierto es que sería un quebradero de cabeza tremendo crear algo para ti.

Mateo dio un sorbo a su copa y replicó risueño:

—No sé si tomármelo como algo bueno o algo malo.

—Tómalo como lo que es. ¡Eres así! Yo te haría algo como intrincado, laberíntico, enmarañado, con pinchos...

A Mateo no le hizo mucha gracia que lo viera como un tío entre raro y huraño, pero prefirió tomárselo a guasa:

—¡Caray, con pinchos también! ¡Solo falta que desprenda corriente eléctrica si lo tocas y sería perfecto para espantar a las visitas!

—Es solo una idea. De momento, voy a centrarme en el galerista y después hablamos de lo tuyo. Vengo de reunirme con él y está tan entusiasmado que la semana que viene empezaremos a trabajar en el taller de fundición. Quiere que esté lista lo antes posible y es que no me lo creo: porque que haya conseguido un cliente y una exposición en el mes que llevo en Madrid es más que un sueño. ¡He tenido muchísima suerte!

—Has tenido suerte, tienes talento, trabajas mucho... Lo tienes todo para triunfar. ¡Y yo no sabes cuánto me alegro! —exclamó Mateo, sintiéndose feliz por ella.

Y Sofía solo tuvo que mirarle a los ojos para saber que estaba diciendo la verdad:

—Gracias por creer en mí y apoyarme...

—Yo no hago nada.

—Sí, que lo haces. Y me ayudas hasta con tu armario, gracias a tu chaqueta le he dado una impresión magnífica a mi cliente.

Mateo sonrió, negó con la cabeza y le aclaró:

—Tienes carisma y personalidad de sobra para plantarte con un saco de patatas y dar una buena impresión.

—Con el saco de patatas y tu cinturón Gucci...

Mateo cogió otra porción de pizza y pensó que eso era justo lo que debía ser la felicidad o algo muy parecido. Pizza, vino malo, velas y una mujer como Sofía, cuando no le estaba tocando las narices...

Pero justo en ese instante, como si el destino quisiera remarcarle que esa felicidad estaba vetada para él, sonó su teléfono móvil que estaba encima de la mesa y vio quién era espantado:

—¡Horror! —exclamó mirando al teléfono móvil.

Sofía se fijó en que en la pantalla del teléfono aparecía el nombre de un tal Incordio Molesto Cargante, junto a la foto del actor favorito de su madre:

—¿Incordio Molesto Cargante utiliza como foto de perfil la imagen de Ramiro Osuna?

—No, Incordio Molesto Cargante es Ramiro Osuna.

Sofía se quedó alucinada y le contó sin dar crédito:

—¡Mi madre idolatra a Ramiro Osuna, dice que nadie luce el esmoquin como él! ¿Tú sabes la de veces que hemos ido al teatro a ver sus funciones? Y en la televisión es que no se pierde ni una de sus apariciones. Lo sabe todo de él... Anda que si supiera que tú eres su...

Mateo con la vista clavada en el teléfono que no paraba de sonar le aclaró:

—Hijo.

Sofía negó con la cabeza, pues sabía que ese actor no tenía hijos:

—Ramiro Osuna no tiene hijos.

Mateo se quedó callado y en ese mismo instante el teléfono dejó de sonar:

—Sí que tiene sí.

—¡Me dejas muerta! —exclamó Sofía sin saber qué decir, pero pensando que Mateo tenía un aire al actor, del que desde luego había heredado el don de lucir los trajes. Pero claro, cualquiera se lo decía... Ella desde luego que no.

—Ojalá no fuera hijo de ese tío tan petardo, pero lo soy. Desgraciadamente, lo soy. Hace unos meses me lo confesó mi madre...

Sofía boquiabierta, solo pudo farfullar:

—¡Qué fuerte!

Mateo se sirvió otra copa de vino, se la bebió del tirón y con un cabreo increíble reconoció:

—Siempre me ha caído fatal Ramiro Osuna, nunca he soportado sus maneras de galán trasnochado y casposo, su voz engolada, sus trajes a medida, sus discursos tan huecos. Por no hablar de las series tan infumables que ha protagonizado o sus patéticas obras de teatro que siempre cuentan la historia de un bochornoso seductor seducido...

—No te enfades conmigo, pero me hacen gracia sus comedias y tiene la virtud de reírse de sí mismo.

—¿Quién? ¿Ese impresentable con un ego como una catedral?

—Yo es que no le conozco.

—Ni yo. No para de llamarme para que quedemos, pero vamos ni muerto quedo con ese tío. Por muy padre mío que sea. ¡Menudo pájaro! Mi madre me confesó que se conocieron en un crucero, estando ambos casados, tuvieron una aventura y ella se quedó embarazada. Los dos decidieron guardar el secreto, seguir con sus vidas y no volvieron a verse hasta que él enviudó el año pasado y la llamó. El muy sinvergüenza quería saber de mí... Mi madre no pensaba decirme nada, pero sucedió que un domingo en que estábamos los dos solos en casa, de repente me confesó que estaba muy preocupada por mí, y que me veía muy serio, muy marchito y muy gris. Yo le pedí que estuviera tranquila, reconocí que estaba un poco afectado por lo de Yolanda, pero que el resto era mi temperamento. Un temperamento totalmente Cano, serio, reflexivo y adusto. Como mi padre, como mi abuelo, como mi... Nada. Porque me mandó callar, y me dijo que sentía que había llegado el momento de que yo supiera algo que me iba a ayudar a ser más feliz. Yo estaba convencido de que iba a soltarme alguna chorrada, el clásico consejo de madre exagerada y sensiblera. Cuando va y me arroja la bomba. Que yo de Cano solo tengo el apellido porque mi padre es Ramiro Osuna, un señor alegre, vivaracho, disfrutón, jocosos y bailongo... Que yo también llevo todo eso en mis venas y que me lo cuenta para que saque todo lo Osuna que tengo dentro... Luego, acabó de rematarme asegurándome que le había pasado a Ramiro mi número de teléfono, por si queríamos quedar un día de estos. Y desde entonces, el buen señor no deja de llamarme, pero no se lo pienso coger. Yo solo tengo un padre que es el mío... Y que por supuesto no sabe que mi madre en aquel crucero cayó en las redes de ese vil seductor, al que detesto como a nadie en el mundo.

Mateo se sirvió otra copa de vino, mientras Sofía apuraba la suya sin tener ni idea de qué decir:

—¡Qué historia!

—Te ruego discreción. Lo que me faltaba es que esto saliera a la luz y acabáramos en las portadas de las revistas del corazón.

—No, tranquilo. Tu secreto está a salvo conmigo.

Mateo se bebió otra copa de vino, se quedó mirándola agradecido porque era además la primera persona a la que le había contado el drama del que tanto se avergonzaba y habló:

—Gracias. Y a este tío no le bloqueo porque me parece más humillante no cogerle la llamada. No obstante, el galán apolillado persiste, erre que erre... Uf. ¡Me pone fatal hablar de él! ¿Te parece si lo dejamos aquí y nos piramos a algún sitio para celebrar lo tuyo, que es lo importante y a ver si de paso se me quita el asco? Tengo un amigo que tiene un bareto cerca de aquí. Podemos ir andando... Yo ya llevo tres copas de vino... Y las que me quedan. Cada vez que pienso en él me revuelvo entero. Le odio tanto... ¡Es que no puedo ni pronunciar su nombre!

Sofía se puso de pie y le pidió tendiéndole mano:

—Vámonos. Y que sepas que te entiendo. Yo odié también a mi padre... No imaginas cuánto. Pero ya te conté que me niego a que me condicione. No quiero que su abandono me condene a vivir amargada.

—A mí eso no me importa. Soy un amargado de serie.

A Sofía se le ocurrió que solo había algo que podía sacarle de ese estado en el que se encontraba:

—¿En el bareto de tu amigo se puede bailar?

—Sí. Siempre bailo, soy un bailongo... ¿No ves que tengo el ADN de ese canalla? Si los Cano son arrítmicos, no siguen un puñetero compás ni con los pies. Cuando mi madre me contó su jodido secreto, me juré a mí mismo que no volvería a bailar... Pero es que no puedo...

—Ni puedes ni debes. Ya quisieran muchos bailar como tú lo haces.

A Mateo le encantó que Sofía le dijera eso, se puso de pie y masculló:

—¡Vamos para allá! Hay que celebrar lo tuyo.

Capítulo 19

Después de toda la noche de fiesta, volvieron a casa y se despidieron en el vestíbulo con un beso de lo más casto en la mejilla.

Luego, los días siguientes continuaron como en las últimas semanas, conviviendo como dos compañeros de piso que se desquician y que a la vez fingen que no sienten una atracción irremisible el uno por el otro.

Hasta que llegó el viernes y sucedió algo que les obligó a abordar el asunto que llevaban semanas evitando.

Y es que por la mañana llegaron los del taller para instalar la escultura que Sofía había creado para Héctor en el jardín y ella estaba tan entusiasmada con el resultado que en cuanto Mateo llegó casa a eso de las nueve de la noche, lo primero que hizo fue pedirle que fueran juntos a verla:

—¡Hola! ¡No te quites el abrigo, por favor, que quiero enseñarte algo en el jardín!

Mateo sonrió y pensó que a pesar de todo era bonito llegar a casa y encontrarse con una loca que le proponía cosas como esa.

Y suspiró porque también sabía que llegaría el día en que tendría que regresar a casa, a su vida sin Sofía y la verdad era que se le iba a hacer bastante cuesta arriba.

Pero así eran las cosas...

—La temperatura es de cuatro grados. ¿No me lo puedes enseñar mañana con el solecito?

Sofía que acababa de ponerse un plumífero de Mateo y se estaba enroscando una de sus bufandas de lana, una de estampado en pata de gallo, contestó:

—No. Tiene que ser ahora, me hace muchísima ilusión. Y por el frío no te preocupes que llevo tu plumas, me queda enorme, lo sé, pero le da un punto tan Balenciaga....

—Es que es de Balenciaga.

—¿Ah sí? No me había dado cuenta. Yo es que entro en tu vestidor y me dejo llevar. ¡Me encanta! Tienes un gusto tan asquerosamente perfecto.

—Y tú un ojo, porque has escogido también la mejor bufanda de mi colección.

—Me priva la pata de gallo, pero todas tus bufandas son muy bonitas. Ya le he echado el ojo a una verde botella, a otra mostaza y que no se me olvide la príncipe de Gales.

—Oye, y así como sugerencia ¿no has pensado hacerte con tu propio vestidor? Ahora puedes aprovechar las ofertas de Black Friday, seguro que encuentras cosas más bonitas que las mías.

—Todavía no puedo permitirme ni pisar el mercadillo. Aún no he cobrado un céntimo de nada. Así que te rogaría que me dejaras seguir asaltando tu armario...

Mateo se encogió de hombros y refunfuñó:

—Como si necesitaras mi aprobación para algo, bien sabes que vas a hacer lo que te dé la gana. Sofía le cogió del brazo y le dijo con una sonrisa enorme:

—No pongas la cara de ogro, anda, que voy a enseñarte algo que me tiene delirando. Vamos...

Así del brazo se dirigieron hasta la puerta, mientras Mateo seguía rezongando:

—Solo espero que el paseíto no sea para mostrarme que ha salido una florecilla o algo así de

ridículo.

Sofía sonrió y, ya cuando se adentraban en el jardín, le aclaró:

—Esta semana nos han florecido unas camelias que son una preciosidad, pero no es lo que quiero enseñarte. ¡Relájate que te va a gustar!

Mateo puso una cara muy graciosa y arqueando una ceja preguntó:

—¿No estarás pensando en que pruebe un lubricante calor-frío al raso?

—Calla anda y confía en mí —habló Sofía risueña, mientras pensaba que tampoco hubiese estado nada mal probar lubricantes con ese tío, pero de momento las cosas estaban así de castas.

Y hasta cierto punto estaba convencida de que era lo mejor para los dos, porque corrían demasiados riesgos y no era el momento más propicio de sus vidas para confundir las cosas.

Y mientras Sofía estaba con esas divagaciones, Mateo por su parte con el ceño fruncido, pero sintiéndose a la vez estúpidamente bien por ir del brazo de la chica más loca que había conocido en su vida, farfullaba:

—Resignación. Es la única manera de sobrellevar esto.

—Llevo desde esta mañana deseando que lo vieras. He estado a punto de enviarte una foto, pero prefiero que lo veas en directo...

Y entonces, tras adentrarse un poco más en el jardín, apareció iluminada por las farolas, la escultura “Lo mejor que tengo” que a tamaño real era muchísimo más impresionante y bonita que en maqueta.

—Dios. ¡Qué maravilla! —exclamó Mateo, que se quedó fascinado al verla.

—¿A qué merecía la pena el paseíto?

—¡Vaya que sí! Menuda sorpresa se va a llevar tu hermano en cuanto la vea.

—Solo espero que la factura no le parezca demasiado cara...

Mateo la miró perplejo porque no entendía nada:

—¿Pero no es un regalo?

—Le regalo mi arte, pero yo no tengo pasta para pagar a la fundición. Tú tranquilo que ya me entiendo yo con él. Creo que esta obra merece que Héctor se rasque el bolsillo ¿no crees?

—No sé de cuánto dinero estamos hablando.

—Es un tocho de escultura. Fíjate en las dimensiones. 3x3. No es una casa de Playmobil... —repuso con retranca.

—No te preocupes que tu hermano te conoce bien. Seguro que espera que le lées alguna...

Sofía le miró risueña y, negando con la cabeza, confesó:

—Estoy demasiado feliz como para entrar al trapo de tus provocaciones. Y ahora, y aunque no te lo merezcas por ogro, haz el favor de entrar en el cubo...

Mateo, muy despacio y extasiado con lo que estaba viendo, entró en el cubo, en cuyo interior Sofía había colocado un par de tumbonas y una estufa de jardín.

—Desde dentro todo cambia completamente. Es otra escultura... —musitó Mateo, acariciando la celosía de letras.

—Y ya verás mañana cuando la veas de día, el juego de luces y sombras es bestial. Yo me he puesto a llorar como una mema en cuanto la he visto a plena luz del sol.

—Te felicito. Has conseguido tu propósito, has creado un espacio que a su vez es un lugar habitable que conmueve...

—Y solo es el principio, porque como bien sabes he diseñado la escultura para que no paren de pasar cosas, para que no dejes de sentir... Siéntate en la tumbona, por favor.

Sofía había retirado la parte de arriba del cubo que se abría directamente a las estrellas...

—Y te has tomado hasta la molestia de traer la estufa.

—Es que como te conozco, sé que ibas a empezar a quejarte por el frío y quiero que estés un ratito tumbado para ver qué sensaciones te provoca...

Mateo la miró y le asaltó una duda que le puso duro de repente, a pesar del maldito frío que hacía:

—¿Y tú te vas a tumbar a mi lado a mirar las estrellas?

—Esa era la idea. Pero si quieres quedarte solo, me voy y luego me cuentas...

—No, no hace falta. Con que tengas el pico cerrado, me basta —le exigió más que nada porque como se pusiera a parlotear, no le iba a quedar más remedio que callarla a besos.

Y es que desde que se había encerrado con ella en ese cubo no podía pensar en otra cosa más que en besos y más besos y luego en todo lo demás.

Eso era lo que le estaba provocando su jodida obra de arte...

Pero cualquiera se lo decía.

Iba a pensar que además de un sieso gruñón, era un pedazo de salido.

Y no era plan.

Mejor dejar las cosas como estaban...

Así que se tumbó en la hamaca, ella hizo lo mismo a su lado y los dos clavaron la vista en el cielo estrellado.

—Qué suerte estar vivos. ¿No te parece? —le preguntó Sofia después de estar un rato contemplando el firmamento en silencio.

—Y coleando —masculló Mateo que estaba poniéndose malísimo dentro del cubo.

Sofia le miró muerta de risa y preguntó:

—¿Cómo que coleando?

Mateo se encogió de hombros y sin quitar la vista al cielo, porque como la mirara a ella sabía que la iba a pifiar, contestó:

—Es una frase hecha.

—Ah —musitó Sofia un tanto decepcionada. Y es que le había hecho ilusión que se hubiera venido arriba, para qué iba a engañarse.

Si bien, Mateo captó a la perfección su frustración y reconoció solo para que se sintiera mejor:

—Y también es una verdad. Desde que he entrado en tu escultura me he puesto como un morlaco.

Sofia se partió de risa otra vez y preguntó mirándole encantada:

—¿De verdad?

—Toca si quieres. No hay nada como la evidencia empírica.

—Te creo. Lo que pasa es que como desde Halloween estamos tan formalitos, pensaba que íbamos a seguir castos hasta que acabaras con la reforma de tu casa. Porque por otra parte creo que es lo mejor...

Mateo la miró y pensó en ese justo instante que lo mejor que tenía en su vida, además de la fortuna de estar vivo, era a esa chica que diseñaba esas esculturas tan raras y tan molonas que estaba con los pantalones a punto de estallar.

Y eso era tan peligroso para él que asintió con la cabeza y dijo:

—Por supuesto, es lo mejor de todo punto...

No obstante, Sofia tal vez impelida por la fuerza de su creación decidió ir un poco más allá y explicarle que:

—Es que por mi parte, ya no es solo piel... Siento algo más, cuando nos abrazamos en la

escalera fue muy intenso y a medida que te voy conociendo más creo que hasta podrías ser mi amigo, a pesar de que sigo sin soportarte.

—¿Y crees que yo te soporto? Pero sabes cosas de mí que no he contado a nadie, también creo que podrías ser mi amiga y por supuesto que lo mío tampoco es solo piel.

Sofía, con unas ganas infinitas de besarla otra vez, le preguntó:

—¿Entonces qué hacemos? ¿Seguimos reprimiéndonos las ganas o qué? Porque yo lo que tengo miedo es a engancharme y a confundir lo que es amistad y sexo, con amor... O lo que es peor que al final sea amor de verdad y sea mi ruina. Porque entiendo que en este momento no me conviene para nada enamorarme... Y menos de un tío como tú.

—Te entiendo perfectamente, porque siento lo mismo que tú.

Sofía esbozó una sonrisa un poco forzada, pues a pesar de que las palabras de Mateo tenían que haberla aliviado, la verdad fue que la desasosgararon un poco y exclamó:

—¡Jo qué bien! Ojalá que esto pudiera quedarse en una *follamistad*. ¿Sería genial no te parece?

Mateo asintió con una extraña sensación en las tripas y le siguió el rollo:

—Desde luego, sería un sueño ser amigo tuyo y poder follar alegremente. Sin más complicaciones.

Y entonces Sofía tal vez porque estaba en el cubo y se sentía segura propuso:

—Podemos intentarlo.

Mateo, mosqueado con esa extraña sensación en el cuerpo, se atrevió a preguntar:

—¿Y si nos enamoramos qué? ¿Abortamos la operación?

—Los dos tenemos claro que estamos cerrados al amor. Así que si uno se pilla, sí... Lo mandamos todo a la mierda. ¿Te hace?

Mateo que se moría por besarla, la miró a los ojos enormes y replicó mientras deseaba con todas sus fuerzas que esa mierda que estaba sintiendo no fueran mariposas:

—¿Lo sellamos con un beso?

Sofía asintió, le cogió por el cuello y lo besó con todas las ganas que tenía contenidas desde la última vez que lo había hecho...

Capítulo 20

Después del beso, Mateo se quedó mirándola con una cara de idiota tremenda y le confesó:

—Tenías razón, esta escultura te altera la percepción y te remueve cosas por dentro.

Sofía que estaba sintiendo algo parecido, sonrió y le susurró:

—Gracias.

—Y por mí no te preocupes por si surge el amor. Ni estoy en mi mejor momento, ni creo en él. Quiero decir que me parece que llamamos amor a algo que al final son rutinas tediosas que no rompemos por la culpa, el agotamiento o el temor a que la soledad sea mucho peor. En mi caso, Yolanda tuvo más coraje y se atrevió a terminar con la mierda que teníamos. Como tú hiciste con Rober...

—Pero yo sí que creo en el amor, no descarto volver a enamorarme. Es más...

—Ya, ya, no piensas morirte sin vivir un gran amor —masculló un tanto enfadado.

—Lo dices como si te molestara.

Mateo negó con la cabeza y le preguntó forzando la sonrisa:

—¿Por qué me iba a molestar?

—Porque te repatea que yo siga creyendo en esa supuesta estafa.

—Haz lo que te dé la gana. Yo desde luego que lo tengo todo clarísimo.

Y se quedó mirándola a los ojos, luego a los labios carnosos y suspiró como un bobo.

Sofía se echó a reír y le preguntó porque no entendía nada:

—¿Y ahora por qué suspiras?

—Porque me muero por besarte. Es lo que tiene tu escultura; llevo días reprimiéndome, pero aquí dentro es imposible.

—Yo también me he reprimido. Sin embargo, hemos aclarado todo y ya podemos volver a liarnos, sin problemas. Sin complicaciones, como dices tú.

—Otra razón más para que adore a esta escultura... Por cierto, ¿te has dado cuenta de que me tienes a tu lado como en tus fantasías?

Sofía asintió, clavó la vista en el cielo y susurró:

—Y hueles exactamente igual...

—Uso el mismo perfume siempre. Pero cuéntame, ahora que me tienes dentro de tu creación, ¿qué es lo que quieres hacer conmigo? Pero di la verdad, tus deseos más profundos, ¿no te apetecería dejarme aquí encerrado y tirar la llave al río?

Sofía negó con la cabeza, se echó a reír y confesó con ganas de hacerle de todo:

—Me apetece más hacer otra cosa. ¿Me dejas?

Mateo tragó saliva, y más duro todavía gruñó:

—Haz lo que te apetezca.

Sofía le besó en la boca, le mordisqueó los labios, los lamió y descendió con la mano hasta el miembro enorme y duro que apretó hasta hacerle gemir.

Luego, le desabrochó el pantalón, sacó la erección, la acarició y le preguntó:

—¿Crees que aguantarás? Tenemos la estufa, pero hace frío...

Mateo la miró con los ojos brillando de deseo y masculló:

—Ni lo noto. Estoy que ardo por dentro.

—Yo estoy igual. Pero estas cosas encogen...

—Le encogerán a otros, a mí no. Y no lo digo por presunción o vanidad. Tenía una amiga en Aspen a la que le encantaba hacerlo en la nieve... Y no me gustaba ni la mitad de lo que tú me gustas. Así que no te preocupes por eso...

A Sofia le encantó escuchar aquello y descendió para darle placer con su boca, despacio, hasta que los jadeos de él se hicieron más fuertes, y Sofia pasó a un ritmo más profundo y más intenso.

Y él tenía razón, lejos de encogerse, aquello parecía más duro y grande que nunca, tenía las mandíbulas tensadas al máximo, pero le daba lo mismo.

Quería hacérselo así, entregándoselo todo, aceptándolo entero y como jamás lo había hecho con nadie.

Y así estuvieron, hasta que él sintió que se corría y Mateo le pidió que se saliera.

Sofia se apartó y confesó porque se moría por llegar hasta el final:

—Sigue, no me importa que...

Mateo se incorporó, sacó la cartera del bolsillo del abrigo, cogió un condón y replicó:

—No quiero correrme en tu boca. Hoy no.

Acto seguido, se puso el condón, le abrió el plumífero de un tirón, la desbrochó los pantalones y le pidió loco por enterrarse dentro de ella:

—Quítate el pantalón... Será rápido. No vas a pasar mucho frío.

Sofia se quitó a toda prisa las zapatillas y el pantalón y susurró:

—No pasa nada. Tengo más deseo que frío.

Mateo la agarró por las caderas, la levantó, ella le rodeó el cuerpo con las piernas y así la colocó contra una de las caras del cubo.

—¿La estructura es firme? ¿Crees que resistirá nuestro polvazo?

—Sí, lo es —aseguró Sofia.

—No sé si alguna vez fantaseaste con un empotramiento en tu obra, pero yo soy así.

—Ni me atrevía a fantasear con estas cosas... Con Rober es que tenía la imaginación como en barbecho. Pero contigo... En mi vida, se la había comido así nadie... Lo había hecho pocas veces y lamiendo como cuando el heladero se equivoca y te trae el helado del sabor que más detestas. Pues así, con ese asquete. Pero contigo, es que yo qué sé... Me he vuelto loca... ¿Te importa?

—Yo estoy feliz de que te guste mi Cornetto, que quieres que te diga.

Y dicho esto, le rompió las braguitas y se la metió hasta el fondo.

—Dios, ¡y eres tan burro! —exclamó ella, derretida de placer, mientras se aferraba con fuerza a los hombros de Mateo.

Él entonces mientras la cargaba con una mano, descendió con la otra hasta el sexo de Sofia y le sugirió mientras le estimulaba el clítoris con el pulgar.

—Si quieres soy más suave.

—No, no...

Mateo sonrió, siguió masturbándola hasta que la dejó casi al borde del orgasmo y entonces comenzó a penetrarla duro, contundente, besándola a lengüetazos entre gemidos, y al extremo de que de la pura fricción Sofia acabó corriéndose y él, al sentir la intensidad del orgasmo, fue detrás, derramándose por completo.

Después, se abrazaron y los dos sintieron cosas que podían perfectamente confundirse con otras

bastante fuertes.

No obstante, como lo tenían todo bajo control después del pacto que habían sellado esa noche, ella lo miró y dijo:

—Si me llegan a decir que me esperaba esto el día del estreno de la escultura, te juro que no lo habría creído. Y menos contigo...

—Menuda inauguración. Nunca olvidaré esta noche.

—Ni yo —confesó Sofia a la que justo en ese instante le cayó una gota de lluvia en la cabeza—. ¡Uy, está chispeando! —exclamó con una sonrisa enorme.

Mateo la agarró por la muñeca y habló loco por no separarse de ella:

—Anunciaban lluvia para después de las once... Ven. Vamos dentro...

Sofia levantó el rostro hacia el cielo estrellado y confesó:

—Me encanta la lluvia. ¡Es tan romántica! Qué momento más sublime ¿no te parece?

Mateo tal vez por culpa de estar dentro de esa escultura no podía dejar de pensar que Sofia era lo mejor que tenía y posiblemente lo mejor que había tenido jamás.

Si bien, prefirió pasar por un aguafiestas y replicar:

—Sublime va a ser el resfriado que nos vamos a pescar como no regresemos a casa.

Y tirando de su mano, la sacó de la escultura y luego correataron por el jardín bajo una lluvia cada vez más intensa hasta meterse otra vez en la casa.

Y ya bajo cubierto, solo tuvieron que mirarse a los ojos para besarse otra vez, seguir en el sofá y acabar haciéndolo frente a la chimenea que encendieron para que aquello ya fuera asquerosamente romántico.

Pero es que después cenaron sushi y estuvieron bailando de todo, hasta que agotados cayeron fritos en el sofá...

Si bien, a eso de las cuatro de la mañana a Sofia la despertó una llamada y era su hermana:

—Perdona si te despierto, pero es que necesito hablar con alguien.

Sofia con los ojos aún pegados, se levantó del sofá y casi a tientas se encerró en el cuarto de baño para no despertar a Mateo:

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien? —le preguntó preocupada.

—Sí, mejor que nunca. Por eso te llamo. Ya sabes que no me gusta dar el coñazo con mis dramas. Me gusta padecerlos en soledad, pero las alegrías... ¡Ay las alegrías tengo que soltarlas o siento que me va a estallar el corazón! Y no voy a llamar a Esther, que es mi mejor amiga, porque no creo que le vaya a gustar escuchar que estoy viviendo el amor más grande que jamás pensé que podría llegar a sentir.

Sofia pensó que su hermana estaba borracha y le preguntó sutilmente, para que no se molestara:

—¿Acabas de llegar de fiesta? ¿Has salido?

—Acabo de llegar de pasarme cuatro horas follando con Iryna un en hotel de la Gran Vía.

A Sofia estuvo a punto de caérsele el teléfono de la mano y preguntó alucinada:

—¿Ya sois novias? ¿Desde cuándo?

—Después de lo de Esther odio la palabra novia. No quiero más novias. Por eso esta misma noche le he pedido a Iryna que se case conmigo.

—¡Toma ya! Y eso que decías que tenías pánico —le recordó Sofia, muerta de risa.

—Porque no tenía ni puta idea de que esta mujer me correspondía. Pero ahora que lo sé: nadie me va a parar. No pienso cometer el mismo error que con Esther. Y que sepas que esta Nochebuena me voy a plantar en casa de mamá con Iryna y el niño. Le guste o no. ¡Me da lo mismo! Es que ni le voy a preguntar, tocaré al timbre, nos plantaremos allí los tres y le diré:

“Mamá, te presento a mi prometida y a su hijo. Si te da un síncope, me importa una mierda. Porque si hay algo que tengo clarísimo es que no voy a ser una desgraciada como tú”. Y hala... Todos para dentro, a cenar langostinos y cordero...

Sofía se sentó en la bañera, con una mezcla de sensaciones, alegría por un lado y ansiosa total por otro y farfulló:

—¡La que se va liar! Pero me alegro muchísimo por ti. Y ya te decía yo que Iryna estaba enamorada de ti. Si es que te mira de una manera... Bueno, como tú a ella. Igual.

—Pues yo hasta hoy estaba convencida de que pasaba de mí. Sin embargo, esta tarde ha sucedido algo que jamás pude ni siquiera soñar. Resulta que cuando salía de dar mi última clase a un alumno que vive en la Gran Vía, me he encontrado con Iryna. Y he dicho lo típico: “¿Qué haces por aquí? ¡Qué casualidad!”. Ella me ha mirado con los ojos ardiendo de puro fuego, ha negado con la cabeza y ha replicado con ese sutil acento ucraniano que me pone cachonda perdida: “He venido a buscarte porque te amo”. Yo la he entendido perfectamente, pero convencida de que se había equivocado y en vez de “amo” quería decir algo así como “He venido a buscarte por el piano”, porque de qué me va a amar a mí esa diosa, he susurrado temblando entera de tenerla enfrente de mí y de escuchar semejante frase, aunque equivocada: “Dime qué necesitas para el piano...”. Ella me ha mirado como jamás me han mirado en la vida, que me he sentido tan deseada que por un instante me he creído Angelina Jolie, me ha cogido por las solapas del abrigo, me ha dado el mejor beso de mi vida, y te juro que no exagero, y luego ha vuelto a repetir alto y claro en mi idioma y en el suyo: “Estoy aquí porque te amo”. Si no me he muerto en ese momento, no me muero ya nunca... Pero es que ha sido todo tan mágico, que de repente, se han encendido las luces de la Navidad. Esas luces que toda mi vida he odiado, porque por culpa de los desprecios de mamá detesto esas jodidas fiestas, pero resulta que este año no. Este año la bola de la Gran Vía se ha encendido con música navideña, y no solo me he puesto a llorar de la emoción, sino que he creído hasta en los malditos milagros. Y le he confesado en ucraniano que la amo desde el primer día que la vi, que no puedo creer que me esté pasando esto y que lamento ser tan imbécil. Entonces, Iryna me ha cogido de la mano y nos hemos puesto a correr como dos locas hasta el primer hotel que ha salido a nuestro paso. Y después del mejor polvo de mi vida, la he pedido que se case conmigo con un anillo que he improvisado con una cucharilla...

—¡Qué maravilla! —exclamó Sofía.

Y dos lágrimas cayeron por su rostro porque se alegraba por su hermana y porque, aunque su noche con Mateo también había sido perfecta, ella nunca iba a poder pronunciar la palabra amor, si que quería seguir experimentando toda esa magia...

Capítulo 21

Los días siguieron pasando y sucedió que Sofía y Mateo empezaron también a compartir cama.

Todo ocurrió de una forma natural, una tarde de primeros de diciembre. Él llegó a casa loco por verla otra vez, curiosamente ella estaba en su vestidor robándole una chaqueta, que le quedaba tan bien que había que lucirla, así que la invitó a ir al cine, luego a cenar a Avec, después a bailar y de regreso a casa empezaron haciéndolo en el coche y terminaron en la habitación de él.

No en vano, tenía la mejor habitación de la casa, la mejor cama y la más ordenada, por supuesto.

Y tras aquella noche ya no abandonaron la costumbre de dormir juntos, despertar abrazados y hacer vida de pareja, pero sin serlo.

Y aunque era difícil no llegar a confundirse, los dos hacían como que todo estaba controlado...

—Esto mola demasiado. ¿No crees? —le preguntó una mañana Sofía, nada más sonar el despertador, cuando ya llevaban dos semanas compartiendo también lecho.

Y es que desde que dormía con Mateo se levantaba con más ganas y más ilusión todavía...

—¿Te refieres a que suene el despertador a las seis y media de la mañana? —preguntó Mateo medio dormido y pegado a ella.

—Me refiero a nuestra vida de *follamigos*. Me gusta. ¿A ti no?

A Mateo le gustaba tanto que había entrado el otro día en una iglesia a poner velas para que aquello no acabara nunca. Y eso que él había dejado de creer desde hacía muchísimo tiempo...

Pero en su lugar respondió, mientras ella se daba la vuelta y se quedaban frente a frente:

—No está mal...

—Para mí está genial. Antes me costaba conciliar el sueño y me despertaba un montón de veces en la noche. Pero desde que duermo contigo, lo hago del tirón, descanso y tengo una fuerza y una energía que no había tenido en la vida.

—O sea que soy como tu somnífero —bromeó Mateo.

—Es que los polvos me dejan muy relajada.

—Entonces soy como tu nuevo vibrador.

Sofía sabía que era mucho más que todo eso, pero prefirió no ahondar mucho en el asunto y decir:

—Eres lo que eres. Ya lo sabes.

—Lo sé. Pero vamos, que estás a gusto durmiendo conmigo.

—A veces me dan unas ganas locas de revolverlo todo y darle mi toque a tu habitación, pero sí...

—Perdona, pero esto ya tiene tu toque: en la silla está amontonada tu ropa, hay libros tuyos por el suelo, tienes dos vasos de agua y un serruchito en la mesilla, encima de aquella lámpara hay unas bragas...

—Esas las lanzaste tú, anoche.

—Sí, pero podías haberlas puesto ahí perfectamente.

Sofía se partió de risa y reconoció:

—De hecho, ni me había percatado de que estaban ahí.

—¿Ves? —replicó Mateo alzando una ceja.

—¿Y a ti te molesta demasiado?

—Lo puedo soportar...

—Entonces, lo mejor es que sigamos con esto que tenemos que es genial y muy moderno. Seguro que el futuro viene por aquí... Relaciones de amistad y sexo, sin más líos... Es más, me estoy haciendo tan fan de esta modalidad de relación que creo que por eso estoy bloqueada con el portón de Iryna.

—¿Sigues sin avanzar nada de nada?

—Y menos desde que mi hermana no para de contarme lo enamoradísimas que están. No sé qué me pasa que cada vez que me pongo con el proyecto, no puedo parar de pensar en ellas y en su historia de amor y me quedo en blanco. Tengo que hacer algo que esté a la altura de ese sentimiento tan colosal y no se me ocurre nada.

Mateo al escuchar lo de sentimiento colosal por poco no le dio un vuelco al corazón, ya que él no paraba de sentir cosas cada vez más fuertes, pero decidió no darle importancia y recordarle:

—Lo tuyo es amor. Tú sabes lo que es. Quiero decir que es un sentimiento que conoces. No debe ser tan difícil que conectes con esa emoción.

Sofía pensó que era más que difícil puesto que se pasaba el día reprimiendo sentimientos que se parecían bastante al amor. Y que no se podía permitir sentir por nada del mundo...

Y es que no quería perder a Mateo, era un tiquismiquis, un estirado y un borde a veces, pero luego era tan *sexy*, tan listo, tan divertido, tan diferente que los días con él estaban siendo los mejores de su vida.

Y no quería que acabaran nunca, así que no... No podía conectar por nada del mundo con esa maldita emoción.

Por eso, le aseguró a Mateo con una convicción absoluta:

—Es que no estoy enamorada, ni siento nada parecido a lo que están sintiendo ellas dos.

A Mateo esas palabras le dolieron muchísimo, si bien entendía que era lo mejor. Y ya que lo suyo no podía inspirarle nada, se le ocurrió algo para ayudarla:

—Tienes que trabajar en mi habitación.

Sofía con los ojos chispeantes, absurdamente emocionada, por si el corazón de Mateo se estaba abriendo al amor, preguntó:

—¿Quieres que invada tu espacio con mis cosas? ¿Qué tu mundo y el mío se mezclen creando una nueva realidad que esté más allá de tu orden y de mi caos?

Mateo pensó que solo le faltaba eso, mezclarse hasta ese punto con ese desastre de criatura, por lo que negó con la cabeza y soltó a su más puro estilo borde:

—¡Ni de coña! Deja tus cosas en tu habitación y vente solo con lo necesario para trabajar. El manzano japonés es muy inspirador, ya verás como acabas desbloqueándote.

Sofía, un tanto decepcionada, aunque no entendía por qué, si los dos lo tenían todo clarísimo, musitó:

—Ah, claro. ¡El manzano japonés! Muy inspirador, sí...

—Y su flor en el lenguaje de las flores significa: “Eres mi persona preferida” —le recordó Mateo, pronunciando esas cuatro palabras pensando en ella, mirándola a los ojos y con tal sinceridad que Sofía sintió un estremecimiento súbito.

—Ya —musitó con pena.

Y dijo ya, no porque no recordara el significado, sino porque a esas alturas sabía de sobra que Mateo, ese ser que tenía tantas cosas que no soportaba, era su persona preferida.

¿Pero qué hacía si no podía amarlo?

Nada. No podía hacer nada.

Y mientras Sofia se atormentaba con esos pensamientos, Mateo le aconsejaba que:

—Trabaja con ese significado, con la belleza y la poesía del árbol, con toda su fuerza y toda su verdad. Y ahí seguro que encuentras la inspiración para tu creación, porque el amor se parece demasiado a ese árbol, que siempre está, que siempre permanece, unas veces reventado de flores y otras desnudo de hojas, pero siempre está. A pesar de todo...

Y se calló, pues sintió que como siguiera hablando iba a quedar como un cursi y un estúpido, aparte de que iba a delatarse.

Porque lo que estaba sintiendo por Sofia era justo eso, algo que estaba, a pesar de que había hecho de todo para reprimirlo.

Lo suyo era imposible. Pero lo sentía.

Desde siempre.

Desde la primera vez que la había visto en la fiesta y desde que tuvo aquel impulso de seguirla hasta el manzano japonés para saber qué demonios le estaba pasando con ella.

Y ahí seguía esa cosa dentro de él...

Como el manzano japonés...

Siempre de pie, resistiéndolo todo, y haciéndose cada día más grande, más fuerte y más bello.

Menos mal que todavía le quedaba algo de cabeza y autocontrol para no dejarse llevar por ese sentimiento tan enorme, que no le convenía para nada.

Estaba harto de repetírselo a ella y a sí mismo.

No era el momento.

Eran muy diferentes.

Estaban cerrados al amor.

Y no había nada más que hacer.

Por eso, saltó de la cama con una sensación amarga en la boca a la vez que ella le decía:

—Y eso que no crees en el amor. Cualquiera lo diría...

—Supongo que el amor es eso, si bien siempre hay un momento en el que se va todo a la mierda.

—¿Pero no dices que el amor es lo que siempre permanece, lo que está siempre ahí, a pesar de todo? Si el árbol tiene una raíz fuerte seguirá en pie...

Mateo pensó que él sí que podría pasarse la vida entera ahí, de pie, mirándola como en ese instante lo estaba haciendo...

Sintiendo de todo en el cuerpo, sin creerse que ella pudiera estar ahí. Con él. En su cama... La chica con más luz que había conocido en su vida, la única que le había vuelto del revés, la que le tenía totalmente trastornado... No obstante, lo que replicó fue:

—Tú y tu jodida obsesión con la gran historia de amor que tienes que vivir. Amor que por cierto espero que encuentres muy pronto...

A Sofia le molestaron esas palabras, pero se limitó a sonreír y a decir:

—Gracias. Voy a ver si duermo un poco más. Es demasiado pronto para mí. Que tengas un buen día.

Sofia le dio la espalda, se tapó la cabeza con el edredón y Mateo se sintió tan mal, que se metió de nuevo en la cama y se pegó a ella:

—Gracias por desearme que tenga un buen día...

Ella se destapó, se dio la vuelta y le preguntó:

—¿Qué haces otra vez dentro?

—Pues eso, darte las gracias por desearme que tenga un buen día. Y también decirte que es mentira que desee que encuentres muy pronto ese maldito gran amor... Ojalá que lo encuentres cuando seas muy vieja y mientras sigas en mi cama.

Sofía le agarró por el cuello, le besó en la boca y le confesó:

—Me encanta estar en tu cama. Es lo primero en lo que he pensado en cuanto he abierto los ojos. No deseo estar en otra parte.

Mateo le devolvió el beso, a su estilo salvaje y musitó:

—Ni yo.

Luego hicieron el amor despacio y lento, porque no tenían otra manera de decirse que se querían y que se importaban, aunque siguieran asegurando que aquello era solo sexo.

Un sexo que a Sofía la dejó tan inspirada y llena de algo que se parecía tantísimo al amor, que cuando se sentó a trabajar junto al ventanal y frente al manzano japonés, de repente se rompió su bloqueo y aquello fluyó como nunca.

Tal vez por el recuerdo de los besos todavía cosquilleándole en los labios, tal vez porque el árbol le hizo recordar que ella también estaba floreciendo entera después de haber estado bastante marchita, que había tenido la valentía de plantarse y de seguir el camino más complicado.

El suyo al fin y al cabo, el que siempre había soñado, el que verdaderamente le hacía feliz...

Y encima había aparecido Mateo, de pura casualidad, cuando no esperaba encontrar nada.

Ni siquiera sexo.

Si bien ahí estaba él. Llenándolo todo un poco más y haciéndolo casi perfecto.

Y no era amor. Mejor dicho: no quería que lo fuera, pero lo podía sentir con tal intensidad, que esa misma mañana esbozó un proyecto que llevaba semanas atascado.

Y salió.

Tal y como le había pedido Iryna, diseñó el portón con tanto corazón que sabía que había acertado.

Y es que no había hecho otra cosa más que volcar todo eso que se negaba a verbalizar pero que estaba ahí.

Que incluso tal vez siempre había estado...

Desde la primera vez que se encontraron en esa fiesta, desde el primer desplante frente al manzano japonés.

Era algo inexorable.

Por mucho que lo negara, sus sentimientos estaban ahí.

Como también lo estaban ya las flores que le saldrían al árbol en primavera...

Aunque aún no se vieran...

Capítulo 22

Esa misma tarde, Sofia le envió el boceto a María que se quedó entusiasmada al recibirlo:

—Al fin. Has tardado, pero ha merecido la pena. ¡Has hecho un trabajo excelente!

—No he tardado nada. Lo he abocetado esta mañana después de un bloqueo descomunal, que eso sí ha sido muy creativo. Mientras intentaba diseñar el portón, se me han ido ocurriendo otros tantos proyectos. Hasta hoy, que Mateo ha tenido la feliz idea de que me traslade al despacho que ha montado en su habitación, junto al ventanal que da al manzano japonés y todo ha sido fluir.

María suspiró porque ese árbol significaba muchísimo para ella y le recordó:

—Planté el manzano japonés con muchísimo amor.

—Es demasiado especial. Me ha bastado una mañana frente a ese árbol para que surja todo lo que ves. Un portón del amor de dos hojas fijas y cuatro móviles, formadas con planchas que simulan un tapiz de hojas y flores de manzano japonés, que gracias a un sistema hidráulico tendrá una secuencia de apertura y cierre hacia el exterior, de hasta seis posiciones, que creará diferentes lugares y que variará según la posición de sol.

—Es una preciosidad, que dan ganas hasta de tocar. Un portón que te dice: “eres mi persona preferida” cuando llegas y cuando te vas.

—Exacto. Esa es la idea, tocar, sentir, celebrar, soñar...

—Y es tan tú, es muy Sofía Suárez, con esa combinación genial de espacios inventados, ficciones vegetales y elementos arquitectónico-industriales. A Iryna le ha fascinado...

A Sofia por poco no le dio algo al escuchar que María ya le había reenviado el boceto, pues no esperaba que fuera a ser tan rápido, y replicó:

—Intuía que le iba a gustar porque me he vaciado entera. En mi vida he creado algo con tanto amor dentro. Pero mira que mandarle el primer boceto, tenías que haberte esperado un poco.

—No he podido. He sentido tal flechazo con tu portón, que en cuanto lo he abierto y lo he visto, se lo he reenviado a Iryna y ella ha tardado tres segundos en devolverme el correo electrónico con el siguiente texto: “Es amor. Esto es justo lo que quiero. Mi cuñada es una artista”.

Sofía con los ojos llenos de lágrimas por la emoción, respiró aliviada y susurró:

—Ya tenemos portón.

—¡Y cuñada! El otro día me contó que tu hermana se le había declarado y que estaba feliz. Se quieren casar en primavera...

—Lo de la boda en primavera no lo sabía, pero que estas iban a acabar juntas estaba cantado.

—Como tú con Mateo...

Sofía dio un respingo en su silla y, contemplando al manzano japonés desde el ventanal, le aclaró:

—Lo nuestro no puede ser.

María se echó a reír porque eso no había quién se lo creyera y preguntó con sorna:

—¿No puede ser y estás instalada en su despacho?

—Y en su cama. Llevamos durmiendo juntos desde primeros de mes, aunque dormir es lo que

menos hacemos...

—No me des envidia, anda. Que desde que tu hermano no para de llamarme a todas horas, no puedo tirarme a nadie.

—¿Sigues preocupadísimo por mí?

—Me pregunta por ti, pero luego acabamos hablando de todo. Ahora te contaré... Sigue tú con lo de Mateo...

—Solo te diré que estoy teniendo el mejor sexo de mi vida.

—No me extraña porque el listón estaba a ras del suelo...

—Sí, pero Mateo es un dios del sexo... Ya sé que no tengo tu bagaje para comparar, pero te digo yo que es bueno. Demasiado bueno...

—Ojalá que no tuviera el bagaje, pero no me ha quedado otra. En fin, cosas de la vida. Y ahora explícame algo que no entiendo, ¿por qué dices que lo vuestro no puede ser? ¿Folla de muerte, pero es completamente insoportable o qué?

—Chocamos en muchas cosas, pero le soporto con alegría. Además, a medida que voy conociendo más cosas de él, descubro que también es mucho lo que nos une. Y nos estamos haciendo amigos, vivimos juntos, compartimos comidas, salimos juntos de marcha, me ha presentado a sus amigos, me ha acompañado a ver *Frozen II*, nos contamos secretos, nos hacemos confidencias ridículas... Y mola tanto que te juro que no recuerdo haberme levantado más feliz en toda mi vida.

—Entonces, ¿qué es lo que te queda para que lo vuestro sea? ¿El anillo? ¿Desde cuándo te has vuelto tan tradicional?

—¿Qué anillo? Que te repito que lo nuestro no puede ser. No me puedo permitir enamorarme en este momento de mi vida... —reconoció Sofia en un tono de lo más lánguido.

—¡Pero estás pillada hasta las trancas! A mí no me engañas, tú misma acabas de reconocer que te has vaciado entera. Y es evidente que esto lo has diseñado pensado en tu persona preferida... Este portón es un grito que dice: “Mi persona preferida eres tú y solo tú, Mateo Cano”.

Sofia suspiró, tragó saliva y confesó verbalizando por primera vez, para su más absoluto pasmo:

—Así es. Lo mío es amor, pero no quiero que lo sea. Porque no puede serlo. ¿Me explico?

—No. Y mira que yo soy experta en amores imposibles... Pero esto tuyo es de lo más marciano...

—Qué va. Es algo muy sencillo. Verás, hicimos un pacto de *follamiguismo* donde acordamos que si llegábamos a sentir algo más, o sea amor, nuestra relación se rompería para siempre. ¿Lo pillas ahora?

—¿Y para qué te pones a hacer esos pactos con un tío que te gusta? Esos pactos se hacen con los tíos solo polvos...

—Porque creo que es lo mejor para mí. Lo que más me conviene. Te recuerdo que salí hace poco de una relación...

—Una relación que también te recuerdo que estaba más que muerta.

—Sí, bueno, pero creo que lo sensato es dejar pasar un tiempo antes de embarcarme en otra aventura.

—¿El amor es sensato y lógico? ¿Desde cuándo?

Sofia se mordió los labios de la ansiedad y reconoció:

—Desde que Mateo no cree en el amor y por nada en el mundo quiere implicarse sentimentalmente.

—No me lo creo. Si no quisiera implicarse no te habría metido hasta en las cocinas de su vida. Y encima te ha acompañado a ver Frozen II, eso no hay un *follamigo* que lo haga, en ninguna cultura ni en ninguna civilización.

—Pues el mío sí.

—Mateo se ha pillado por ti, igual que tú por él, lo que pasa es que es un cobarde que no se atreve a reconocerlo.

—¿Mateo cobarde? ¡En absoluto!

—Está cagado. Seguro. ¿Tú le has hablado de lo que sientes por él?

—No. No puedo. Tenemos un pacto. Te lo acabo de contar. En el momento en el que reconozca mis sentimientos, todo se irá a la mierda. Por eso, no paro de reprimir lo que siento... ¡No quiero que esto termine nunca! Para una vez que follo como Dios manda... Y él tiene sus cosas, pero es que me gusta...

María resopló porque algo sabía de reprimir sentimientos y le advirtió:

—No vas a poder evitar que se te escape un te quiero.

—Tú llevas desde la Caracoles enamorada de Héctor y jamás se te ha escapado uno.

—Y me cuesta Dios y ayuda. Aparte de que no me meto en su cama. Si lo hiciera, te aseguro que sería imposible contenerme.

Sofía respiró hondo y le confesó a su amiga el truco que llevaba practicando unos cuantos días para evitar meter la pata:

—Yo sí que puedo, porque he aprendido a decirle lo que siento con la mirada, con mis besos, con las caricias... Y con eso me basta. No necesito verbalizarlo.

—¿Y piensas que él no se da cuenta?

—Para nada. De hecho, hoy me ha deseado que encuentre al gran amor de mi vida. Cosa que me ha sentado fatal... Pero luego, ha puntualizado que desea que lo encuentre cuando sea muy vieja, y que mientras tanto que siga en su cama.

—Y en su corazón. Este se está haciendo pasar por *follamigo* por lo del pacto y porque estoy segura que él cree que pasas de él.

—Yo lo que sé es que no pienso arriesgarme a perder lo que tengo.

—Pues como sigáis así, os veo fingiendo que sois *follamigos* hasta en la residencia de ancianos. Claro que no voy a ser yo quien te critique... ¡Ojalá yo pudiera ser al menos *follamiga* de tu hermano, pero es que ni eso!

—Lo vuestro lo he visto siempre tan claro, pero como tú dices que no.

—Me ve como una hermana. De hecho, en cuanto le he contado esta mañana que tenía varias reuniones importantes en Nueva York y que me iba a tocar pasar la Navidad allí, le ha faltado tiempo para pedirme que las pase con él.

Sofía que no podía creerlo, se llevó la mano a la boca de la impresión y replicó:

—¿Mi hermano te ha pedido que pases las Navidades con él?

—Solo Nochebuena y Navidad... Sí. El 28 tengo que estar en Madrid.

—Héctor nunca ha pasado la Navidad fuera de casa. Es más, el otro día me dijo que tenía ya el billete para plantarse aquí el mismo 24 por la mañana.

—Lo sé. Sé lo importante que son estas fechas para tu madre, que os quiere a todos en su mesa para amargaros con su arte inigualable y se lo dije... Pero insistió en no dejarme sola, porque yo y esto es textual: “soy como de la familia”.

Sofía resopló de solo pensar en la que se les venía encima:

—¡A mamá le va a dar algo! Entre que Celia se va a presentar sin avisar con su prometida y

Andriy, mi hermano que no va a estar, y yo que me voy a plantar sin Rober, le vamos a regalar las peores Navidades de su vida.

—Ya tiene edad para saber que no siempre llueve a gusto de todos...

—Mientras no se resienta su salud. Ya sabes que con los disgustos le vienen los vértigos, el colon se le irrita, le salen ronchas, se le sube el colesterol, se le bajan las defensas...

—Tendrá que empezar a aceptar la realidad de una vez. Desde luego que Celia va a por todas con Iryna, no va a dar un paso atrás.

A Sofía le parecía genial, pero antes consideraba que su hermana debía hacer algo:

—Entiendo que no quiera cometer los mismos errores que con Esther, si bien antes debería hablar con mamá.

—Si habla, tu madre le soltará lo mismo que cuando estaba con Esther y se negaba a recibirla. Que ella es una señora antigua, que solo quiere estar tranquila y que no quiere escándalos.

—¿Y crees que es mejor la terapia de choque?

—No tengo ni idea. Pero Celia no va a pasarse la vida escondiendo a su pareja por darle el gusto a tu madre. Y tú deberías contarle de una vez que has roto con Rober...

—Uf. No puedo. Lo he intentando pero es que no encuentro el momento. Siempre le pasa algo: o se le rompe una muela, o la vecina de al lado le ha hecho una humedad o le han engañado con la factura del teléfono...

María resopló y solo pudo aconsejarle una cosa:

—Pues nada, déjalo para la cena de Nochebuena... Y tú nada más llegar, ofrécele una copita de vino en la que previamente hayas echado un buen puñado de Lexatines.

Sofía pensó que la que iba a tener que tomarse un Lexatin era ella:

—¿Y Héctor cuándo piensa decirle a mi madre que se queda en Nueva York?

—El mismo 24, por la misma razón que tú. No quiere que la salud de su madre se resienta. Política de hechos consumados. Pero dice que al final lo entenderá...

—Vamos a acabar en urgencias, lo sé.

—Tía, me estás haciendo sentir tan culpable que voy a decirle a tu hermano que se olvide de pasar la Navidad en Nueva York.

—No. ¿Qué dices? Si ha tomado esa decisión es porque va a declararse...

María atónita con lo que acababa de escuchar, se revolvió en su asiento y exclamó:

—¡Tú lo flipas! Que no le pongo para nada. Tengo los gustos de tu hermano tan fichados en Instagram que sé de sobra que no soy para nada su tipo. Tengo demasiadas curvas, el pelo rojo, las piernas cortas... Y no pasa nada... Me acepto como soy. Y gozo con mi cuerpo lo que no está escrito. Pero a tu hermano no le gusto, y bien claro que me lo ha dejado cuando me ha asegurado que soy como de la familia. Blanco y en botella. No hay más. Soy su tercera hermanita, a la que tiene que proteger y no dejar sola en Navidad.

—La única razón por la que se me ocurre que mi hermano se ausente en la cena de Nochebuena es porque hay algo que le importa tanto o más que la familia. Y esa eres tú. Así que prepárate porque fin ha llegado el día...

A María se le encendió la mirada y le confesó a su amiga:

—Me he comprado hace un rato un vestido con un escote hasta el ombligo y unos taconazos de vértigo. Sé que no va a suceder nada, pero me hace tanta ilusión pasar esa noche con él, que estoy entusiasmadísima...

—Tiene que pasar, y si no pasa... Lánzate tú, que este es muy cortado... Dile, de una vez que lo amas...

María negó con la cabeza y reconoció porque lo tenía clarísimo:

—No quiero pasar por el bochorno de que ponga una cara de asco tremenda y luego me confiese que solo me quiere como amiga. No quiero sentirme como una pringada en Navidad. Gracias.

—Mi hermano jamás te diría nada así, él es muy correcto... Y si resulta que no te corresponde, te haces la borrachita y al día siguiente finges que no recuerdas absolutamente nada.

—¡Qué patético todo, por favor!

Sofía se partió de risa y luego le aseguró:

—¡Qué no va a pasar nada de eso! Que se va a volver loco al verte y vais a pasaros toda la noche de pasión y desenfreno...

—Sí, tocando la pandereta y comiendo polvorones... ¡Ese va a ser nuestro desenfreno! Ya verás, ya... En fin, aquí la única que debe declararse eres tú.

—Jojojojo. Gracias por el consejito. Pero no. Prefiero vivir mi amor en silencio y follar, que a voz en grito y quedarme a dos velas.

—En eso me ganas, ¿ves? Porque aquí seguro que la que se queda a dos velas soy yo...

—¿Apostamos algo? —preguntó Sofía, convencida de que esos dos iban a acabar juntos en Nochebuena.

—Si acabamos siendo cuñadas, te compro el vestido de novia para que te cases con Mateo.

—Jajajajajaja. ¿Pero qué apuesta es esa? Yo no gano nada...

—¿Cómo que no? Oye que será de Dior como poco...

Capítulo 23

Cuando Mateo regresó a casa a última hora de la tarde, notó que Sofía que seguía trabajando en su despacho, estaba rara, que le pasaba algo, pero ella en vez de decirle que por primera vez había verbalizado lo que sentía por él y la tenía bastante trastornada, optó por contarle su otra preocupación que era cómo iba a ser la Nochebuena en casa de su madre:

—Sé que puede parecer una ridiculez, porque al fin y al cabo es una cena, pero mamá se toma estas fiestas muy a pecho, le remueven demasiadas cosas, y en cuanto el 24 por la mañana se entere de que mi hermano no va a venir porque se queda en Nueva York a pasar la Navidad con María, luego mi hermana se presente con su prometida y para rematar yo aparezca sin Rober, estoy segura de que va a colapsar. Es demasiado para ella. Y no sé qué hacer para evitar la tragedia, llevo horas dándole vueltas y más vueltas al asunto y...

Sofía se calló, ya que en ese instante sonó el teléfono móvil de Mateo, lo sacó de la chaqueta y comprobó que era él.

Incordio Molesto Cargante.

Mateo le enseñó el teléfono a Sofía con cara de espanto, si bien a ella de repente se le ocurrió algo que hizo que se le encendiera la mirada:

—Él podría ser el único que evitara la catástrofe.

Mateo sin tener ni idea de qué estaba hablando, ni por qué de repente se le habían puesto los ojos chispeantes, preguntó mientras el teléfono no dejaba de sonar:

—¿Quién?

—Él. Incordio Molesto Cargante. Es el actor favorito de mi madre. ¿Recuerdas? Si viniera a la cena, olvidaría todo lo demás.

Mateo sabía perfectamente que Sofía era una chica alocada, pero a veces la cosa se le iba de las manos, como en esa ocasión. Por eso, replicó crispado y nervioso:

—¿Cómo se te puede estar pasando por la cabeza llevar a este ser a tu cena de Nochebuena?

—Porque le daría a mi madre la alegría de su vida. ¿Imaginas que se presenta en tu cena de Nochebuena sin previo aviso, qué sé yo... Angelina Jolie? ¡El resto de tus preocupaciones se volarían de un plumazo!

Mateo que tenía clarísimo con quién quería estar en Nochebuena, y estaba dispuesto a todo para lograrlo, incluso a pasar por el más despreciable aro, replicó:

—¿Quieres que le invite a que pasemos la Nochebuena en tu casa?

Sofía a punto de hiperventilar, repuso llevándose las manos a la boca:

—No te puedo pedir semejante sacrificio, casi martirio...

Mateo pensó que solo sabía que quería pasar la Nochebuena junto a Sofía, así que descolgó el teléfono cuando apenas quedaban dos tonos para que la llamada se cortara y saludó muy serio:

—¡Buenas tardes, Ramiro!

Ramiro sin apenas creerse que eso pudiera estar ocurriendo, carraspeó un poco y preguntó:

—¿Es usted Mateo Cano?

—Soy soy yo, Ramiro. Puedes tutearme.

Ramiro se sentó en una silla isabelina que tenía en su camerino, porque sintió que estaba a punto de desmayarme y musitó:

—Tú también, hijo.

A Mateo le asqueó tanto que le llamara hijo, que no le quedó más remedio que abrir la cajonera de la mesa donde guardaba los Almax y meterse uno en la boca.

Y sin más, y antes de que se le perforara el estómago, decidió ir directo al grano:

—Me gustaría que cenaras conmigo en Nochebuena.

Ramiro comenzó a hacer respiraciones profundas, porque la ansiedad le estaba devorando...

—¡Caray, siento tal emoción que apenas puedo respirar! Tengo una opresión bárbara en el pecho...

A Mateo la reacción de Ramiro le pareció puro teatro y le advirtió en un tono duro:

—No se te ocurra infártate que por nada del mundo puedes faltar a esa cena. Después de Nochebuena puedes hacer lo que te dé la gana.

—¡Es solo la bendita emoción que siento de que la Virgen de la Alegría haya escuchado mis plegarias! No hay día que no rece para que tú descuelgues el dichoso teléfono y mira tú por dónde, hoy que estoy en un descanso de la segunda función de la tarde, he dicho: voy a llamar porque un Osuna nunca pierde la esperanza, ni la fe... Me he encomendado a mi virgen y aquí estás... Mi Mateíto, que quiere que cenemos los dos solos en Navidad.

Mateo más que molesto, le exigió borde como él solo:

—¡No me vuelvas a llamar así en la vida! Mateo a secas. Y no vamos a cenar solos. Vamos a casa de la madre de una amiga que es una gran admiradora tuya. Mándame tu ubicación el día de Nochebuena y pasaré a recogerte. Lleva tu mejor esmoquin...

—Eso no hace falta ni que lo digas. Mi mejor esmoquin y el corazón abierto de par en par.

—El corazón me trae sin cuidado cómo lo traigas. Solo quiero que caigas rendido a los pies de la anfitriona. Que pase una noche tan inolvidable, que se evada de su realidad, y que se sienta en un jodido cuento de hadas. No espero menos de ti.

—Eso tampoco tienes ni que sugerírmelo porque siempre hago sentir así a las anfitrionas. Y luego también me gustaría tocar tu corazón, aunque fuera un poco, ya sé que...

Mateo pensó que ese tío no podía ser más repugnante, pero si ese era el precio que tenía que pagar para estar sentado junto a Sofía en la cena de Nochebuena, y no en la mesa de su madre junto a cuñado Antón, lo pagaba y listo.

—Para, que yo no necesito que hagas conmigo ningún papelón. Mi corazón déjalo tranquilo. Y esto es todo lo que tenía que decirte. ¡Buenas tardes!

Y le colgó en tanto que Sofía se arrojaba a su cuello, le daba un beso en la boca y exclamaba:

—¡No me puedo creer que hayas hecho esto! ¡Ramiro Osuna va a venir a cenar a casa en Nochebuena!

Mateo molesto porque le hiciera más ilusión cenar con ese impresentable que con él, le recordó:

—Y yo. Que te recuerdo que yo también voy, por si no lo habías pillado.

—Sí, claro que sí. A mamá le contaré que me ha llamado Héctor y que me ha pedido que te lleve a cenar a casa porque estás solo en Nochebuena, que tu familia se ha ido lejos... Yo que sé... A Nepal... Que tú no podías juntarte con ellos por trabajo y que vienes con otro amigo de tu familia que también está solo... Ramiro Osuna...

Mateo se pasó la mano por la cara, resopló y le confesó:

—No sé si va a ser peor el remedio que la enfermedad.

—Se va a poner atacada. Pero es que es Ramiro Osuna. Su ídolo. Con Ramiro Osuna en su casa, lo demás le va a importar un bledo.

—Si tú lo dices... —masculló Mateo mientras pensaba que ya tenía que importarle esa chica como para que hubiera hecho semejante cosa.

—Sí. Confía en mí. Lo que voy a hacer es avisarle ahora mismo.

—¿Pero no iba a ser una sorpresa? ¿No tenía que imaginarme a Angelina Jolie llamando de repente a mi puerta?

—En tu caso sí. Pero mi madre jamás me perdonaría que le llevara a Ramiro a casa y que ella no estuviera divina. Tendrá que pedir hora en la peluquería, comprarse ropa, decorar la casa... Ella normalmente no tiene ganas de nada, planta siempre el mismo de árbol de plástico en el salón... Pero con Ramiro... Uf... ¡Va a tirar la casa por la ventana! Ya verás...

Sofía agarró el teléfono móvil, marco el número de su madre y con una sonrisa enorme, la saludó con el manos libres puesto:

—¡Buenas tardes, mamá! ¡Te llamo porque tengo una noticia maravillosa que darte!

Adela, su madre, que estaba viendo una telenovela turca como cada tarde, replicó a su hija en un tono cargado de dramatismo:

—¡No me puedes hacer abuela ahora! ¡En estas fechas que sabes que me rompen el alma! En estos días que...

—Que no, que no. ¡Que no estoy embarazada!

Mateo se mordió los carrillos para no soltar una carcajada, en tanto que Adela la reprendía:

—¿Y para cuándo lo vas a dejar? A esta casa le faltan niños... ¡Todo cambiaría si esto se llenara de niños! Pero claro, vosotros solo vais a lo vuestro...

Sofía pensó que solo le quedaba para acabar de rematar su drama existencial quedarse embarazada de Mateo, ese tío que estaba haciendo esfuerzos ímprobos para no partirse de risa mientras ella hablaba:

—Es que la vida es muy complicada, mamá. Bueno, a lo que iba que resulta que me ha llamado Héctor esta mañana y me ha pedido que invitemos a la cena de Nochebuena a su jefe, a Mateo Cano.

Adela bufó, se revolvió en su asiento y agobiadísima preguntó, mientras no quitaba la vista de la telenovela:

—No me digas que están liados porque me matas ahora mismo. Tu hermano jamás ha tenido una novia formal y ahora mismo estoy empezando a atar a cabos...

—No es eso. Aunque no pasaría nada si lo fuera. Pero no es el caso. Mateo es que está solo, su familia va a pasar las fiestas en Nepal y él no puede viajar con ellos por trabajo, así que a Héctor se le ha ocurrido que para que no esté solo, se venga a casa...

—¿Y por qué si la familia de ese señor no le aguanta, porque dime tú para qué se van a Nepal si no es para quitárselo de encima, tenemos que cargar nosotros con él? Dime, eh, ¿por qué?

—Es una fecha especial, familiar, entrañable...

—¿Y por eso tenemos que cargar con ese tío que es igualito que Luis, el gato que tenía tu abuela que era un avinagrado y un arisco? Demasiada hiel tengo en mi alma, como para sentar a mi mesa a Don Amargado Cano.

Mateo de nuevo estuvo a punto de partirse de risa otra vez al tiempo que Sofía le pedía a su madre:

—Tampoco te pases, mamá.

—No me paso. Solo nos hemos visto un par de veces, pero han sido suficientes como para hacerme una perfecta idea de cómo es: antipático, asocial, extraño, retorcido, atravesado...

—Ya, pero Héctor dice que...

—Héctor puede decir misa, pero no nos puede obligar a los demás a cargar con ese petardo de señor. ¿Qué dice Rober de todo esto?

Sofía se mordió los labios y luego respondió nerviosa:

—¿Rober? Nada. No habla. No sabe nada.

—Con lo que es nuestro Rober, seguro que le parece fatal como a mí.

Sofía al escuchar el nombre de Rober, no pudo evitar desear que ojalá algún día le perdonara por haberle dejado colgado con el anillo y la empresa, pero esa era otra historia...

En ese instante ella tenía que seguir con el auténtico cuento:

—Ya, pero es que Mateo Cano no está solo...

—¿Cómo que no está solo? ¿Pretende venirse también a cenar con su caniche irascible? Porque le pega un montón tener un perro así...

—No. No tiene caniches irascibles...

—No. Él en sí mismo lo es.

—Ay, mamá, por favor. ¡Para! No puedes prejuizar a alguien de esa forma, por dos veces que has coincidido con él.

—Soy perra vieja, hija. ¡Por supuesto que puedo!

—Te equivocas. Es un gran hombre...

Mateo se quedó mirándola boquiabierto, en tanto que Adela decía:

—¿Y? Pues anda que no hay grandes hombres que han sido auténticos hijos de...

—Mamá, déjame acabar, por favor. Resulta que un viejo amigo de los Cano, también está solo en Navidad, y como estos están de viaje, Héctor también le ha invitado a que se venga a cenar con nosotros.

—Claro, claro... ¡Como él no tiene que cocinar! Pues también nos encasqueta al viejo cascarrabias para que nos den más por saco todavía. ¿Pero Héctor qué tiene en la cabeza: serrín?

Sofía consideró que ya no había que estirar más el chicle, que la introducción estaba perfectamente hecha y soltó la bomba:

—Es Navidad, es tiempo de compartir y de dar... Además, el viejo amigo es Ramiro Osuna, el grandísimo actor...

Adela, mientras el protagonista cañón de la novela urdía luciendo pectorales la enésima venganza contra el tío que le había arrebatado todo, farfulló:

—¿Qué, qué, qué?

—Sí, mamá. Sí. Ramiro Osuna, tu actor fetiche. El señor que luce el esmoquin como nadie...

Adela sintiendo de repente una punzada en el pecho, y con la respiración acelerada, replicó:

—¿De verdad tu hermano pretende que sentemos a nuestra mesa a Ramiro Osuna?

—Y a Mateo Cano. Sí...

Y a Iryna y a su hijo... Pero no estaba el horno para soltar otra bomba más...

—Pero Ramiro Osuna es una persona con un gusto exquisito, refinado y elegante, que ha viajado por todo el mundo. ¿Cómo le vamos a traer a cenar al barrio y ponerle comida casera? ¿Y cómo pretende tu hermano que le reciba en casa? Si está hecha unos zorros, tengo que reformar el baño, el sofá está viejísimo, no poseo ni una vajilla decente y tengo unos pelos horribles —aseguró mientras se levantaba para mirarse en el espejo que tenía encima del sofá.

—Es una casa acogedora y con calor de hogar, que es lo que se busca en estas fechas. Tú

tranquila que va a salir todo bien...

—¿Tranquila? Tendrías que ver cómo tengo ahora mismo el corazón, se me va a salir del pecho. Tengo un dolor en la costilla que te mueres, solo espero que esto no termine en accidente cardiovascular, que ya que llevo trescientos capítulos de serie, no me gustaría morir sin saber cómo termina.

—Solo es ansiedad, tranquila.

—No puedo estar tranquila sabiendo que Ramiro Osuna viene a cenar a casa por Navidad. Tengo que entrar en Amazon ahora mismo y comprarme el cacharro para hacer esferificaciones, Ramiro es un sibarita... ¡No puedo ponerle de comer cualquier cosa! De algo me tiene que servir ver *MasterChef*. Luego pediré hora en la peluquería, mañana iré comprarme un vestido con brillos y luego cositas finas de decoración para poner la casa elegante. ¡Ramiro no se merece menos! Estoy harta de ver en las revistas cómo luce su casa en Navidad y es un derroche de buen gusto. Claro que el pobre ahora que se ha quedado viudo no debe tener ganas de nada... Por eso, querría cenar con los Cano...

—Entonces, ¿le digo a Héctor que te parece bien que vengan a cenar a casa?

—Dile que me parece fatal, que me he puesto malísima con la ansiedad, que yo noto que se me ha subido la tensión y el colon me está empezando a dar la lata. Que solo espero que no me dé el cólico o la neumonía antes del 24 y que si mi malísima salud de hierro me lo permite, estaré encantada de recibir en casa a ese dios de la interpretación, a ese maestro de maestros, al grande entre los grandes: Ramiro Osuna...

Capítulo 24

Llegó el día de 24 de diciembre y Sofía se marchó después de comer a casa de su madre para ayudarla con los preparativos de la cena.

Cuando llegó tenía un disgusto terrible por lo de Héctor, por lo que Sofía decidió posponer contar su drama particular hasta que ya no le quedó más remedio, que fue cuando mientras estaba en su habitación terminando de arreglarse, recibió un mensaje de Mateo que decía:

Acabamos de aparcar, por fin. En cinco minutos estamos tocando el timbre. Viene Diego también. Me lo ha endosado mi madre y él tampoco quería dejarme solo. Le he hecho jurar que lo que pase esta noche va a ser nuestro secreto. A efectos familiares diremos que la pasamos solos y aburridos. Con esto le estoy estimulando valores como la lealtad, el compromiso y que a veces no te queda más cojones que mentir. Espero que la presencia de m sobrino no sea un factor de estrés añadido. Por cierto... No sé cómo tu madre puede admirar tanto al galán trasnochado este, en mi vida he conocido a un tío tan engreído, tan soberbio, ni tan vanidoso. No para de hablar y de hacerse el gracioso. Y encima mi sobrino traidor le ríe todos los chistes. Vengo con los nervios de punta. Lo único bueno de este desastre eres tú. Estoy loco por verte.

Sofía con las manos temblorosas de la ansiedad que tenía, respondió un escueto: “Y yo”.

Luego, se miró una vez más en el espejo, llevaba un vestido entallado negro de lentejuelas, con abertura enorme y escote profundo, el pelo recogido en una coleta tirante, maquillaje de fiesta y un brillo en la mirada que no podía con él.

Y eso que estaba a punto de contarle a su madre la verdad, pero estaba tan emocionada por tener a Mateo en casa que estaba radiante.

De hecho, no recordaba haberse visto tan guapa en su vida... Y no era vanidad.

O tal vez un poco.

Pero lo cierto era que se sentía mejor que nunca, con ilusión, con ganas, con entusiasmo, con fuerzas...

Aunque en ese momento estuviera cagada porque había llegado la hora de la verdad.

Así que respiró hondo y se dirigió a la habitación de su madre que estaba acabándose de retocar los labios con una barra de labios rojísima.

—Mamá, ¡no me lo puedo creer! ¡Pareces una artista de cine! —exclamó Sofía, en cuanto la vio con un vestido dorado, largo hasta los pies, un moño historiado que le habían hecho en la peluquería y con un maquillaje de alfombra roja, como poco.

Adela la miró a través del espejo, negó con la cabeza y le exigió:

—¡Calla y no te rías de mí! ¡Estoy hecha una mamarracha!

—Estás radiante. ¡Vas a deslumbrar a Ramiro!

—No digas bobadas, ¡que me voy a poner más nerviosa todavía! —exclamó mientras se subía a unos zapatos de tacón cuadrado.

—¿También te vas a poner tacones? No te calzabas uno desde...

Adela miró a su hija con el ceño fruncido y le recordó:

—Tú es que parece que todavía no eres consciente de quién nos viene a cenar a casa.

—Sí, claro lo sé. Pero antes debo decirte algo importante.

Adela se perfumó con un perfume carísimo que había comprado también para la ocasión y le exigió a su hija:

—Ten un poco de respeto y consideración hacia tu madre. No creo que este sea el momento más oportuno de contarme nada. Debo de tener la tensión por las nubes, me cuesta respirar, tengo la boca seca, un nudo en el estómago... ¿sigo?

—No, no sigas. Pero es que tienes que saber que Rober no va a venir a cenar.

Adela se llevó la mano al pecho y muerta de la ansiedad preguntó:

—¿Le ha pasado algo? ¿Ha tenido un accidente? Si es que ya lo decía mi abuela: la felicidad nunca es alegre... Justo el día que viene Ramiro Osuna a mi casa, tiene que venir también la tragedia a llamar a nuestra puerta.

Sofía negó con la cabeza y le aclaró con una angustia tremenda:

—Rober está bien. Pero en su casa...

—¿Cómo que en su casa? ¿Con sus padres quieres decir? ¿Me ha hecho el feo de no querer venir a cenar a nosotros en Nochebuena?

—No. En su casa de Bruselas. Es que hemos roto. Rompimos hace unas semanas pero no he querido contarte nada hasta hoy, que no me ha quedado más remedio. Lo he hecho para que no sufras... Hago de todo para hacerte sufrir lo mínimo pero es que...

Adela se sentó en la cama y le preguntó llevándose la mano a la frente:

—Pero ¿por qué lo habéis dejado?

—He sido yo. La relación hacía tiempo que no funcionaba. Éramos más hermanos que pareja... Me sentía estancada...

—Las parejas pasan por rachas, ¿o te piensas que en las relaciones todo es bonito y de color de rosa?

Sofía sabía perfectamente que su madre iba a soltarle algo parecido, pero tenía la respuesta bien aprendida:

—Ya, pero esto no es una crisis. Es una ruptura definitiva.

Adela se abanicó con la mano, pensando que solo a ella podían pasarle esas cosas y le preguntó a Sofía:

—¿Y ahora de qué vas a trabajar? ¿Dónde vas a vivir? ¿Tú no sabes lo mal que está todo, lo caros que son los alquileres, lo difícil que está encontrar un trabajo?

—Tranquila que está todo bien. Vivo en casa de Héctor y trabajo de escultora.

—¡No me hagas reír! No tienes dónde caerte muerta y quieres que me calme. ¿Qué va a ser de ti, Sofía?

—No sufras por mí, de verdad. No tienes más que mirarme. ¡Estoy mejor que nunca!

—Solo sé que has tirado tu vida por la borda, que vives de *okupa* y que lo de tus esculturas no es algo serio.

Sofía sabía que por mucho que le dijera su madre no iba a dejar de imaginar su futuro debajo de un puente, con la flauta y el perro, pero con todo le explicó:

—Sí que lo es. Trabajo con María y un galerista se ha interesado por mi trabajo, vamos a montar una exposición y él me acaba de comprar una obra para su casa.

—Pero eso es pan para hoy y hambre para mañana. ¿A quién quieres engañar? ¿Por qué me haces esto? ¡Y en Navidad! No podías haber esperado a dar la campanada en otras fechas... No...

Tú tenías que fastidiarme el sueño de que Ramiro Osuna...

Adela tuvo que dejar de hablar porque en ese instante sonó el timbre:

—¡Ya están aquí! —exclamó Sofía aliviada.

—Menos mal porque así me olvido por una noche de la puñalada que me ha dado tu hermano con su ausencia y del disgusto de que hayas echado tu vida a perder...

Sofía feliz de haber echado a perder su vida de esa manera, acompañó a su madre hasta la puerta, mientras al otro lado los otros tres aguardaban a que los abrieran.

—Esto que estás haciendo por tu novia es muy hermoso —le dijo Ramiro a Mateo, a la vez que esperaban los tres, luciendo sus respectivos esmóquines.

—Sofía no es mi novia —masculló Mateo.

Diego miró a su tío muy extrañado y le preguntó:

—¿Todavía no? Pues yo ya soy novio de Violetta con dos t.

—Es que tú eres mejor que yo en todo.

—Pero a ti no te debe quedar mucho tampoco. Los Osuna somos gente de un gran amor, de un solo y verdadero amor. Como yo con mi Sonsoles, que Dios la tenga en su gloria, de tanto como me aguantó. Y si estás haciendo todo esto por esta chica, es que es ella. No lo pienses más.

Mateo miró a Ramiro con un cabreo tremendo y repuso:

—¡Me importa un bledo cómo sean los Osuna! Y lo que tengamos entre Sofía y yo no le incumbe a nadie.

Diego entonces intervino para explicarle a su tío algo que no había entendido bien:

—Ya, pero este señor quiere que os hagáis novios. Como yo. Los del Osasuna somos así. De un gran amor...

Mateo tuvo que morderse los labios para no partirse de risa y justo en ese momento abrió la puerta Sofía que no podía estar más guapa:

—¿Y está belleza de que cuadro se ha escapado? —preguntó Ramiro que se le adelantó, obviamente.

Mateo fulminó a Ramiro con la mirada y le advirtió entre dientes:

—El del Osasuna que se guarde los requiebros para la anfitriona, por favor.

Y dicho esto, agarró a Sofía por los hombros y ella le susurró al oído:

—¡Cuánto habéis tardado! ¡Se me ha hecho larguísimo!

—Hemos tenido que pararnos unas cuantas veces para que la estrella se hiciera fotos con sus fans. Y en el portal nos hemos cruzado con varias vecinas y, nada, se ha hecho más fotos...

Sofía se partió de risa, los dos se miraron y el beso que tenían que haberse dado en la mejilla, por los nervios y las ganas, terminó en los labios. Y con la madre detrás presenciando la escena:

—¡Oh, estáis juntos! —exclamó Adela, desbordada por tantas emociones.

—No, todavía no. Pero le queda poco porque es del Osasuna —se chivó Diego.

—¿Y este niño de quién es? —preguntó Adela extrañada—. Porque Don Ramiro sé que no tiene hijos...

Ramiro Osuna dio un paso adelante y se presentó ante la anfitriona:

—Señora, buenas noches, es un auténtico placer venir esta noche a su casa.

Adela temblando entera, sonrió arrebolada, le tendió la mano al actor y le pidió:

—¡Tutéeme por favor! Soy Adela Gómez.

—Muchas gracias, Adela. Y lo mismo te pido, llámame Ramiro. Simplemente Ramiro.

Luego le cogió la mano, la besó sin dejar de mirarla a los ojos en tanto que ella musitaba derretida:

—¡Oh Ramiro, me siento tan honrada de que vengas a mí casa! Te admiro tanto, te sigo desde tu primera película: *Un bribón en alta mar*. Y me lo he visto todo, tus películas, tus obras de teatro, tus series, tus entrevistas... Sé de ti mucho más que de mis propios familiares...

—Es que de algún modo, querida Adela, estamos en familia. ¿No te parece? Los chicos aunque se lo tengan bien calladito se quieren y aquí estamos todos, dispuestos a pasar una entrañable Nochebuena. He traído unas botellitas de champán para brindar por la felicidad de...

—Adela, ¿no nos vas a presentar a tus amistades? —preguntó Vicenta, la vecina de al lado, una señora nonagenaria, que de repente apareció en el descansillo, con su nieta que iba con el teléfono móvil en ristre—. ¿Podría hacerme una foto con usted, don Ramiro? Todavía recuerdo cuando fui a verle al teatro en *Un canalla enamorado*...

—¿Cómo no, señora! ¡Es un auténtico placer! —replicó Ramiro, que se hizo la foto y besó las manos y las mejillas de la señora.

—¡Hala Vicenta, para casa que se enfría la cena! —le exigió Adela, que quería a Ramiro solo para él.

Vicenta, sin dejar de mirar embobada al actor, le dijo a Adela:

—¿Qué suerte tienen algunas!

—Es lo que hay —aseguró Adela, presumiendo de invitado.

—Pues nada, a pasar buena noche y ya me contarás... —habló Vicenta, achinando los ojos de pura curiosidad.

—¡No hay nada qué contar! Don Ramiro es un amigo de la familia y punto —repuso Adela para zanjar el asunto.

—Nunca le habíamos visto por aquí —insistió Vicenta que se moría por saber y saber.

—Ya ves, cosas que pasan... ¡Venga, Vicenta, feliz Nochebuena! Y vosotros, entrad de una vez, por favor, que como Ramiro siga en el descansillo no nos van a dejar cenar en paz —ordenó Adela, que mientras todos entraban en casa y se quitaban los abrigos le cuchicheó a su hija—: ¿Por qué no me has contado la segunda parte de tu historia? Me has dejado muerta de la angustia y resulta que estás con el jefe de tu hermano, que míralo... ¿Tú has visto cómo le queda el esmoquin? Parece hijo de Ramiro Osuna, además es que se parecen... Rober es buen chico, pero hija ¡no hay color, lo mires por donde lo mires!

Sofía le miró extasiada, porque esa noche estaba para morirse, y reconoció disimulando su entusiasmo:

—Es guapo.

—¡Es más que eso! Yo no sé qué le ha pasado, pero está cambiado. Cuando le vi estaba como avinagrado y marchito. Pero ahora tiene un carisma y una fuerza en la mirada como de animal salvaje, arrolladoras. Es más, tiene la misma mirada de Ramiro Osuna, esa mirada de bribón, de canalla, de sinvergüenza... con un corazón de oro. ¡Y míralos qué graciosos los tres con los esmóquines! ¡Parecen los tres tenores! ¿El niño es suyo?

—No. Es su sobrino, no quería dejar a su tío solo en Nochebuena.

—¡Criatura! Pues tú no seas tonta y a rey muerto, rey puesto.

Sofía miró a su madre escandalizada y habló entre dientes:

—Mamá no te reconozco.

—Tú con tal de llevarme la contraria seguro que eres capaz de dejar pasar este tren...

Luego, Adela se dirigió a sus invitados y les pidió que pasaran al salón al que no le faltaba de nada.

Un árbol natural repleto de bolas y lucecitas, un belén, guirnaldas, una mesa decorada con

manteles y platos con motivos navideños, centro de mesas con piñas y velas...

—¡Qué hermosura, Adela! ¡Tienes un gusto exquisito! —exclamó Ramiro, admirado.

Adela, que en la vida había hecho tal despliegue decorativo en su casa, se llevó la mano al pecho y repuso con modestia:

—Son tus ojos generosos, Ramiro. Pero te agradezco en el alma tus palabras. Siéntate por favor...

—Yo a tu vera, Adela, si no tienes inconveniente.

Adela a punto de licuarse, negó con la cabeza y musitó:

—Al contrario, es todo un honor para que mí que...

Adela no pudo terminar la frase porque sonó el timbre y Sofía le pidió que fuera a abrir:

—Abre tú, mamá, por favor. Y yo mientras traigo las bebidas.

Sofía quería que su madre abriera para que lo que tuviera que decirle a Celia en cuanto la viera aparecer con sus acompañantes quedara en la intimidad del recibidor.

Adela rezongando porque su hija le hubiera estropeado el intercambio de flores con Ramiro, abrió la puerta convencida de que solo era Celia y se quedó estupefacta cuando comprobó que estaba equivocada:

—¡Buenas noches, mamá! Te presento a Iryna mi prometida y a Andriy su hijo.

Adela petrificada, solo pudo balbucear:

—¡Otro niño!

—¿Hay más niños, aparte del niño Jesús?

—El sobrino de Mateo Cano.

—Genial. ¿No te quejas siempre de que a esta casa le faltan niños? Pues hala, ya tienes dos. Y Andriy viene con el piano portátil...

—¡Encantada de conocerla, señora! —se presentó Iryna con una inclinación de cabeza y tendiéndole una mano—. Él es mi hijo.

Adela les estrechó las manos, fascinada porque Iryna era otra que tenía un carisma arrebatador, tanto que salió la vecina otra vez con la nieta y le pidió:

—Perdona Adela, ¿se podría hacer mi nieta una foto con *Chara*? ¡Menuda cena, eres la envidia del barrio, esto parece el *Ven a Cenar Conmigo. Gourmet Edition!*

Adela que estaba de los nervios, le preguntó a la chismosa de su vecina:

—¿Qué *Chara*?

—Nena, ¿cómo dices que se llama la famosa esta? —le preguntó Vicenta a su nieta.

Y la nieta casi histérica, le respondió a la abuela:

—¡Chiara Ferragni!

Celia muerta de risa les aclaró orgullosa, para horror de Adela:

—¡No es Chiara, es muchísimo más guapa que ella y se llama Iryna Bondar, es mi prometida, nos vamos a casar en primavera!

Las vecinas se quedaron atónitas y Vicenta exclamó:

—¡Ah qué bien! ¡Felicidades! ¿Y es famosa tu prometida?

Celia asintió con un orgullo que no le cabía en el pecho y contestó:

—Es la fundadora y la directora de una empresa tecnológica.

—¿Exitosa? —preguntó Vicenta.

—¡Una barbaridad! —respondió Celia, echando una mano a volar.

Vicenta miró con más admiración todavía a Iryna y comentó:

—Se la ve que es una mujer importante. ¿Le importaría que me hiciera una fotito con ella?

Iryna respondió que para ella era un placer, se hicieron la foto, luego se despidieron y en cuanto entraron a la casa, Celia le dijo a su madre:

—Ya está mamá. Tu peor temor ha pasado y sigues respirando. ¿Ves cómo no era para tanto? Tu vecina más cotilla ya sabe que tu hija es lesbiana y que se va a casar en primavera. ¿No es maravilloso?

Adela aprovechó que Iryna estaba colgando el abrigo en el armario para coger a su hija del brazo y cuchichearle al oído:

—No sé por qué me hacéis esto y en la que se suponía que iba a ser la noche más especial de mi vida. Sabes lo que significa Ramiro Osuna para mí.

—Porque estoy hasta el moño de esconderme y porque amo a esa mujer.

—¡Como tonta! ¡Podría amarla hasta yo! ¡Es la mujer más espectacular que he visto en mi vida!

Celia miró a su madre perpleja y le preguntó:

—¿Mamá estás bien?

—¡Yo qué sé! ¡Vais a matarme entre todos, pero de momento estoy viva! Y tengo a Ramiro en el salón...

Capítulo 25

Después, mientras Adela emplataba la ensalada de lombarda con esferificaciones de nata y castañas, sucedió que Iryna que había estado saludando a todos en el salón, entró en la cocina y le habló ofreciéndole una fuente cerámica:

—He traído *kutia*, es un plato navideño típico ucraniano, un entrante hecho con trigo, nueces, semilla de amapola y miel, que trae buena suerte y prosperidad. Espero que os guste...

Adela levantó la cabeza del plato, le sonrió agradecida y replicó:

—Ni lo dudes. Además, me viene fenomenal para terminar de darle el toque cosmopolita al menú. Así que te agradezco muchísimo primero tu presencia y después el detalle de que hayas traído un plato típico ucraniano.

—¡Muchas gracias a usted!

—Tutéame por favor. Estamos en familia. Os vais a casar en primavera.

Y tras decir esto, resopló, se abanicó con la mano e Iryna preguntó:

—¿Te encuentras bien?

—Es ansiedad. Estoy nerviosa con todo... Y estos platos modernos me ponen atacada. Llevo una semana sin apenas dormir intentando dominar la técnica de las bolitas estas...

—Te han quedado muy bien. ¿Te ayudo a emplatar? Trabajé en un restaurante cuando era estudiante.

—Ellos se han ofrecido, pero no quería dejar mi obra en manos inexpertas. Sin embargo, contigo la cosa cambia: ayúdame, por favor.

Iryna se lavó las manos y se puso a emplatar, a la vez que le decía a su futura suegra:

—Seguramente habrías querido enterarte de lo nuestro de otra forma, pero...

—Nada de lo que está pasando esta noche es como esperaba. Pero ya está hecho. Tú estás aquí y veo a mi hija feliz. No puedo decir otra cosa. Sé lo importante que es para ella la familia, y contigo y tu hijo por fin ha encontrado lo que llevaba toda la vida buscando.

Iryna, que no podía creer que Adela estuviera hablando así, confesó:

—Sí, mi hijo tiene ahora dos madres. Andriy quiere mucho a tu hija, es su profesora de piano, nos conocimos así.

Adela, al tiempo que se peleaba con las esferificaciones, le contó:

—Celia tiene mucho talento para el piano. Es una chica muy sensible y apasionada. Es muy buena hija, muy burra. Pero muy buena. Conmigo ha tenido una paciencia infinita. Hasta hoy. Pero bueno... Se lo acabaré perdonando. Y desde luego, que no me ha extrañado nada que vaya a casarse con una ucraniana. Adora tu país, estuvo en Kiev estudiando y vino enamorada. Pasa luego a su habitación y mira cómo la tiene empapelada con carteles y fotos de tu país. Tiene hasta la bandera sobre la cabecera de su cama. Era algo premonitorio...

—Esa es una de las cosas que me enamoró de ella. Es la primera persona que encontré en Madrid que hablaba mi lengua. Y es tan especial...

Iryna suspiró, Adela se la quedó mirando y solo pudo decir una cosa:

—Soy una mujer antigua, me cuesta entender determinadas cosas, y me cerraba en banda. Ella te habrá contado... Yo soñaba para mi hija otra cosa, que se casara con un chico bueno y trabajador y que me dieran nietos. De ahí no había manera de sacarme. Pero ahora tú estás aquí, y no me queda más remedio que reconocer que tengo que dar gracias a Dios porque haya puesto un ángel en la vida de mi hija.

Iryna emocionada, negó con la cabeza y le dijo a su futura suegra:

—Te agradezco mucho tus palabras, pero yo soy como todos... Tengo también mis muchísimos defectos y...

—Si mi hija ha tenido el coraje de presentarse esta noche en casa contigo, es porque eres tan especial para ella, que le importa bledo que a mí me dé un síncope esta noche.

—Afortunadamente no te ha dado...

—De momento, no. ¡A saber cómo termino!

—Andriy se ha traído el piano, seguro que cantando y bailando.

—¡Ay, hija, yo no canté ni bailé ni en el día de mi boda! Pero bueno, hoy está Ramiro aquí y todo puede pasar... ¿Vamos sacando los platos?

Sacaron los platos, los probaron, si bien a Adela solo le interesaba la opinión de alguien:

—Este plato, Adela, es de tres estrellas Michelin. ¡Lo has bordado, querida! —le dijo Ramiro, con un entusiasmo extremo.

—Se me ha olvidado contarte con los nervios que se llama “Balbina y Julia”, el plato es un homenaje a mis dos abuelas, dos mujeres fuertes que jamás se rindieron. Mis hijas son exactamente igual que ellas. Las miro y pienso que no sé qué de me extraño si son como Balbina que era asturiana y siempre hacía sopa de castañas por Navidad y como Julia, que era de Navalcarnero y siempre nos plantaba lombarda en estas fechas. Es un homenaje a ellas y una forma de que estén presentes...

—¡Qué emotivo, Adela! —exclamó Ramiro al tiempo que terminaba de degustar el entrante—. ¡Y qué plato más redondo, está perfecto en todo, en sabor, en textura, en colorido, en la presentación! ¡Felicidades! ¡Te doy un diez!

Adela roja como un tomate, se llevó la mano al pecho y agradecida musitó:

—¡Qué generoso eres, Ramiro! Es la primera vez que preparo un plato moderno, me gusta ver cómo lo hacen los demás, pero yo nunca me había atrevido. ¡Y menos en Navidad! Estas fechas me ponen muy melancólica, no tengo ganas de nada, pero este año al saber que venías tú he hecho el esfuerzo de poner la casa más alegre y cocinar otras cosas diferentes al cordero de toda la vida. Como tú eres un hombre de mundo...

—¡Pero a mí el cordero de toda la vida me encanta! La comida casera me vuelve loco y cada vez es más difícil de encontrar.

A Adela se le iluminó la mirada y le confesó encantada de ser tan previsora:

—He preparado un plato moderno, pero también tengo metido el cordero de toda la vida en el horno.

—¡Me fascinan las mujeres precavidas, Adela!

Adela se llevó las manos a la cara, para que no se notara lo evidente, que se había vuelto a ruborizar y masculló:

—¡Cómo eres, Ramiro!

—Te digo la verdad. Y estoy feliz de que estar en tu casa. Ya ves, pensaba que estas iban a ser las Navidades más tristes de mi vida, las primeras sin Sonsoles, y resulta que me siento en familia. ¿Sabes que mi mujer también era muy de lombarda y de castañas? Cuando he visto tu

plato, he pensado que era una señal, que ella de alguna manera también está aquí. Además de tus abuelas...

—Desde luego, el comedor está a rebosar de presencias. Y el plato tan delicioso que nos ha traído Iryna de su país, nos va a traer mucha suerte y mucha prosperidad...

Ramiro miró a Mateo, que huyendo de él se había sentado en la otra punta de la mesa, y replicó con los ojos vidriosos:

—¿Más suerte que estar aquí? Yo es que no concibo ya más dicha...

—Me haces sentir como una reina, Ramiro.

—Lo eres, Adela... ¡Lo eres! Y ahora, permite que sea yo el que traiga el cordero...

Y después del cordero, el plato fuerte moderno y los postres, brindaron con el champán que había traído Ramiro, y entonces comenzó la verdadera fiesta. Andriy se sentó frente al piano y preguntó:

—¿Qué queréis que toque?

Adela, que entre el vino de la cena y el champán estaba un tanto achispada, sugirió:

—Recuerdo, Ramiro, que en *Un seductor en apuros*, cantaste *El tamborilero*, en la iglesia del pueblo de la protagonista...

Ramiro se envaró y, sin importarle que Adela se empeñara en recordarle los títulos de los que más se avergonzaba de su filmografía, pues después de todos esos truños había hecho alguna cosa decente, le recordó:

—Eso fue en los tiempos en los que abría las nueces con los dientes, querida Adela.

Todos se rieron menos Mateo, que ya iba por su tercera pastilla de Almax.

—Pero quien tuvo retuvo, Ramiro. Por favor... *El tamborilero* —le suplicó Adela.

Mateo miró al actor, le hizo un gesto con la cabeza para que le diera el gusto a la anfitriona, y este les pidió:

—Pero necesito que cantéis todos conmigo. Lo que dudo es que este jovencito conozca la canción...

—Por mí no se preocupe, que tengo el iPad, si no me la sé, la busco... Esta ¿cómo dice que se llama?

Andriy buscó la canción y allá que se lanzaron todos a cantarla, esa y todos villancicos clásicos y hasta ucranianos que vinieron después...

Pero la cosa no quedó ahí, porque tras los villancicos, Diego le pidió que tocara cosas que le gustaban a él, como Billie Eilish, Lil Nas X, Black Pumas, Rosalía...

Y ahí ya sí que se lío porque sucedió algo que no había pasado jamás en esa casa:

—Es la primera vez en mi vida que veo a mi madre cantar y bailar. No voy a tener vida suficiente para agradecerte esto que has hecho hoy por nosotros —le cuchicheó Sofía a Mateo, sentados los dos en el sofá, tan formalitos, cuando su madre ya llevaba unos cuantos de bailes con Ramiro.

—Yo creo que esto me ha quitado como catorce años de vida, pero lo volvería a hacer encantado —reconoció Mateo.

Sofía sonrió y le dijo loca por comérselo a besos:

—Muchas gracias. ¿Pero de verdad que está siendo tan duro?

—No le aguanto. Le miro y es que... ¿Y ahora qué hace? —preguntó mientras Ramiro intentaba emular a Taylor Swift.

Y es que mientras Andriy descansaba de su sesión de piano, habían puesto en la televisión un canal de videos musicales.

—Bordar la coreografía de Taylor Swift. No sabía que bailaba tan bien... —comentó Sofía, alucinada de verle bailar.

Mateo se pasó la mano por la cara, resopló y le suplicó:

—Ni se te ocurra mencionar la genética, ni soltar refranes del tipo de casta le viene al galgo.

Sofía pensó que menos mal que se lo había advertido porque llevaba desde que Ramiro había empezado a bailar pensando justo en ese refrán.

—No, no. Yo no digo nada.

—Pero mira mi sobrino Diego, pobrecillo, es arrítmico total...

—Él al menos mueve la cabeza y los pies... ¿No decías tú que los Cano ni eso?

—Habrá salido al padre, que las extremidades las mueve. ¿Y sabes qué es lo peor? Que me muero por bailar. Pero estoy aquí con el papelón de Ramiro Cano, el director de la empresa de ingeniería robótica y me queman los pies.

—¿Y por qué tienes que hacer el papelón? —le preguntó Sofía loca por bailar.

—Primero para que Ramiro no piense que estoy contento, segundo por tu familia, tiene una imagen de mí, y si...

Mateo se calló porque lo que iba a decir era que si un día terminaban juntos, quería proyectar una imagen de tío serio, formal y centrado.

Pero ni de coña.

De qué iba a terminar él con Sofía...

Eso sería una fantasía, un sueño, un milagro.

Y él no creía en nada de eso.

—¿Y si qué? —preguntó Sofía, pestañeando muy deprisa. Y esperando que dijera lo que sabía que no le iba a decir, pero por soñar que no quedara.

—Pues eso que tengo una reputación y...

Y no pudo decir nada más porque empezó a sonar una canción que le hubiese levantado incluso estando muerto, se puso de pie, agarró a Sofía por la muñeca y le dijo:

—¡A la mierda con todo! ¿Cómo no voy yo a bailar el *Night Fever*?

Y bailó sin cortarse ya un pelo, a su estilo, haciéndolo tan bien que todos empezaron a jalearle. Y él estaba tan feliz que cuando acabó el video, cogió a Sofía por la cintura, la estrechó contra él y la besó con todas sus ganas.

Y todos aplaudieron... y empezaron a gritar: más, más, más...

Sofía se partió de risa y Mateo la volvió a besar...

Luego empezó a sonar otra canción y todos volvieron a darle al baile.

Si bien, tres canciones después y agotada de tantas emociones, Adela se sentó en el sofá. Ramiro no quiso dejarla sola y ella sin dejar de mirar a Sofía y a Mateo, le preguntó:

—¿Verdad que hacen buena pareja?

Ramiro miró con orgullo a su hijo, que desde luego que había salido bailongo como los Osuna, y respondió:

—De exposición.

—Mi hija es una artista. Yo he intentado toda la vida que se dedicara a otra cosa, porque quería protegerla, que tuviera una vida tranquila y segura, pero ella es igual de corajuda que sus abuelas y ahora se dedica a la escultura. Es muy talentosa. Y sé que llegará muy lejos, porque tiene muchas agallas. Cómo no será que hace poco que ha dejado al novio de toda la vida. Era un buen chico, pero un muermo de campeonato. Yo no sé cómo le ha aguantado tantos años. Pero al fin lo ha hecho y ahora se la ve tan feliz con Mateo que supongo que esto pronto cuajará. A mí él me tiene

loca, no me imaginaba yo que bailara así...

—Es un Osuna... —farfulló Ramiro sin dejar de mirarlo.

—¿Qué? —preguntó Adela sin entender nada.

—Que es del Osasuna...

Adela rompió a reír, convencida de que era un chiste de los suyos, y justo en ese momento le entró una videollamada:

—Me está llamando mi hijo. ¡Niñas, está llamando vuestro hermano! ¡Venid! —le pidió a sus hijas.

Ellas corrieron junto a ella y cuál no fue su sorpresa que cuando se encendió la cámara apareció Héctor junto a María, los dos cogidos de la mano y con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Buenas noches, familia! ¡Desde Nueva York os deseamos una feliz Navidad y también tenemos que contaros que estamos juntos!

Sofía fue la primera en gritar y dar saltos de alegría:

—¡No me lo creo! ¡Por fin! ¡No me lo creo!

Y mientras todos lo celebraban, Adela le contaba a Ramiro tras servirse champán y dar un sorbo largo:

—Estos querían matarme esta noche, pero lo único que van a conseguir es que me vaya a la cama borrachita perdida.

—Es una buena noticia, los jóvenes parecen muy felices...

—Es mi hijo Héctor y ella es María la mejor amiga de Sofía desde la escuela infantil Caracoles. Yo tenía otros planes para mi hijo, como jamás me había presentado a ninguna chica, pensaba que cuando yo llegara a vieja, a mucho más vieja de lo que ya soy, me iría a vivir con él y le daría el coñazo hasta mi último estertor. Pero estos también hacen tan buena pareja, son tal para cual, que va a ser mejor plan que acaben juntos.

Y en tanto que Adela hablaba, Sofía siguió gritando feliz:

—¡Me tienes que contar todo, María! ¡Llámame luego!

—¡Estoy flotando! ¡Yo sí que no me lo creo! ¿Y qué tal todo por allí? Veo que muy bien, ¿no?

Mateo la tenía agarrada por la cintura, lo mismo que Celia a Iryna...

—Todo genial. Mamá se ha enterado de lo nuestro y aún no hemos tenido que llevarla a urgencias —le contó Celia muerta de risa.

—Ya verás la vesícula mañana, porque con todo el champán que llevo encima... —rezongó Adela.

—Seguro que te aguanta el tute, madre —le aseguró Héctor desde Nueva York.

—Ojalá. ¡Pero ya verás en Nochevieja qué depresión! Me va a tocar pasarla solita como siempre y después del recuerdo de esta noche tan loca, voy a caer derecha en un pozo bien negro.

Ramiro carraspeó un poco, negó con la cabeza y luego propuso con su mejor tono de galán:

—La vas a pasar solita porque quieres. Porque yo tengo función y te invito si quieres a que pases la Nochevieja en el teatro...

Adela le miró emocionadísima y balbuceó...

—Ramiro, ¡tú no puedes ser ya más encantador! ¡Es que no se puede!

—¡De serpientes, eso es lo que es! —masculló Mateo, pero solo Sofía le escuchó.

—Pues mira, solucionado —zanjó Héctor—. Y nosotros, si no os importa, nos vamos a celebrar lo nuestro. ¡Mateo, cuídame a Sofi!

—¡Qué pesado, tío! —protestó Sofía.

—¡Perdón, Sofi: quería decir, cuídame a Mateo! ¡Besos para todos!

Héctor colgó y en la casa de Adela estuvieron comentando el notición, brindaron por ellos, siguieron bailando un rato más y a eso de las cuatro de la mañana se despidieron sin dejar de repetirse que había sido la mejor Nochebuena de sus vidas.

Luego, en el coche cuando iban de camino a la casa de Ramiro, él le comentó a Sofía que iba sentada en la parte de atrás con Diego que iba dormido:

—Tu madre me ha cautivado, qué mujer, y te admira muchísimo...

Sofía que iba mirando como una boba a Mateo, replicó sin dar crédito:

—¿A mí?

—Sí, dice que eres una escultora talentosa, que llegarás muy lejos y que tienes muchas agallas.

—¿Seguro que es mi madre la que te ha dicho eso? Porque a mí esta misma noche me ha vaticinado que voy a acabar debajo de un puente...

—Ah, bueno, pero eso típico de esa clase de padres. El mío quería que fuera ingeniero como él, vengo de una larguísima saga de ingenieros, a ellos ha salido Mateo...

—¿A mí déjame tranquilo! —bufó Mateo, mientras comprobaba que Diego iba dormido detrás—. Y cuántas veces tengo que decirte que Dieguito no sabe nada. Que esto nuestro es un secreto que jamás debe salir de aquí.

—Tranquilo que no va a salir. Y por el niño no te preocupes que está frito. Aunque te advierto que este sabe más que los ratones colorados. Pues lo que te decía, Sofía, que mi padre siempre me repetía que había sido su gran decepción, que se avergonzaba de tener un hijo comediante y siempre estaba presagiando que acabaría debajo de un puente. Pero mira tú por dónde que cuando me encontraba con sus amigos me contaban que mi padre estaba muy orgulloso, que no paraba de presumir de mí y que me admiraba tanto que al morir me encontré en su desván un montón de cajas con todas mis películas, recortes de prensa, carteles... En fin, los padres a veces tienen extrañas maneras de protegernos...

—Hasta el extremo de pisotearnos la confianza en nosotros mismos y la dignidad. Es tremendo. Pero te juro que en mi caso es que me cuesta creerlo. ¡Joder, mi madre mi admira!

—Sí, y aunque este se moleste: no me queda más remedio que mentarlo, Adela dice que haces un parejón con Mateo.

Mateo le interrumpió para gruñir:

—No me molesta. ¡De eso puedes hablar cuanto quieras!

Ramiro se encogió de hombros, echó las manos a volar y exclamó:

—Ah, pues ¡yo también pienso que hacéis una pareja estupenda! Ella se va a ganar el cielo, ¡porque aguantarte a ti, tela!

—Oye, que ella también tiene lo suyo —refunfuñó Mateo.

—¿Tanto como tú? ¡Lo dudo! —observó Ramiro.

Sofía se echó a reír y así estuvieron hablando hasta que dejaron a Ramiro en su casa...

—A tus pies, Sofía. Aquí tienes de por vida a un rendido admirador... —le dijo Ramiro, besándole la mano que ella le había tendido.

Mateo bufó y le preguntó tras revolverse en su asiento:

—¿No puedes nunca de dejar de interpretar el papel de bribón a discreción o seductor a bordo o como coño se llamen esas mierdas de películas?

Ramiro se quedó mirando a su hijo, le agarró por los hombros y le contó:

—He sido un tarambana, pero solo he amado a Sonsoles. Tu madre y yo vivimos algo muy hermoso, nos dejamos llevar y luego decidimos que lo mejor era no hacer daño. Yo siempre he sabido de ti, me las he ingeniado siempre para saber. Y ya es hora de que te enteres de que cuando

recibiste aquella inyección de pasta para reflotar la empresa de aquel inversionista belga, realmente el dinero salió de esas mierdas de películas que hago. Ahora Sonsoles no está, y sé perfectamente que ya tienes un padre, pero si necesitas un amigo: aquí estoy. Y si no, también. Porque siempre voy a estar. Los del Osasuna somos así...

Luego, Ramiro le dio un par de palmaditas en el rostro a su hijo y salió del coche dejando a Mateo de piedra...

Capítulo 26

Mateo no volvió a hablar del asunto, hasta el mismo día de Nochevieja...

Como no le apetecía para nada pasarla en casa solo con sus padres, y la verdad lo que quería era estar junto a Sofía, le propuso cenar en casa y luego ir a la fiesta de unos amigos en una discoteca.

Ella aceptó porque, aunque María seguía en Nueva York con Héctor, Celia se había marchado con Kiev con Iryna y el niño, su madre iba a pasarla en el teatro con Ramiro, y sus amigas las tenía en Bruselas, vamos que estaba más sola que la una, lo cierto era que lo que más deseaba era pasar la Nochevieja junto a Mateo.

Más que eso.

Se moría por pasarla con él.

Y viceversa.

Pero ninguno de los dos manifestó su entusiasmo, al contrario. Esa noche los dos se mostraron bastante comedidos, incluso tranquilos.

Era la última noche del año, era una fiesta muy especial, cada vez estaban sintiendo más el uno por el otro, tanto que ya ni lo podían controlar, pero los dos se sentaron a la mesa que habían preparado a conciencia, haciendo como si nada.

Como si no tuvieran ganas de decirse que aquello se les había ido de las manos y que ya era otra cosa.

Un cosa enorme que no esperaban, pero que estaba ahí...

Como un maldito convidado de piedra.

Y fue Mateo quien abrió el fuego:

—La chaqueta de terciopelo te queda mejor a ti que a mí.

Sofía, para variar, le había robado una chaqueta de esmoquin de terciopelo que se había puesto encima de un vestido lencero negro, a juego con unas sandalias de tacón de tiras finísimas.

—Imposible que me quede nada mejor que a ti.

Mateo que llevaba puesto un esmoquin azul noche que le quedaba de escándalo como todo lo que se ponía, sonrió y replicó:

—Lo dejamos en empate. ¿Has llamado a tu madre?

—Está en el teatro, en un palco impresionante, rodeada de champán y canapés. La obra estaba a punto de empezar y me ha asegurado que no cabe en sí de gozo.

Mateo pensó que él tampoco, no tenía más que mirarla para saber que eso era justo lo quería, y masculló:

—Me alegro mucho.

—Estoy muy agradecida a Ramiro, lo que está haciendo por mi madre no lo voy a olvidar jamás. Sé que no te gusta hablar de él, que te cae fatal, que le detestas...

Mateo negó con la cabeza, además llevaba toda la semana dándole vueltas al asunto y confesó:

—Verás, saber de su existencia fue un mazazo. Siempre me he sentido un bicho raro en mi

familia, pero es que ahora que Ramiro está en mi vida me siento más raro todavía. Ni me siento Cano, ni me siento Osuna, pero a la vez me siento un poco de todos. Estos días no he parado de comerme la cabeza y por primera vez entiendo a todas las partes. Entiendo a mi madre, entiendo a Ramiro, y bueno después de todo él siempre ha estado ahí. Y no lo digo porque me haya enterado de que me insufló la pasta cuando más lo necesitaba, porque fue crucial para estar donde hoy estamos. Lo digo porque hay que ser generoso también para adoptar el papel que le ha tocado. Y eso lo valoro, como también valoro su fortaleza y su determinación... Y de momento, eso es lo que hay. Esta mañana me ha llamado, nos ha enviado ostras y champán para esta noche, y la noticia es que no puedo odiarlo, y mira que he puesto empeño, pero es que no puedo. Y encima a Diego le cae genial, le llama: mi amigo invisible.

Sofía sacó la botella de champán de Ramiro del enfriador, la abrió tras agitarla un poco y ponerlo todo perdido y le pidió emocionada y feliz:

—¡Sacudirse el odio de encima es toda un liberación! ¡Tenemos que celebrarlo!

—Ya verás para sacar esa mancha ¿pero es que tú no puedes nunca dejar de liarla?

—Se ha manchado un poquito el mantel, pero da suerte. Y ahora le pongo un poco de sal encima y ¡fuera mancha!

Mateo horrorizado exclamó mientras le tendía una copa para que le sirviera el champán:

—¡Ni se te ocurra derramar la sal! Deja la mancha quietecita que ya me las apañaré yo luego.

Sofía se partió de risa porque esa faceta de él era nueva:

—No sabía que eras supersticioso.

Mateo pensó que ni él, pero esa noche era tan especial que no podía correr ningún riesgo.

—¡Venga, brindemos! —le pidió Mateo alzando su copa.

—¡Brindemos porque el amor reine en nuestros corazones!

Mateo pensó que ojalá, pero en su lugar le dio por replicar:

—¿No puedes hacer otro brindis que sea menos monjil?

—¡Calla y brinda!

Brindaron, luego Sofía cogió el plato con las ostras, se levantó y le pidió:

—Hazme un hueco.

Mateo la miró extrañado y preguntó ansioso por saber qué estaba tramando ahora:

—¿Un hueco dónde?

Sofía con el plato en ristre, hizo ademán de sentarse en su regazo y antes de que más cosas acabaran salpicando el mantel, Mateo se echó para atrás y ella acabó al fin sentada encima de él.

—Me apetecía estar así, pegaditos... —musitó risueña.

—¿Y pretendes que cenemos así? —preguntó borde, no podía evitarlo.

—Para empezar, no está mal. Oye ¿cómo se come esto? —replicó cogiendo una ostra.

—El pie ya está cortado, solo tienes que deslizarla en tu boca...

Sofía acercó la ostra a los labios, dejó que cayera en su boca, en tanto que Mateo le aconsejaba:

—Mastica para que se mezclen bien los sabores y el mar estalle en tu boca.

El mar y él pensó, porque estaba poniéndose malísimo de verla comer, con unas caras como si estuviera al borde del orgasmo.

Luego, Sofía al fin tragó y confesó por si él no se había percatado:

—Es mi primera ostra. Nunca me había atrevido a probarlas. Me daba cosa. Pero contigo, me desmeleno. Ya lo sabes...

Mateo pensó que eso era lo que él quería, desmelenarla, porque otra vez se había peinado con

esa coleta tirante que le ponía cardíaco. Pero en su lugar le preguntó:

—¿Te gusta? Las ostras se detestan o se adoran...

—Todo lo que merece la pena no deja indiferente —repuso Sofía refiriéndose a él, obviamente.

Mateo cogió una ostra se la comió del modo más *sexy* que Sofía jamás pudo imaginar y él reconoció después:

—A mí me encantan.

Sofía loca por besarlo y todo lo demás, solo pudo musitar:

—Y a mí.

Mateo cogió otra ostra, la acercó a la boca de Sofía y mascolló:

—Genial.

Ella abrió los labios y él deslizó la ostra que Sofía masticó mirándole con ganas de decirle de todo.

Pero en vez de eso, le agarró por el cuello y le besó en la boca, hasta que se quedaron sin aliento.

Luego él se comió otra cosa, después se volvieron a besar, ella repitió la jugada y la cosa se les fue tanto de las manos, que Mateo la cogió en volandas, la llevó hasta el sofá, y Sofía le recordó que tenía condones en el bolso.

Él cogió uno, se lo puso, se tumbó encima de ella, y tras más besos con sabor a ostra y más acaricias, agradeció que Sofía no se hubiera puesto ropa interior, y la penetró.

Entonces se miraron y los dos supieron que era la forma que tenían de decirse que aquello era mucho más que un calentón, que querían verse reflejados en los ojos del otro, que querían descubrirse, que querían sentirse, que estaban ahí porque lo habían elegido, porque no querían estar en otro lugar.

Ella entonces cerró las piernas, para que las sensaciones fueran más intensas para ambos, y él comenzó a moverse suave y profundo, sin apenas salirse, y así estuvieron hasta que el roce se hizo tan maravillosamente insoportable, que los dos casi que se corrieron a la vez.

Después se quedaron un rato abrazados, reprimiendo las ganas de decirse todo lo que les latía dentro y tras asearse en el baño, regresaron a la mesa, felices y despeluchados.

Allí degustaron todas las exquisiteces que Mateo había preparado: ibéricos, milhojas de *foie* y mango, carpaccio de langosta, lomos de rodaballo a la molinera y helado de panettone.

Y después de la cena llegaron las uvas...

Y lo que Sofía, jamás en la vida, pudo llegar a imaginarse. Pues tras comerse las doce uvas, y mientras los de la televisión les deseaban feliz Año Nuevo, y en el cielo estallaban miles de fuegos artificiales, él la besó en la boca y gritó:

—¡Te quiero!

Sofía soltó una carcajada porque pensó que había dicho aquello con la emoción del momento y ella replicó besándole otra vez:

—¡Feliz Año, Mateo!

Pero Mateo estaba tan convencido de lo que acababa de pronunciar que insistió:

—¡Te amo! No es una broma. Te quiero. Y sé que tenemos un pacto, pero es que yo ya no aguanto con esto más dentro. Llevó con las malditas mariposas desde no sé cuándo, pero te aseguro que deben tener ya el tamaño de un Boeing 747.

Sofía con el corazón a mil, solo pudo mascullar aferrada a la copa de champán:

—No me lo puedo creer.

—Créetelo porque es cierto. Estoy enamorado de ti. Y te lo justifico...

Sofía dio un buen sorbo a su copa y farfulló:

—¡Ay madre, que me lo vas a justificar y todo!

—Sí, por supuesto. Ya sabes que mi mente es analítica y racional. Todo comenzó hace dos años, desde el primer instante en esa fiesta. Me hiciste sentir tantas cosas que me di cuenta de que lo que tenía con Yolanda no me hacía feliz. Pero ella tuvo más agallas que yo y se marchó con el músico que conoció ese día también en la fiesta. Yo, en cambio, me pasé dos años pensando en ti, soñando contigo, sabiendo de ti a través de tu hermano y enamorándome cada día más y más, sin saberlo. Hasta que apareciste en esta casa y no me quedó más remedio que enfrentarme a la verdad. Esa que llevaba eludiendo un montón de tiempo. Yo creía que lo que fallaba era el amor, ese invento, esa mierda, ese engaño... Pero resulta que apareciste de nuevo en mi vida y no me ha quedado más remedio que reconocer que el amor existe y que lo tenía delante. La chica que más me saca de quicio, la chica que para nada era mi tipo, la chica que está como una cabra, la que me roba comida y chaquetas, la misma por la que estoy loco por volver a casa cada tarde y la misma con la que despierto cada día. Eres tan especial, te admiro tanto, te necesito tanto, me gustas tanto... Y sin ti es todo tan aburrido, Sofía, tan gris, tan triste, tan feo... que yo no puedo callarme esto más. ¿Y sabes qué es lo más alucinante? Que el día que nos quedamos solos frente al manzano japonés hace dos años, tuve la certeza de que eras tú. De que ese encuentro no era casual, de que el destino nos había juntado por fin y de que ya poco podíamos hacer. Pero me asusté y salí corriendo. Cosa que de alguna manera no he dejado de hacer hasta hoy, que ya no puedo más y tengo que decírtelo, si es que todavía no te has percatado por mis besos, por mis caricias y por todo lo que hago por ti. Haría cualquier cosa, lo que me pidieras... ¡He pasado la Nochebuena con Ramiro, no te digo más! Aunque me alegra haberlo hecho, porque también me ha servido para poner orden en mi cabeza, para estar en paz conmigo mismo, y poder decirte que en mi vida he sentido lo que siento y que te amo.

Sofía apuró su copa de los nervios que tenía encima, porque para nada entraba en sus planes que Mateo se le declarara, ni le cabía en la cabeza que pudiera estar enamorado de ella.

Y es que todo eso que él había dicho era cierto. Él no creía en el amor, ella no era su tipo, ella le desquiciaba, solo eran *follamigos*...

Pero resulta que no...

Que según él era algo mucho fuerte y más profundo, tal vez lo mismo que ella estaba sintiendo y que le costaba cada vez más reprimir.

Y seguramente, no lo habría reprimido esa noche después de las uvas, después de esa declaración, si de repente no le hubiera entrado el mismo miedo que había hecho que toda la vida buscara chicos peluchitos.

Porque los tíos como Mateo siempre le habían dado un pánico atroz.

Y sí, lo reconocía lo de su padre le había marcado demasiado y tenía pavor al abandono. Desde siempre...

Tal vez por eso, prefirió decir la verdad y musitar:

—Estoy en *shock*. No sé ni qué decir. No esperaba para nada esto...

Mateo aliviado por un lado por haberle al fin abierto su corazón, pero por otro lado temeroso de todo acabara yéndose a la mierda, le habló:

—Lo entiendo. Y no tienes que decir nada. Solo quiero que lo sepas. Mañana me voy a Nueva York, Héctor es un fenómeno, ha adelantado varios proyectos y tengo que marcharme. Estaré fuera unas cuantas semanas. A mí vuelta, ya me dices...

Sofía se sintió tan estúpida por experimentar ese jodido miedo, tan cobarde por no atreverse a

decir un maldito te quiero y tan pequeña de recordar que su padre se marchó, que no le quedó más remedio que fingir que:

—Perdóname, pero creo que algo de la cena no me ha sentado bien.

—Te preparo una infusión, una manzanilla... —le sugirió Mateo bastante preocupado.

—No, déjalo, gracias. Mejor me voy a la cama. Ya se me pasará. Tú vete a la fiesta de tus amigos.

—¿Qué dices? Yo me quedo aquí contigo.

—No pintas nada aquí. Vete y pásatelo genial.

—No puedo pasármelo genial sabiendo que tú estás mala en casa porque te he intoxicado con mi cena.

—Estaba todo muy bueno. Tal vez sea un virus o algo. Pero que estoy bien, de verdad. Márchate tranquilo.

—Solo me voy a quedar tranquilo si me quedo. Además, me da que ese algo ha sido el miedo que te ha entrado al saber que yo te quiero. Que yo lo entiendo, que es como para ponerse malísima, pero te juro que voy a hacerte feliz.

Sofía resopló y le confesó mordiéndose los labios de la ansiedad:

—Nunca pensé que podrías llegar a enamorarte de mí.

—Pues lo estoy, hasta las trancas. Y yo sí que siento que es imposible que te enamores de mí. Si es que no hay más verme... Soy un petardo, un borde, un cretino...

—Eres un tío genial, tienes tus cosas que no soporto, pero vamos lo llevo cada vez mejor. Lo que pasa es que a mí los tíos como tú siempre me han dado respeto... Por no decir pánico...

—¿Cómo yo, cómo? ¿Los tíos siesos y amargados?

—No. Los buenorros, los cañonazos, los empotradores... Siempre he huido de tíos así, bueno, tampoco es que haya tenido una legión de pretendientes empotradores, pero alguno ha habido y siempre he salido por piernas por temor a que me acabaran traicionando o abandonando. O todo a la vez. Tengo un trauma enorme con eso... Lo de mi padre creo que me ha marcado demasiado... Él era un tío fuerte, grande, un armario ropero de 2x2 y todo lo que se parezca a él me da yuyu...

—Yo soy un tío normal, que te juro que te puedo dar la seguridad de un peluchín. Por si te sirve de algo te recuerdo que te soy fiel desde el día que te vi por primera vez en esta casa hace dos años...

—No eres normal. Ya te lo digo yo, que me sigo cayendo de espaldas cada vez que te veo salir de la ducha. Y también siento por ti de todo, pero no sé qué me pasa que no puedo verbalizarlo, tengo miedo a decirte que también te quiero, que estoy enamoradísima de ti, que me tienes loca, que yo llegué a esta casa detestándote y que ahora no me imagino la vida sin ti. Tengo pavor a sincerarme, a abrirte mi corazón y que sepas que me encantaría vivir un gran amor contigo. Si es que no lo estoy viviendo ya, que para mí que sí.

—Y para mí también... —reconoció Mateo.

—Y ha sido algo tan inesperado, que por eso creo que me han entrado de repente un montón de miedos que me tienen aquí como una pánfila diciendo sandeces.

—Para mí no lo son. Y ni el miedo ni el amor se pueden controlar.

Sofía sonrió y le confesó encogiéndose de hombros:

—Yo lo siento todo, miedo y amor. ¿Qué hago?

Mateo sintiéndose en una nube de tanto escuchar la palabra amor, respondió emocionado:

—Para el miedo: bailar y para el amor: bailar más todavía.

—¡Vámonos a la fiesta entonces! Y después, ya, vamos viendo...

Capítulo 27

Unos días después, Sofía recibió la llamada de María, que seguía en Nueva York, para saber qué le habían traído los Reyes:

—Lo que más ilusión me ha hecho es un montón de ropa interior con una notita firmada por Mateo en la que me asegura que me la va a romper toda.

—Ayer estuvimos cenando con él. Está tan guapo... Y no deja de hablar de ti. Está que se muere de amor por mi amiguita.

—Conmigo solo habla de sexo. Como en Nochevieja me entró un ataque de pánico cuando se me declaró y me puse a hablarle de mi amor de una forma muy rara, evita sacar el tema y solo conversamos de guarrerías.

—¡Oye pues qué bien! Ya tendréis tiempo de aburrirlos y hablar de amor —bromeó María.

—Calla que estoy trabajándomelo mucho porque con mis traumas me cuesta. No creas. Y he vuelto a mis inicios. Quiero decir a los inicios que me trajeron a Madrid. Todo empezó por un regalo a tu nuevo novio...

—Mi nuevo y único novio.

—A ese. Un regalo que me sirvió para darme cuenta de lo que quería y ahora estoy con otro regalo para ver si consigo espantar a los miedos y fantasmas.

—¿Un regalo para quién?

—¿Para quién va a ser? Un regalo para mi... Mi...

—¿*Follamigo*?

—No. Es que ya hemos superado esa etapa. Después de lo de Nochevieja rompimos el pacto y la verdad es que ahora no sé lo que somos. Porque como a mí se me cruzaron los cables. Y no veas qué miedo me entró de solo pensar si al final yo iba a resultar una evasiva como me decía Celia. Y es que no te puedes imaginar la de cosas que pensé en cuanto me dijo que me quería: que si iba a acabar engañándome, que si no hay un empotrador que no sea cabrón, que si iba a acabar harto de mí, de mi caos, de mis locuras, de mis fantasmas... Y a todo esto, yo con unas ganas tremendas de confesarle que también le quería. Pero desgraciada de mí ¿no voy y finjo una indisposición? Y no me puse a somatizar algo, tipo mi madre, de milagro. Menos mal que él es muy listo, se percató de todo, dejó que me desahogara y soltara lo que llevaba dentro a mi manera, y luego nos fuimos a un fiestón donde nos desquitamos de todos los malos rollos.

—Entonces sois novios.

—Que te digo que no lo sé. ¿No ves que después de su declaración no hemos vuelto a hablar del tema? Y casi que se lo agradezco, porque necesito un poco de tiempo para plantarme frente a él, decirle que le quiero, y que no se me vengán encima ochocientos miedos. Y evasiva tal vez no sea, yo no soy de huir, sino de quedarme aunque sea a decir patochadas, pero el miedo al abandono lo tengo ahí, bien metido.

—Mateo no es como tu padre. Él no es de los que se va. Al contrario. Él es de los que se queda y te monta un emporio. No tienes más que ver lo que ha logrado con su empresa. Heredó un

ruinoso negocio familiar y ahora es una empresa puntera de ingeniería robótica...

—Tiene una persistencia como los Osuna... Los del Osasuna, quiero decir.

—Ni idea. Yo solo he escuchado hablar de la moral del Alcoyano. Pero sí, es un tío que va a por todas y que sabe perfectamente lo quiere. Y te quiere a ti.

—Y yo a él, pero tengo que acabar de digerir todo esto y en ello estoy trabajando... Hablando de trabajo... ¿cuándo vas regresar a Madrid?

—Ni idea. Me he venido con Damaris, tengo montada la oficina en casa de tu hermano, estoy reprogramando reuniones por videoconferencia y me han salido estando aquí varios proyectos.

—O sea que ya vivís juntos y todo. Os lo habéis pensado un poco, algo así como millones de años, pero ahora habéis cogido la directa, ¿eh?

—Todavía ni nos lo creemos. Es que cuando en plena cena de Nochebuena me soltó que tenía que contarme algo importante, pensé que sería algo relacionado con los negocios. Y tan tranquilamente, le pedí que me contara, él se puso muy serio, hizo varias respiraciones profundas y me dijo: “Te amo desde los tiempos de la Caracoles”.

—Jajajajajajajajajajajaja.

—¡Me quedé muerta! La copa por poco no se me cayó de la mano. Pero luego reaccioné y le pregunté que si me estaba tomando el pelo. Y me dijo que no. Yo insistí en que no podía ser, y le solté la frivolidad de que a él le gustaban las tías como las modelos que seguía en el Instagram... Pero me confesó que no, que las sigue porque están trabajando con una firma de ropa, están haciéndole los procesos de automatización, le han invitado a varias fiestas y ha conocido a estas chicas a las que agrega por cortesía. Pero que el único perfil que sigue con verdadero interés, y eso que no cuelgo ni una foto personal, es el de mi estudio de arquitectura. Vamos, que fijate tú cómo será el interés que me recitó los posteos de memoria. Me quedé alucinada...

—Pues yo no. Si estaba cantando...

—De verdad que para nosotros no. De hecho, le pregunté que por qué no me lo había dicho antes y me respondió que porque lleva la vida entera convencido de que a mí no me gustan los chicos flacos, tristes y con gafas. Y le saqué de su error, le dije que se equivocaba, que justo así era el chico que más me gustaba desde la Caracoles. Lo que no le confesé fue que, por su culpa, llevaba tirándome a flacos lánguidos desde los dieciocho. Que llevo toda la vida buscándole en otros cuerpos y en otras gafas...

—¡Y anda que yo no te decía que te lanzaras de una vez, que estabas perdiendo el tiempo con esos tristes!

—Ya, pero Héctor no es triste. Y se lo dije, él es una persona reflexiva, analítica, seria, centrada... y con un sentido del humor maravilloso. Yo me parto de risa con él y es muy romántico, muy apasionado, muy detallista, muy familiar, buen hijo, buen hermano, buen amigo... Y después de cantar todas sus bondades: zas, le solté lo más importante, que le amaba con toda mi alma... Luego, nos dimos las manos, nos miramos, yo tiré la copa de vino, él se levantó, que por poco no se mata porque se tropezó con la alfombra, nos abrazamos y por fin lo que parecía imposible, sucedió. Nos besamos. ¡Y qué beso! ¡Cómo besa mi Héctor!

—Uy, ¡ya es tu Héctor!

—Sí, mi Héctor. Y esta es nuestra historia... Si se puede ser más idiota que nosotros: me lo dices.

—Yo no puedo juzgarte. Soy la chica que se queda en blanco cuando el tío que le gusta le dice que la quiere.

—Pero se lo dijiste a tu manera... Yo a él ya te digo que le veo feliz. Parece otro.

—Tengo que decírselo alto y claro, aunque todavía no sepa bien cómo. Como te decía quiero hacerle un regalo, una escultura, tengo varias ideas, pero aún no he concretado nada. Me falta el hilo conductor, pero lo encontraré. Y en cuanto a vosotros, me alegro muchísimo...

—Ya tienes otra muñada, y el vestido de novia ya sabes que correrá de mi cuenta. No te estoy presionando...

—Calla, calla. Que voy poco a poco. Primero tengo que conseguir liberarme del bloqueo emocional, necesito sacar todo lo que tengo dentro, y sé que será a través de mi creatividad.

—¿Sigues instalada en el despacho de Mateo? ¿Frente al manzano japonés?

—Sí. Me encanta.

—Le conté a tu hermano que fue la mejor manera que se me ocurrió de decirle que le quería, sin que él lo supiera. ¿Y sabes qué me confesó? Que lo primero que hacía cuando estaba en casa y despertaba cada mañana, era mirar ese árbol y pensar en mí.

Sofía suspiró y reconoció con la mirada perdida en el árbol:

—Yo hago lo mismo. Quiero decir que pienso en Mateo. No en ti. Es que lo nuestro también empezó en este árbol. Creo que te lo voy a robar... Me ha cambiado la vida entera.

—¡Ni lo sueñes! Te mando la dirección del invernadero y te plantas otro en la nueva casa de Mateo. Porque imagino que te irás a vivir con él.

—No lo sé. No tengo ni idea. Yo había pensado en que fuéramos felices los cuatro en casa de Héctor... —bromeó Sofía.

—Me parece que no va a ser posible, porque Mateo nos contó que están a punto de acabar con la reforma de su casa.

Sofía entonces sonrió, porque de repente, con esa conversación, se le encendió una bombilla, y supo que acababa de encontrar el hilo conductor que estaba buscando.

—Algo me dijo sí, y seguiría hablando contigo tres horas más, pero justo en este momento se me acaba de ocurrir algo tan brillante que voy a tener que colgarte. Y nada. Os felicito porque por fin hayáis dejado de hacer el memo...

—Muchas gracias. Y yo te felicito a ti también por lo mismo...

Se despidieron, y tras colgar, Sofía cogió el primer cuaderno de bocetos que tenía a mano, lo abrió ansiosa por dibujar todas las ideas que de repente se le estaban agolpando en la cabeza y, para su sorpresa, apareció de pronto el retrato de Mateo, cuando aquella vez que lo pintó al poco de llegar a casa como un dios de la guerra.

Tenía tanta ira en la mirada, tanta rabia en el gesto, que era pura furia, odio, incluso dolor...

Una rabia que posiblemente había sido también la suya, la de la propia Sofía, su ira, su furia, su odio y su dolor.

Pero poco a poco había ido sanando sus heridas, como también lo había hecho él, al que en esos días habría pintado como un mortal valiente para reconocer los errores, para aceptar el pasado, para enfrentarse a todo lo que estaba sintiendo, asumirlo y abrir finalmente su corazón.

Y ahora le tocaba a ella...

Por eso, apartó a un lado el retrato y se puso a abocetar lo que iba a ser el regalo para el jardín de Mateo, teniendo enfrente la mejor inspiración.

El árbol donde todo había comenzado, donde se habían descubierto, donde se habían percatado que estaban viviendo unas vidas que no les llenaban, donde unas miradas habían bastado para cambiarlo todo.

Y fue tal la energía y la fuerza que sintió que el proyecto que llevaba unos días atascado de repente apareció ante sus ojos perfectamente nítido.

Lo tenía.

Luego con los días lo fue mejorando y puliendo al tiempo que iba liberándose de los fantasmas y de los miedos.

Porque amaba Mateo y eso era lo único que importaba.

Y sí, tenía cicatrices como la corteza de ese árbol en el que trabajaba cada día, pero el amor le había devuelto la ilusión, las ganas y la fe y, como el manzano, se había cubierto entera de flores y letras.

Y con esa certeza, trabajó duro en la maqueta que en cuanto terminó metió en una caja, la envolvió con papel azul, le puso un lazo rojo y ya solo esperó a que Mateo volviera.

Si bien, la espera se le hizo eterna, porque el trabajo en Nueva York se le complicó unas semanas más y no apareció en Madrid hasta primeros de febrero y encima sin avisar...

Y es que sucedió que una mañana en que ella estaba trabajando en una de las esculturas que quería que formara parte de la exposición que iba a montar próximamente, escuchó como una piedrecita impactaba contra el ventanal, se levantó, miró y ahí estaba él.

Junto al árbol...

Impecable con su traje oscuro y más cañonazo que nunca.

No como ella, que estaba con unos pelos horribles, una camisa de cuadros y unos calcetines que le había mangado a Mateo porque era una costumbre y porque en el fondo había sido siempre una forma de tenerlo siempre presente, pegado a su piel.

El caso fue que le dio todo lo mismo, que salió disparada escaleras abajo, se lo encontró en el salón y saltó directa a sus brazos:

—¡Qué guapa estás! ¡Qué ganas tenía de volver a casa! —exclamó Mateo sin dejar de besarla a lo salvaje.

—¡Qué mentiroso! —musitó ella, besándole igual.

—¿De verdad piensas que no tenía ganas de volver?

—No, de verdad pienso que mira qué pintas tengo...

—Me encantas con mi ropa, ya lo sabes... De hecho, he comprado un montón de cosas pensando en ti, en que tú te las pongas. Y también te he traído unos regalitos...

—¡Yo también tengo uno! Y tengo que dártelo ya. Es importante.

Mateo dejó a Sofia en el suelo y ella le pidió que la acompañara hasta la biblioteca, donde cogió el regalo y se lo entregó:

—¡Cómo pesa! ¿A quién has metido en la caja?

—He metido mis sentimientos, el día que te fuiste quedó algo en el aire y en la caja está la respuesta.

Mateo dejó el regalo sobre la mesa y le explicó bastante nervioso:

—No he querido sacar el tema para que no te sientas presionada, he preferido esperar a estar juntos y yo lo único que tengo que decirte es que estoy enamorado de ti y que te amo... No hago otra cosa que pensar en ti y no imaginas lo que te he echado de menos, pero es que todo: hasta las montañas de ropa sobre las sillas o los bocetos que vas dejando desperdigados por todas partes.

—Te entiendo, porque no te cuento la tristeza que siento cada vez que abro la nevera y no veo tus pijadas. ¡Pero abre el regalo de una vez, que me urge ya que sepas algo!

Mateo muy nervioso, deshizo el lazo, rasgó el papel azul del envoltorio, abrió la caja y con cuidado sacó la maqueta de una escultura.

—¿Y esta maravilla? —preguntó fascinado.

—Es para el jardín de tu casa, para que lo coloques justo debajo de tu dormitorio y que sea lo

primero que veas en cuanto despiertes.

Mateo que estaba alucinado contemplando la maqueta masculló:

—Es un manzano japonés...

—Prefiero hablar de ficción arbórea, pero sí. Es un manzano japonés, en polvo de bronce, resina y acero inoxidable, con un tronco largo y elegante, y el ramaje cubierto de hojas, de flores y un montón de letras que dicen una y otra vez: “Te quiero más que nunca”.

Mateo, con un nudo en la garganta, se revolvió el pelo y preguntó:

—¿Me quieres más que nunca? ¿Estás segura? Porque te juro a medida que pasaban los días también me estaba entrando el temor de que me pidieras que quedara todo en una bonita *follamistad*. Y estaba de los nervios...

Sofía sonrió, lo miró a los ojos y le habló completamente convencida:

—Decidí una vez más seguir el consejo de mi abuela y recurrir al regalo para ubicarme, para encontrar mi sitio... Sabía que te amaba, pero tenía miedo... Y entonces, apareció otra vez el manzano japonés, para inspirarme y recordarme que por muy jodido que sea el invierno, siempre llegan las flores. Y poco a poco los fantasmas se fueron yendo a otra parte y un buen día me di cuenta de que solo tenía amor. Así que estoy tan convencida de lo que siento, que quiero regalarte esta escultura para que cada mañana al despertar o cuando pasees por tu jardín, no olvides que hay una loca que te quiere más nunca. Cada día más y más y más...

Mateo suspiró, la cogió de la mano y le propuso con el corazón a punto de salirse del pecho:

—¡Ojalá que así sea! Pero no es mi jardín, quiero decir que sí, pero que me encantaría que fuera de los dos. Yo sé que tienes cariño a esta casa, pero ahora que ya tengo manzano japonés ¿te vendrías a la mía?

Sofía sonrió, asintió y le faltó tiempo para responder:

—Ya mismo. ¡Y sin maleta!

EPÍLOGO

Un año después, bajo la escultura del manzano japonés, Mateo sacó un anillo del bolsillo y le pidió a Sofía que se casara con él.

Ella dijo que sí y tres meses después entró en la iglesia con el vestido que había ganado en una apuesta, del brazo de Ramiro Osuna, mientras Andriy tocaba el piano y sus dos madres se morían de amor.

Cuando Mateo vio a su novia entrar del brazo del amigo invisible de Diego, sintió tanto amor que creyó que le iba a dar algo.

Pero no le dio...

Ramiro le dio dos bofetaditas en el rostro y le recordó que tenía que hacer feliz a esa chica para los restos, que los del Osasuna eran así.

Mateo le abrazó y le dijo por primera vez en su vida que le quería.

Se lo dijo en voz muy baja, bajísima, pero Diego que estaba a su lado, porque jamás le dejaba solo en momentos importantes, le escuchó.

Y le dijo a su tío que él ya sabía que le quería...

Mateo le preguntó que por qué y Diego le respondió que porque Ramiro siempre lo había mirado con cara de padre.

Y hablando de padres, al que le faltaban tres meses para serlo era a Héctor, porque desde aquella Nochebuena en la que se destapó todo, ya fueron lanzados y sin frenos.

Adela estaba que no podía más con la ansiedad, con el colon, con los vértigos y con miles de achaques más.

En un año se le habían casado dos hijas y en breve vendría un bautizo.

Menos mal que siempre estaba Ramiro ahí, para ofrecerle su brazo y decirle alguna mentira bonita.

Como que todo iba a salir bien.

Y parece que acertó, porque poco a poco la casa se le fue llenando de nietos y el salón se le quedó tan pequeño que empezaron a pasar las Navidades en casa de Héctor.

Y precisamente una Nochebuena, diez años después, una noche muy fría, justo cuando empezaban a caer unos copos de nieve finísimos, Sofía se puso un abrigo y una bufanda de Mateo, porque seguía con la costumbre de mangarle la ropa, salió al jardín y acabó frente al manzano japonés.

Ese manzano...

Pero ya no estaba sola, detrás de ella salió Laura, una niña de siete años clavada a su padre, y Lucas, un artista de tres años idéntico a ella.

Luego, se acercó Mateo como aquella primera vez y Sofía le dijo divertida:

—Anda que si llegamos a saber lo que nos esperaba...

Lucas entonces salió corriendo y se escondió en la escultura que Sofía regaló en su día a Héctor, y los demás le siguieron...

Al final acabaron los cuatro dentro de la escultura, bajo las estrellas brillantes, y Mateo le confesó a Sofía:

—Volvería infinitas veces a ese árbol, porque eres y serás siempre lo mejor que tengo...

La nieve empezó a caer con mucha más fuerza, se abrazó a él, sus hijos corrieron hacia la casa y ella replicó justo antes de besarlo:

—Lo mismo digo... Exactamente lo mismo... Eres lo mejor que tengo.